

DIONISIO
ALBARRAN.

Editorial PUBLICO NUEVO
México



AGONIA PARA UN HOMBRE SOLO

(Novela)

DIONISIO
ALBARRAN.

AGONIA PARA UN HOMBRE SOLO

(Novela)



Editorial PUEBLO NUEVO
México

PRESENTACION

AGONIA DE UN PUEBLO

En caso alguno es ésta una novela común.

Y no lo es porque surge de un mundo cuyo orden, cuyo sistema de valores, cuyas fórmulas vitales, han sido profundamente alteradas.

Pudiera decirse que es una novela de la represión. Pero clasificar así no siempre resulta afortunado. Si bien la represión está en sus páginas, hay otros elementos. La suma de ellos converge a un análisis decisivo sobre la condición humana en aquellos países en que el militarismo se ha instalado.

Pese a ser Chile su marco, chilenos sus personajes, chileno su ambiente y chileno su tono, tampoco se trata simplemente de una novela chilena. Antes que eso, es un documento latinoamericano.

Acaso las dificultades de encasillamiento provengan de un hecho peculiar: Dionisio Albarrán vive en Chile y, a su manera, grita desde Chile. A diferencia entonces de los múltiples textos que al respecto circulan, "Agonía para un hombre solo" es un (tal vez el único) producto de la creación de lo que en globo se denomina resistencia. Sorteando los riesgos de un aparato policial violento, eludiendo los cerros, sobrepasando la delación y la vigilancia, Albarrán envía su mensaje sin eufemismos ni evasivas.

El argumento habla de otro Chile, de otros momentos, de otras gentes. Ni Pinochet ni sus secuaces aparecen mencionados. Pero están ahí, integrando cada personaje y cada situación. El Chile que vemos

Portada: De Miguel Angel Gallo T.

DR © EDITORIAL PUEBLO NUEVO
Río de la Magdalena 101-17
México 20, D. F., Tel. 548-44-21

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

—que es también Bolivia, Argentina, Brasil, Paraguay, etc.— es el de ahora: el de las torturas, el de los traidores, el de los asesinatos masivos, el de los villanos.

El protagonista de "Agonía para un hombre solo" hace su tránsito vital desde una mazmorra fétida, ubicada en un lugar indeterminado, a otra un poco más grande: un país sórdido y agónico. Para él, no hay salidas, salvo la perseverante y lúcida militancia en una organización clandestina. Por eso, esta agonía no es desesperanzada. Está abierta a la lucha, al futuro.

A cuatro años del golpe militar que derrocó al Presidente Allende, la novela de Albarrán es una lección para la izquierda chilena y latinoamericana. En un momento en que la controversia sobre las vías posibles de acción se agudiza, una voz desde el interior llama a la reflexión. No muestra el camino de las alianzas denigrantes ni la renuncia a los principios militantes. No se queja desde la autocomplacencia de una plañidera concepción de la solidaridad. Propone la acción, la decisión combatiente. Más allá de la agonía, la lucha.

"Poco le importan ya, las represalias y el odio, dice, las torturas más repugnantes, su vida minúscula en comparación al noble ejemplo expuesto. . . , todos sus entrañables amigos de la universidad y de la vida, jamás se arrepentirían de su colaboración y de haberle confiado tareas, porque la agonía para un hombre solo, también es la agonía para un pueblo y para una generación, pero no la muerte".

Clave de un pensamiento que expresa coherencia ideológica y ofrece puntos de partida.

Para el lector, además, un material novelesco ágil y vital. Páginas que de muchos modos constituirán peripecia espiritual de hondas proyecciones.

RODRIGO QUIJADA

Cada instante constituía una nueva prueba. Estar allí lo era, obligado como un vegetal a permanecer inactivo de movimientos. La noción del tiempo siempre es inadecuada, cuando falta la luz y se está prostrado. Hay ausencia de ruidos reveladores; la mortaja se descuelga como un bicho fatídico desde el cielo raso y observa. Hay silencio, un silencio desconocido, pero quizás así logre ordenar sus pensamientos. Lo mantienen en esa relativa conciencia diversos dolores, tal vez demasiado pendiente del dolor físico. Pero él sabe cómo aguantar eso y más.

Aun cuando mira, no ve. Frente a sus ojos, las imágenes son manchas grises tratando de alcanzar forma y movimiento. Sus brazos y piernas le pesan como sacos de arena. ¿Qué es ésto? ¿acaso la muerte? ¿acaso el anuncio de la muerte? Un nuevo dolor le impide mover la cabeza, y cada parpadeo es arrastrar basuras minúsculas que han sido colocadas en la superficie del globo del ojo. Recuerda vagamente que también le han introducido en el oído unos fierros para punzarle el tímpano y dejarlo sordo. Una sensibilidad demasiado dolorosa tiene en la punta de los dedos sin uñas.

Poco a poco le han comenzado a crecer pero teme que, de nuevo, se las extraigan. Con los pulgares palpa sus dedos deformes y llenos de ampollas. Cada movimiento minúsculo, es una prueba de dolor y pánico, de seguir descubriendo las huellas de su cuerpo lacerado y casi inservible. Cada cierto tiempo, le introducen en la boca una goma para hacerle beber y tomar

unas sopas con gusto a coliflor podrido; entonces sienten náuseas, pero no puede vomitar, lo que sería un alivio.

Hay descompaginación en sus reacciones, desorden. A veces, siente la presencia de varios individuos que lo observan, manos toscas que lo palpan con voces compulsivas y aliento enmarañado. "¿Dónde están...? ¿sus nombres...?, ahora dínos sus nombres..." Apenas si los escucha, pero sus rostros a milímetros casi rozándole la cara, y ahí en esos instantes quiere escupirles; no tiene fuerza, pero le sobra el valor. Lo mantienen semiacostado, como a un viejo moribundo, como a un enfermo desahuciado. De hacerse el propósito podría dejarse morir, pero no quiere morir; no darles en el gusto.

En un principio se negaba a comer, pero descubrió que así le allanaba el camino a sus verdugos. A veces duerme pero hay siempre alguien que lo está despertando a horas diversas para interrogarlo. Cada vez se siente más débil, insensible a todo, hasta a la luz que, de vez en vez, penetra por un hueco frente a su cama. Es difusa y pálida. Cuando ésto sucede, observa a su alrededor apenas si moviendo la cabeza y los ojos las dimensiones de la pieza, la cortinilla de la única ventana, la colcha, el cuadro en la pared del lado derecho y a un hombre sentado en una silla junto a la ventana. Nada más. ¿Cuál es el color de su habitación?, ¿del catre? Se mira las manos expuestas sobre la colcha. El guardián no se mueve y tampoco hace ruido. Quizá sea un maniquí. Cuando la luz se comienza a extinguir, los escasos objetos de la habitación pierden forma y se desvanecen. Es la hora de comer y del interrogatorio. Siempre igual: sopa de coliflor o puré, agua, y el grupo de hombres como postre, preguntando las mismas cosas.

Una tarde descubrió algo inusitado: un agujero en la colcha lo que le permitía introducir sus dedos y

distraerse jugando con las hebras sueltas, único pasatiempo dentro de la pesadez de las horas, la monotonía densa y aplastante sin variaciones significativas. No tenía idea dónde se halla. Todo era confuso e inexplicable. Una y mil veces trataba de ubicarse en el tiempo y el espacio, descubrir algún signo revelador, ciertos indicios que le permitieran situarse en el punto de partida. ¿Es ésto acaso la muerte? No lo era, pues el agujero de la colcha, el maniquí o lo que fuere junto a la ventana, los interrogatorios, la luz que le permitía ver algunas cosas de su habitación, le aseguraban al menos, que aún estaba vivo.

Cierto día durmió más de lo común, o porque se habían olvidado de despertarle o porque buscaban la manera de rehabilitarlo para obtener una mejor confesión. Si hasta la sopa de coliflor fue remplazada por una con gusto a pollo; y al puré tuvieron la delicadeza de agregarle jugo de carne. La habitación estaba por completo oscura cuando despertó. Mas, sus ojos heridos, no habían perdido la habilidad de escudriñar detalles, y tampoco habían sido capaces de destruirle los oídos; por el contrario, de tanto acostumbarse al silencio, éstos recepcionaban los ruidos minúsculos mejor que un oído normal.

Sobre su cama sintió el peso de un cuerpo, de alguien que aguardaba alerta, a escasos dos metros. Tal vez fuesen a asesinarle y en el paroxismo del refinamiento, querían matarlo de a poco, con susto, hasta que el miedo le paralizara el pulso. Pero antes, tenía que confesar todo sin omitir nada. En la oscuridad y en silencio, descubrió otras cosas. En la silla del maniquí había sido montado un foco en un trípode. También habían otros focos cerca de su cama y varios personajes allí alerta para accionarlos, como si su pieza fuese el escenario de un teatro, mientras los actores aguardan el inicio de la obra.

En cualquier momento podrían encenderse todas las

luzes y el cuarto adquiriría la animación adecuada y febril, los diálogos mezclados de risotadas entre un enjambre de ademanes. Y él, en medio del barullo, acosado por quienes deseaban arrancarle una confesión. Sus nombres... sus nombres, bajo el aliento en una retahíla interminable. Por largo tiempo resistió el apremio sordo, la espera. Nada es peor al interrogatorio que sus momentos previos, ahí en la oscuridad apretada y él, vacilante, sintiendo la presencia cierta de los verdugos. ¿O era producto de su imaginación, aguzada por el debilitamiento? No; había una tramoya montada para hacerle enloquecer. Sus nombres y el aliento fétido en una mezcla de olor a tabaco y vinagrera. Pero los hombres aguardaban pacientes sin una pizca de alteración; había que hacer bien las cosas, no debilitar en demasía al preso.

Nada nuevo se observaba en la pieza; los actores estáticos conservaban la calma y no hacían ruido. A lo mejor ni respiraban, o se trataba de nuevos maniqués para ablandarlo. Sí, Andrés; la última y sutil técnica para quebrar la voluntad más firme. Sus dedos comenzaron a buscar el agujero de la colcha para seguir contando las hebras sueltas. Un pasatiempo idiota si se quiere, ¿pero qué otra cosa más inteligentemente podía hacer? Tomaba con delicadeza las hebras y contaba sus cabos; las había de uno y dos cabos, en forma alternada en el tejido. Ello le permitía olvidarse un poco del dolor y del apremio; allí en el escenario expuesto a un público inexistente, pero tal vez oculto bajo la cama.

Alguien carraspeó para soltar una mucosidad desagradable. Por cierto que estaban vivos, sus corazones latiendo y respiraban con cautela, también parpadeaban a ritmo distinto observando cualquier detalle. El tiempo se había detenido; estaba como atrapado en la oscuridad y en el silencio de cosa abandonada. Sentía la presencia de muchos objetos y, a la vez, la sensa-

ción de la muerte. De tanto hurgar en el agujero, Andrés logró desprender una hebra larga y principió a darle tirones enrollándosela en el dedo índice. Le dolía un poco la operación pero más le importaba distraerse y no seguir el juego de sus opresores.

Cada segundo creía tener un mayor control de sus emociones, mejor claridad; saber distinguir cosas y no ser un simple vegetal esperando la ración de agua. No me van a vencer, ¡no me van a vencer!, y no sabía si lo estaba diciendo a viva voz o lo pensaba. Quizá en esos momentos en la inmensidad del cielo, bandas de pájaros emigraban. ¿Y el murmullo del agua? ¿Y esa suavidad tenue cuando se mueven las hojas? No; mejor era atenerse a la realidad y olvidarse de la naturaleza y sus encantos. ¿Y si soñaba? Pues, el hombre dice estar soñando cada vez que se enfrenta al dolor y a la angustia, cuando las cosas que él ama, se tuercen. Sí, es mejor imaginarse que se sueña frente a la desventura; así, soportamos mejor la realidad. Hay en todo ésto un engaño consciente, calculado.

¿Dónde estaba? Su pieza era de regular tamaño para que cupiese una cama, un velador, dos o tres sillas y una cómoda. A su frente la ventana pero la puerta no se hallaba bajo su visión, presumiendo que la había al lado izquierdo y cerca del respaldo de su lecho.

Sus sentidos se habían sensibilizado, pues cuando le aproximaban la sopa a la boca, de inmediato descubría el olor, el gusto y hasta el tiempo en que estuvo calentándose. En aquella postración obligada le habían hecho comprender que al hombre mientras se va extinguiendo en un medio hostil le renacen fuerzas y sus ansias de vivir van en aumento. Ni las torturas ni la infamia son capaces de doblegar al espíritu. A su olfato principió a llegar paulatinamente, un olor agradable, mejor que un perfume; era un olor para su estómago. Después se encendieron los

focos de golpe, lo que le ocasionó un dolor intenso en los ojos, provocándole una ceguera temporal.

Poco a poco principió a recobrar la visión y ahí a milímetro de sus ojos opacos, vio manjares de ensueños, la abundancia desmedida como para dar de comer a un príncipe oriental. Y el olor de ese festín golpeando su imaginación, sus sueños dorados, ahí al alcance de su boca. A lo mejor había seis hombres en su habitación. Unos sujetaban las bandejas con las viandas, otros accionaban los focos y un hombre con delantal blanco, manos velludas, nariz ganchuda y larga, lo miraba con el detenimiento de quien aguarda el momento para iniciar el interrogatorio. "Sus nombres... sus nombres, y podrás comer a tu antojo... ¿Dónde se oculta Andrés Madariaga?". Les decía que Andrés Madariaga era yo y ellos me daban puñetazos en el estómago, la única parte que aún tenía sensible. Se miraban entre sí y volvían a la carga con la obstinación del hambriento que se imagina comer manjares cuando en realidad mastica objetos de invención. Desde el comienzo preguntaban por mí, a mí mismo, lo que no sé si era un juego diabólico para hacerme enloquecer o se trataba de unos idiotas sin capacidad para discernir.

Me flaqueaban las fuerzas frente a esa visión, a las comidas humeantes, al gozo de ver esa variedad ausente de mi estómago por meses. Tan sólo si pudiese tener acceso a una minúscula porción de cada cosa, y sentirlos sobre la lengua por un momento fugaz. Como si adivinasen sus pensamientos, le abrieron la boca a la fuerza y le introdujeron un aparato de fierro que le impedía cerrarla. La boca se le llenó de saliva. Con una cuchara le posaron sobre la lengua un trozo de carne, un bello trozo de carne sazonado con delicadeza. La sensibilidad de la especie humana no estaba ajena a este dispendio culinario. Si no mas-

ticas la carne, te sacaremos los dientes, ¿verdad hermanos?

Andrés quería vencer el mecanismo de fierro que tenía montado sobre la dentadura. La tentación y el deseo lo doblegaban. "¿Dónde está señor imbécil, el señor Andrés Madariaga? ¿Y el nombre de los demás...? ¿sus nombres?", y el abusador de pasadita le oprimía las manos con las rodillas. Traigan al "dentista" gritó luego y apagaron los focos. Y sin poder cerrar la boca y aún teniendo el trozo de carne sobre la lengua, Andrés quedó solo en la oscuridad.

Muy pronto iban a regresar y no sospechaba de qué nuevos artificios se valdrían para arrancarle la confesión. Al comienzo se trataba de interrogatorios de rutina pero él entonces no estaba inmovilizado. Por cierto lo tenían bajo custodia y solo en una celda pequeña. Dos veces al día recibía de comer, una ración aceptable; más, con el tiempo, se fue haciendo incombible y mezquina. Si la rechazaba, al día siguiente le traían la misma y así hasta el infinito, y si llegaba a la descomposición, miel sobre hojuelas. Era mejor tragar todo y conformarse. En lo íntimo mantenía la certeza que muy pronto su situación empeoraría.

Siempre estuvo solo, imposibilitado de comunicar sus desventuras y aprensiones. Al atardecer venían unos hombres rudos a interrogarle y Andrés en su ingenuidad primaria los invitaba a que se acomodaran en la estrechez de su celda. Hasta ahí la comunicación era amable, pero después los celadores asumían su rol y Andrés asistía a la transfiguración rápida, peor que energúmenos, aun cuando aseguraban que les desagradaba hacer aquello.

La primera semana, Andrés confesó intrascendencias, anécdotas de su vida, sus gustos y preocupaciones, cosas baladíes y cuando comenzaron a apremiarle, se le ocurrió inventar historias. Al menos daba riendas sueltas a su capacidad narrativa impregnada

de humor. No tuvo éxito, pues los hombres desestimaban esos alardes.

Cierta mañana, fue despertado a una hora inusual. El cielo vivía el crepúsculo en su fase primaria, y algunas aves nocturnas cruzaban raudas frente a su ventana. A medio vestir lo trasladaron al patio y lo obligaron a correr en círculo. Las diez primeras vueltas le ayudaron a entrar en calor y perder el miedo, pero comenzó a sentir cansancio y fatiga, el corazón loco bombeando en forma exagerada. Hizo amago de descansar y un puntapiés le alcanzó la cadera. Poco a poco principió a disminuir el ritmo de su carrera, agobiado por el cansancio y el dolor del golpe. Creía que a sus zapatos le habían puesto suelas de fierro, semejantes a las del buzo. En la extenuación total, cayó de bruces junto a una acequia. Apenas si estuvo tranquilo cinco segundos. Alguien lo cogió desde los hombros para introducirle la cabeza en el agua. Cuando sentía ya la sensación de ahogo, le permitían respirar; dos escasas aspiraciones y de nuevo lo sumergían en el líquido hasta que hablara.

El apremio brutal le hizo perder el conocimiento, lo que enfureció a sus verdugos. "¿Y si se nos muere?". Mejor era cuidarle hasta conocer, detalle por detalle, sus actividades y el nombre de los integrantes del grupo. Lo pusieron en unas angarillas y lo trasladaron a una celda. Un rayo de sol comenzó a caminar por su rostro hasta llegar a los ojos. Se despertó sobresaltado. Le dolía el esqueleto, las vísceras en permanente rotación. Como un reptil adormecido se estiró con lentitud, pero los músculos casi no le obedecían. Que realidad más dura, e incierta. Recién cuando la oscuridad se introdujo en su celda, pudo incorporarse. Junto a su mano le habían dejado un tazón de caldo grasiento y una marraqueta minúscula. Quizá si tragaba aquello podría recuperar energías, ánimo, anhelos de seguir en esa lucha desigual.

En la planta de sus pies, descubrió varias ampollas. Al principio no le dolían, pero cuando quiso trasladarse al camastro, le punzaban como si estuviese caminando por una alfombra de clavos.

Muy pronto volverían; sí, escuchaba sus voces, el murmullo de palabras dichas en secreto, algunas risillas entrecortadas, el ruido de pasos inconclusos cerca de su celda, la premura de quien a gritos pedía le trajesen al testarudo para hacerle hablar ahora, los intervalos de silencio seguidos del ruido de un tropel humano corriendo por las galerías, y después la calma inerte. ¿Acaso se vive en forma discontinua dándole poco a poco a la muerte una ración de nuestra existencia? Sí, esa quietud le mordía el alma. Tal vez sus verdugos estuviesen agazapados en la puerta, restregándose las manos mientras piensan nuevos métodos para flagelarlo. Mira en su redor con desconfianza, ¿o ya se han introducido a su celda y se ocultan mimetizándose con los muros? Un grillo hace sonar sus élitros y el ruido monótono y agudo le espanta el sueño. A veces el bicho interrumpe su canto pero lo reanuda en seguida desde un punto distinto y más próximo.

A la medianoche, en un tropel desordenado, ingresaron a la celda cinco hombres. Vestían abrigos amplios color petróleo, sombreros aplastados y guantes de cuero. Uno traía una palmeta, otro un látigo, el otro unas tenazas parecidas a las que sirven para ondular el cabello y los dos últimos, guantes de box. Ahora, hermanos, y los púgiles principiaron a darle una tunda memorable, de preferencia golpeándole el estómago. Como tenía el estómago vacío, nada vomitaba, sí sangre mezclada con mucosidad. Andrés no disponía de ánimo ni para pedir misericordia. Cuando los dos hombres no pudieron más dominados por la extenuación, entraron en escena el hombre del látigo y el de las tenazas. Mientras uno le azo-

taba las espaldas, el otro le aplastaba los dedos por las uñas.

Sólo dijo blasfemias en un momento de entereza fugaz; el resto del tiempo, se quedó impávido contemplando a sus verdugos, en el conformismo idiota del héroe vencido. El exceso de golpes lo habían insensibilizado. Un cúmulo de cosas, a manera de pesadillas bailaban en su cerebro. Se le antojó pueril amar la vida, la inútil vida, su lucha sustentada por ideales que, en esos instantes, le parecían ramplones. Quiso hablar, pero la lengua estaba desvinculada de su sistema nervioso. Bajo el castigo brutal percibía la proximidad de su quiebre, incapaz de mantener por más tiempo el secreto.

¿Y bien? Andrés miró con ira a su interrogador. El verdugo sostenía en sus manos las tenazas, moviéndolas para intimidar al preso. ¿Y bien? Desde el exterior llegaba la música de un organillo mezclada con la bocina de un camión, las voces de transeúntes lejanos y la campanilla de una bicicleta. "Cágalo de una vez, Horacio. Cágalo de una vez" y, sin esperar respuesta del tal Horacio, el hombre avanzó resueltamente hacia Andrés y lo golpeó con el mango del látigo entre los ojos.

Varios días estuvo agonizando en la soledad cómplice de su celda. Cada cierto tiempo un practicante le ponía sobre la herida de la frente unos polvitos amarillos, le tomaba el pulso y anotaba sus impresiones en una ficha. A horas indeterminadas venían a dejarle una ración de comida, fría y miserable y un pan duro como adoquín. A veces alguien se condolía de Andrés y le daba de comer; de no ser así habría muerto el primer día después de haber sido golpeado. Parecía un guñapo, un remedo de hombre, sus miembros desordenados, la hinchazón generalizada de su cuerpo, el espíritu abatido en esa lucha por sobrevivir a la ira.

Al despertar cierta mañana, Andrés desconoció el sitio donde se hallaba. Semiacostado podía distinguir buena parte de su habitación, una ventana libre de barrotes, una silla y un cuadro en el muro derecho que bien podría ser un óleo o un espejo, y su cama cubierta por una colcha. Después dormitó un poco y al volver a despertar, notó la presencia de un extraño en su habitación. Estaba sentado en la silla junto a la ventana. ¿Que hacía allí en silencio e intangible como una nube? Quizá era su cancerbero o el torturador aguardando la oportunidad para flagelarlo por enésima vez.

Desde el primer momento que Andrés Madariaga fue detenido, Horacio Ramírez lo custodiaba y dirigía los interrogatorios. Era grande y corpulento, las manos descomunales como las patas del elefante, la mirada blanda y tranquila y las cejas tupidas aproximándose a los pómulos, la nariz gruesa bajando en forma de gancho hacia su boca fina y pequeña. Horacio Ramírez no era un torturador habitual; mas, cuando le ofrecieron la posibilidad de dirigir los interrogatorios de Andrés, le entusiasmó la idea porque conocía la importancia de su labor. Ello le abría la oportunidad de los ascensos, el prestigio y la respetabilidad entre sus compañeros de oficio.

Cuando por vez primera vio a Andrés, lo imaginó soberbio, dotado de cierta arrogancia intelectual, pues el joven citaba libros y autores que él jamás había escuchado, y para ahondar más la diferencia, hablaba a menudo de la justicia y del derecho. Horacio, en cambio, apenas si estudió, limitándose a concurrir a la escuela primaria hasta los doce años; luego hasta los veinte estuvo en el mercado de abastos como cargador, para enseguida intentar suerte en pequeños hurtos a la salida de los cines y teatros. Al cumplir los veinticinco, un padrino lo llevó a un club de box, para que se iniciara en la práctica, pero era

largo de pierna, falto de reacciones, aún cuando daba puñetazos divinos y demoleedores. En una veintena de peleas, ganó seis, empató cuatro y en diez fue virtualmente masacrado. Su pelea con "el viejo" Garcés hizo historia. Jamás nadie recibió una paliza mejor propinada. "El viejo" Garcés parecía un tigre en el cuadrilátero, moviéndose con soltura y pericia, y golpeando a Ramírez a su antojo, cuantas veces se le vino en gana. El público gritaba enardecido y el árbitro por temor a que fuese agredido no paraba la pelea, desigual desde el primer round hasta el décimo. Cuando el árbitro detuvo la zumba, ya que el pobre Horacio Ramírez andaba como un borracho de rincón en rincón y con el rostro desfigurado y sangrando hasta por los oídos, el público se desgranó en un abucheo interminable, exigiendo al "viejo" Garcés que castigara a su rival hasta dejarlo inválido.

Horacio Ramírez estuvo tres meses en el hospital reponiéndose de esa verdadera fiesta de puñetazos. Tenía cortaduras sobre las cejas, los pómulos, y todos los dientes sueltos. Durante seis meses vio mal con ambos ojos a causa de un derrame rebelde. Hasta el cuero cabelludo le dolía y por semanas estuvo impedido de peinarse.

En cuanto al "viejo" Garcés, realizó la mejor faena de su vida; y después de esa pelea, se le nominó para combatir a fines de ese año, contra el campeón de Chile. Mas, Horacio se hizo el propósito de impedir esa pelea, pues mientras se reponía, juró inutilizar a su verdugo, el único causante de sus males y tragedias. Por ello, se desvivía ideando una venganza sutil, algo tremebundo y definitivo.

Una tarde de julio, Garcés y sus amigos bebían cervezas en un bar de la Alameda. Alertado Horacio por unos rapaces de aquella oportunidad, se dirigió raudo al sitio, esperanzado de consumir su venganza. Mientras se palpaba las heridas del rostro, miró

a través de la vitrina a su glorioso rival, riéndose a intervalos, entre sorbo y sorbo de cerveza. Garcés se ponía en guardia y por medio de ademanes les explicaba a sus amigos cómo haría su próxima pelea. Desde el primer round me iré encima hasta coparlo, así, así; y estiraba las manos y movía la cabeza esquivando golpes imaginarios. Nuevas risotadas y el "viejo" se ponía generoso y solicitaba otra ronda de tragos.

Hasta cerca de la medianoche estuvieron bebiendo. "El viejo" fue el primero en claudicar, pues al día siguiente comenzaba su preparación para la pelea por el campeonato. Se levantó con lentitud de la mesa y se puso la bufanda alrededor del cuello mientras realizaba una serie de fintas con los mozos que lo fueron a despedir hasta la puerta. Al lado afuera, junto a un árbol, se puso a orinar sin dejar de mover los hombros como si estuviera en el ring. Luego se fue dando saltitos por la calle y estirando los brazos a diestra y siniestra. Algunos transeúntes inadvertidos lo quedaban mirando y se maravillaban del ingenio del hombre para espantar el frío.

Desde lejos Ramírez lo seguía, ocultándose entre los árboles y los quioscos. Garcés en todo su trayecto continuó practicando, motivado con la idea de ser campeón. Y frente a sus ojos en forma fugaz veía la cara de Horacio Ramírez a su alcance, y sus puños castigándola hasta la fatiga. Escuchaba el griterío de sus admiradores pidiéndole que lo matara; y "el viejo", estimulado, afinaba la puntería y buscaba los ojos de su rival. Entonces, cuando Ramírez se le presentó en la realidad sujetando un cuchillo de hoja larga y ancha, "el viejo" hizo unas cuantas fintas para esquivar el arma, y cuando tuvo al agresor dominado por esa serie de movimientos hipnotizadores, le lanzó al rostro tantos y variados puñetes, que de haber sido observado por el campeón de Chi-

le, de seguro se hubiera negado a pelear con Garcés.

Esta nueva zurra, aquietó por algún tiempo el ánimo vengativo de Horacio, pero no bien se repuso del castigo, andaba por ahí buscando matones para que fuesen en nombre suyo, a liquidar al "viejo". No obstante nadie quiso acometer la empresa pues "el viejo" Garcés era un ídolo y, por lo menos, una docena de amigos lo acompañaban a todas partes.

Apremiado por el hambre y la necesidad, Horacio se dirigía a los clubes de box en busca de una peleíta con principiantes o algún boxeador eclipsado. A veces lo enviaban a provincia en combates preliminares de exhibición; por lo general perdía. Su aguante y reflejos eran exiguos. Estiraba los brazos más bien para defenderse que para boxear, pero esta manera de conducirse en el cuadrilátero apasionaba al público, siempre dispuesto a presenciar una paliza sangrienta.

Cuando aparecía algún púgil promisorio, peleaba con Horacio y el pobre se transformaba en carne de cañón, en esa experiencia tan dura y amarga que es arriesgar la vida dejándose golpear hasta la impunidad, para comer.

Una tarde llegaron al club de box donde Horacio practicaba, unos caballeros del Partido Nacional. Venían a reclutar guardaespaldas para proteger a su candidato a la presidencia de la República. Cuando vieron a Horacio les pareció adecuado: el hombre era corpulento, duro de expresión, temerario y dispuesto a dar la vida. Entonces los caballeros le hicieron firmar un contrato, y Horacio estuvo como dos minutos inclinado sobre el papel tratando de hacer la firma. Hastiado por esa demora, uno de sus patronos le cogió el pulgar izquierdo, se lo untó en tinta color violeta y le hizo estampar su dígito en lugar de la firma.

Por seis meses anduvo en compañía de boxeador-

res, luchadores y guapos, custodiando al candidato a la presidencia. Le habían obsequiado ropa limpia y decente. No más su chaquetilla concho de vino, sus pantalones aflautados, sus lentes oscuros y la camisa de seda semiabierta. Ahora, se le exigió el uso de la corbata, camisa blanca y un traje sobrio. Hasta su manera de caminar era distinta. Dejó de balancearse en forma exagerada optando por caminar erguido y apenas moviendo los brazos y hombros. Todos los días se rasuraba y se ponía una loción en la cara, curtida, llena de cicatrices, huellas inequívocas del fragor de luchas sangrientas. Empezó a comer en restaurantes o donde el candidato era invitado; por lo general, a sitios distinguidos. A veces el candidato debía frecuentar alguna población obrera. Entonces sus guardaespaldas asumían una actitud cautelosa, cierta desconfianza, pues se les había instruido de impedir que la gente pobre se la aproximara en demasía al señor candidato, ya que siempre andan importunando con solicitudes odiosas. En una oportunidad, un viejito inofensivo y casi ciego en su afán por tocar al señor candidato, le ensució el abrigo, lo que hizo reaccionar a su equipo de matones y en especial a Horacio, quien tomó desde el cuello al audaz y lo estuvo zamarreando hasta que el viejito se echó a llorar mientras pedía perdón.

Al triunfar el candidato del partido nacional en la elecciones presidenciales ofreció a sus guardaespaldas, la calidad de agentes de su policía política. Horacio Ramírez de boxeador de relleno, se hizo agente: le entregaron una placa de identificación y un revólver. El primer tiempo se iba a su antiguo club de box y les mostraba a sus amigos la placa y el revólver. A veces, por puro gusto, detenía a inofensivos transeúntes y los sometía a vejámenes e interrogatorios groseros. Se subía a los taxis y obligaba a sus conductores que lo pasearan gratis por la ciudad y, si

alguno resistía, en el mismo automóvil se lo llevaba detenido.

Con los años fue afinando y refinando su proceder. Evitaba cometer arbitrariedades demasiado notorias, quizá porque la experiencia le decía que era preferible obtener dinero sin intimidar a las personas con bravatas. Así, se hacía pagar por favores nimios. Cuando lo enviaban a detener a enemigos del gobierno, se mostraba gentil y delicado, no sin antes pedirles a cambio, una suma de dinero para gastos de estadía y otras minucias. Si se trataba de obreros, les robaba la ropa; mas cuando sus detenidos usaban corbata, cambiaba de actitud y se ponía accesible. Al ser detenido Andrés Madariaga a comienzos de abril, Horacio fue el primero en interrogarlo en su celda. Le impresionó la arrogancia del joven, esa rara seguridad cuando contestaba sus preguntas sin titubear. Incluso Andrés tuvo la osadía de pedirle libros para leer mientras lo tuviesen allí. Bueno; hágame usted una lista, y se los traeré. Andrés le entregó la lista, nutrida y variada. Ramírez la leyó o la mal leyó, pues ninguno de los títulos y autores los conocía. Tal vez de acceder a la petición, Andrés Madariaga le revelaría cosas que él trataba de obtener, mas, cuando el joven tuvo entre sus manos la docena de libros, rogó a Horacio Ramírez lo dejara sólo para leer. Y Horacio, inexplicablemente cortado por la perplejidad, se marchó en silencio para no perturbar al temerario lector.

Al atardecer, llamaron a Horacio Ramírez desde la oficina del jefe: "¿Y los informes de tal "Braulio"? Si le decía que le llevó libros, el jefe de seguro lo iba a insultar; por algo le repetía: "Mira Horacio, todos los detenidos que caen aquí, son tus enemigos, nuestros, de la patria, del país; tú tienes que tratarlos como si fuese "el viejo" Garcés". Claro, y Horacio sentía el tardío arrepentimiento de haber na-

rrado los detalles de su pelea con "el viejo", sin omitir nada, si hasta le contó al jefe cuando lo anduvo buscando para vengar la afrenta. ¿Garcés? Por cierto el jefe recordaba al boxeador que fue campeón por tres meses. Sí, era bueno, pero le pegó otro mejor.

"¿Y confesó "Braulio"?". Horacio Ramírez se echó hacia atrás como si le fustigara el aliento del jefe. "Deme plazo hasta mañana, suplicó tragando saliva. Ahora lo tengo en ablandamiento." Entonces su interlocutor lo quedó mirando como si la medida le pareciese adecuada y justa. ¿De nada habían servido los interrogatorios previos? "Usted sabe jefe; no con todos se puede actuar de la misma manera. Déjeme a mí, y mañana usted tendrá lo que quiera". Cuando salió de la oficina, luego de cerrar la puerta con esa suavidad solemne para respetar el reposo de un moribundo, respiró aceleradamente. "¿Qué te pasa Horacio? ¿Es que el joven te da pena?" Era su enemigo; "el viejo" Garcés tratando de acorralarlo, dándole puñetazos a granel, escurriéndose con una serie de fintas y cuando creía tenerlo a su voluntad, "el viejo" se le escabullía. Putas que era hábil. La verdad que cuando pelearon, Horacio apenas si lo alcanzaba con sus golpes furiosos; en cambio, el otro no pegaba fuerte pero no erraba puñete.

Desde el ventanuco de la puerta de la celda, Horacio vio a Andrés hojear un libro, después otro, como si anduviera buscando algo importante. Le picó la curiosidad y se quedó allí imaginando que tal vez el joven de un momento a otro retirara de entre las páginas algo inusitado, a lo mejor una misiva secreta colocada por un secuaz. Andrés Madariaga con reconcentrada pasión seguía su búsqueda, ajena a misivas secretas, y de vez en vez se detenía en su afán, y como que acariciaba las páginas. Al cerrar un libro lo colocaba sobre una repisa, no sin mirar su empaste y

leer por enésima vez el título y el autor. Cogía otro y realizaba idéntica operación. A Horacio el corazón le palpitaba a saltos, igual cuando creyó ganar al "viejo" en el quinto round, luego de alcanzarlo con un puñetazo en la frente, pero "el viejo" hizo como que el golpe lo atontaba y le hacía perder el control, y cuando Ramírez se le aproximó para rematarlo, el otro lo recibió "amistosamente" con una andanada formidable de golpes cruzados, arriba y abajo, al medio. La campana lo salvó, porque las piernas le flaqueaban y tenían deseos de tirarse al suelo.

Con sigilo y apenas mostrando su rostro, Horacio Ramírez continuó su espionaje. De pronto, Andrés cogió un libro de tapas blandas color azul, en cuya portada se leía con nitidez el título de la obra, hecho en caracteres gruesos, y la observó con mayor detención que el resto. En seguida lo abrió, deteniéndose en sus primeras páginas para iniciar la lectura. En él había fruición al sentir el contacto del libro, de la hoja impresa, del hábito sagrado de cosa capaz de transformar el mundo. Las páginas pasaban por sus dedos, acariciándolas. La lectura era lenta y reconcentrada, gozosa en esa comunión invisible entre el autor y el lector. En el silencio de su celda era grato leer, pero no del todo bajo la amenaza que pronto podría ser interrumpido para someterlo a una interrogación. Mientras tanto seguiría leyendo: le reconfortaba hacerlo en el eterno reencuentro con las ideas que él sustentaba y por las cuales estaba dispuesto a morir.

¿"El viejo" Garcés? Por cierto todos eran, de una u otra manera, sus rivales. Cuando niño era flacucho y enclenque y debía soportar a los abusadores que se deleitaban golpeándolo hasta que les daba hi-po. Cuando creció, le agradaba encaramarse a los árboles y hacía acrobacias, lanzándose con riesgo de

desnucarse de una a otra rama. En estos ejercicios, el desarrollo muscular se hizo ostensible. Nadie volvió a ponerle la mano encima; en cambio, era él ahora quién por divertirse golpeaba a sus compañeros en el mercado de abastos. Como se vio fuerte, extendió sus abusos: les quitaba el dinero y las mujeres. La jactancia, luego le señalaba el camino del box, el episodio más triste y desventurado de su existencia. "El viejo" Garcés le tronchó su carrera pues en la pelea anterior los diarios habían dicho que Horacio Ramírez era un promisorio boxeador, sólo dos líneas en el periódico, recorte que él guardaba, y de tanto mostrar se había ajado.

En la policía política le enseñaron algunos rudimentos de su nueva profesión; sólo rudimentos porque él debería usar los puños, sus manazas hostiles, contundentes; nada de complacencias. Una o dos horas practicando box en el gimnasio del cuartel, y cuando tenía oportunidad, le propinaba palizas inmisericordes a sus compañeros aprendices. ¿Ven? Así hay que castigar a los rebeldes; después, como corditos nos pedirán perdón. Era grato y entretenido golpear a los aprendices, que se enredaban en una suerte de golpes sin destino, pero a veces surgía un duro y le costaba tumbarlo. Cuando esto sucedía, Horacio se imaginaba estar boxeando con "el viejo"; entonces una ira brutal lo impulsaba a combatir como si estuviera luchando a muerte. Y el ex-boxeador recurría a todas las triquiñuelas, a las técnicas y a los fraudes para imponerse a sus jóvenes rivales.

Sin apuro, Horacio continuó aguardando novedades. Cada movimiento de Andrés Madariaga lo seguía con ansiedad. Y Andrés Madariaga, quien había ingresado a la cárcel con el nombre de "Braulio", ajeno y absorbido por la lectura, disfrutaba por algunos momentos, substrayéndose de la realidad. Si no leía, podría caer en estados depresivos, pero sin

saber hasta cuando se le permitiría ese recreo. ¿O era algún método para persuadirlo a hablar? Sí, ya que a nadie se le trataba con tantos miramientos. Dejó por un momento de leer y sorprendidamente volteó la cabeza en dirección a la puerta de su celda. "¿Ah, es usted? Quiero mostrarle algo que sale aquí, en este libro. Pase." Horacio Ramírez, sorprendido *in fraganti*, hizo como que manipulaba la cerradura y no parecer demasiado tonto espionando desde hacía un buen rato.

"¿Sabe, Braulio? Nosotros con usted hemos sido en extremo cordiales, pero usted no ha querido entender que si no habla, tendremos que obligarlo usando otros métodos. Usted parece ser una persona decente e instruída. Coopere y saldrá pronto; se lo aseguro". ¿Cooperar? Era una insolencia; claro, la delación, decir cosas, revelar nombres y datos como si fuese el más entretenido de los juegos, una adivinanza o vamos jugando a la gallinita ciega. Con su mano extendida palpó el libro de tapas azules sobre la repisa. ¿Por quién quieres que comience, desgraciado? La insolencia le quemaba la boca, las vísceras como un gran sorbo de ácido. Ya veía al energúmeno golpearle con sus manazas en el vientre y en la cara. La tarde se insinuaba triste, cubierta de nubes bajas. ¿Cooperar? por cierto; veamos: Don Quijote, Sancho desde luego; Amilcar Barca, Fausto, Moisés, Confucio; esos son los más importantes; después habría que citar a Atila, los Borgia, el asesinato de Lincoln, el genocidio de las guerras mundiales, Bruto y el que dijo: "muera la inteligencia".

"Mire, Braulio; esta noche volveré sin falta. Ojalá usted para entonces quiera cooperar. Créame. A mí, no me gusta forzar las cosas, golpear a la gente y que después se diga que nosotros actuamos como salvajes. Le ofrezco una linda oportunidad, mi amigo. Cuando usted me pidió esos libros, no tuve reparos

en traérselos, porque me imagino que usted debe ser un hombre con cultura y necesitaba leer para mantenerse optimista. Nos cuenta todo y mañana será libre como un pajarito, pero si usted se nos pone cargante... ¿sabe?, los muchachos no tienen paciencia. En cambio yo, siempre los alerto a no confundir. No es lo mismo interrogar a un caballero que a un vagabundo. Esto me recuerda a un joven parecido a usted que estuvo el año pasado en esta misma celda. Al principio se comportó en forma atrevida; dijo que éramos unos desgraciados y que torturábamos a la gente por puro gusto. Váyase con calma le dijimos, pero él gritaba muchas insolencias. Claro, así no podíamos seguir conversando y uno de los muchachos le dio unas cachetadas. Se quedó tranquilo hasta el día siguiente no más, y cuando volvimos a la celda, nos recibió a puros garabatos. Hasta ahí les duró la paciencia a los muchachos. Le pegaron por mal hablado y por tonto. ¿Y sabe lo que sucedió después? El mismo nos hizo llamar cuando se repuso de la tunda y nos contó muchas historias. Al fin, un excelente colaborador."

Muchas historias. Eso era lo que querían. Y después el colaborador obsecuente, dispuesto a la delación. Varias tretas en acción organizadas sutilmente, para atraparlo. No era un borrego, tampoco un ignorante para desconocer los procedimientos de la Policía Política. Con suerte saldría de allí en un par de meses no sin antes absorber buenas dosis de golpes. ¿Cuál era su límite, la capacidad para recibir un trato inhumano? "¿Cuándo el hombre dejará de ser el verdugo del hombre?", leyó en uno de los libros. Después la oscuridad no lo dejó continuar. De un momento a otro, sus interrogadores irrumpirían en su celda. Un rumor tenue y lejano le hizo sospechar que los hombres se organizaban. Parecían discutir, formular proposiciones, ensayar nuevas técni-

cas y disputar el privilegio de quién iniciaba la tortura, mientras los verdugos se deleitaban con la idea. Se quedaron discutiendo próximos a la celda. La voz de Horacio dominaba como un solista; de seguro tenía las manos cubiertas con guantes de box y venía encapuchado, dando saltitos como un jilguero para entrar en calor. Todo era muy auspicioso.

Una ráfaga de silencio le paralizó las ideas. Quizá se hubiesen arrepentido y se marchaban en puntillas para no seguir en ese juego cruel. Mas, alguien tosió en la propia puerta de la celda y Andrés Madariaga presintió como una insoslayable realidad, la puesta en escena de algo malévolo. Varios minutos se sucedieron y en la galería aún continuaba esa interrupción del tiempo, la calma y la quietud sin altibajos. Alguien en el extremo sur de la galería, en la parte opuesta a la celda de Andrés, dejó caer un objeto metálico. Una bocanada de ruidos estridentes y en progresión, llenaron el pasadizo en una seguidilla de ecos; luego, la vuelta a la quietud, la sensación de que alguien estaba junto a su puerta, pronto a irrumpir violentamente.

"¿Nombre, edad, profesión?" Cuando dijo que se llamaba Andrés Madariaga, el hombre lo quedó mirando con una risita idiota, y puso en cambio "Braulio". "¿Usted nos cree imbéciles? Usted, mi estimado señor, es el carajo de Braulio", y Andrés nada sabía sobre el supuesto individuo, tratando de aclarar el embrollo. Desde luego a Andrés le ocasionaba ira esta situación, por cuanto si negaban su identidad, lo podrían retener indefinidamente. Era una trampa, sutil y malévola. ¿Y si en realidad lo confundían? ¿pero de dónde el exagerado interés por él? A través de Horacio Ramírez supo que lo buscaban por el asesinato del coronel Estrada-Montero. "Lo emboscaron en el puente Pío Nono a las tres de la tarde. Andrés Madariaga fue quién lo mató con un revolver de preci-

sión, disparándole a la cabeza. Y usted "Braulio" es el enlace entre Madariaga y la organización terrorista extranjera que fraguó el crimen".

Andrés Madariaga comprendió que seguir insistiendo en su verdadera identidad lo perjudicaría. A nadie le gusta que le adjudiquen un asesinato, tampoco aparecer como enlace y eventual cómplice del mismo. Aquello era disparatado, una historia sórdida sin alternativa. O el autor o el cómplice, o el cómplice o el autor. Parecía un calambur o un juego diabólico, y él metido allí, detenido en una iglesia a causa de una delación. Sí; recordaba que se habían reunido en una iglesia al atardecer.

Cinco hombres y dos mujeres. Elba era delgada y ojerosa. Sobre la cabeza se había puesto una mantilla negra que la ayudaba en su caracterización de viuda yendo a la iglesia a orar. Regina, en cambio, vestía una falda floreada y una blusa blanca, que le resaltaba el rosado de sus mejillas, sus labios rojos y gruesos, su pelo color miel y el encanto de su figura mágica y noble. Bernabé y Eleuterio, llegaron juntos; y con un intervalo de quince segundos, Andrés Madariaga. A través de señas imperceptibles se fueron concentrando en el ala izquierda de la nave, una iglesia de estilo gótico.

No bien se reunieron en el lugar establecido, Andrés con su capacidad extrema para olfatear el peligro, advirtió que eran vigilados. "Huyan"; con celeridad se dispersaron en direcciones distintas, pero la policía estaba alerta y comenzó una cacería en el interior de la iglesia, saltando bancas, los altares sin reparar en la acción sacrílega, después los pasadizos en carreras frenéticas matizadas con algún disparo de revólver. Cuando Andrés trató de saltar una tapia, lo cogieron de un brazo y como su cuerpo llevaba impulso, el miembro recibió toda la brusquedad de la retención. Fue un dolor agudo, como si le hubiesen

dado de martillazos en el codo. Después le propinaron un golpe en el estómago y hecho un ovillo se dejó caer sobre las baldosas. Si respiraba, le dolía. Si intentaba moverse, quizá lo volvieran a golpear con más saña.

¿Cuanto tiempo llevaba detenido? En primavera lo habían atrapado y ahora al observar la luz mortecina del sol, colegía que era invierno. Imbertérrito el guardián permanecía junto a la ventana sentado en su silla. Le habían prometido la visita del "dentista", otro eslabón de sufrimiento y prueba. ¿Cual era el límite de la tolerancia? Aquello era una infamia; estar allí lo era. Achacarle un asesinato que de seguro lo había cometido la propia policía, era una canallada. Bueno, así eran las argucias para comprometer a los opositores al gobierno. Aceptar esa situación era parte del riesgo que él, voluntariamente, se había propuesto aceptar.

A sus espaldas sintió la presencia de alguien. Quiso mover los ojos para observar al recién llegado; mas, se desistió; le dolían como si se los hubiesen aplastado, como si alguien con largas uñas durante horas manipulara sus órbitas para extraerle el contenido. Algunos segundos de quietud le permitieron recobrar cierta serenidad. Lo mejor era intentar dormir, desentenderse de esa farsa aberrante y hostil. Le tocaron el brazo; tal vez soñaba. Abrir y cerrar los ojos era un suplicio. "¿Es usted Regina?" La joven se inclinó sobre el lecho y lo besó con apasionamiento de lujuria. Sus labios gruesos y jugosos le apasionaban sus propios labios, y su pelo color miel, caía por sus hombros desnudos en un torbellino de sugerencias. "¿Me amas?" Y ella deslizó con suavidad sus manos sobre el pecho del amado, apenas palpando esas formas dulces, la imaginación desatada, desprovista de la pereza de los amantes otoñales. El fruto estaba maduro y ambos lo mordieron al uní-

sono, como si fuesen a despertar haciendo sonar los huesos y los ligamentos.

"Despierta", le gritó Horacio Ramírez, con voz cascada e insegura. Era irónico para el ex boxeador decir despierta; algo parecido cuando a él lo conminaban a despertar en el cuadrilátero. A veces iba derecho al hospital y allí empezaba a abrir los ojos de a poco. Siempre preguntaba por el rival, la hora y si la pelea había concluido. A la semana andaba haciendo planes para seguir boxeando en su terquedad indestructible, alimentada por sus amigos que vivían a sus expensas. "No aflojes, Horacio; algún día vas a ser el campeón". Con fervor entrenaba en el gimnasio de la asociación de box amateur en la calle Maruri, aguardando la posibilidad de un nuevo combate.

"Vamos, despierta". En el segundo intento, Horacio logró despertar a Andrés. "Malas noticias, amigo. Hace algunas horas detuvimos a Andrés Madariaga y nos contó todo, detalle por detalle del asesinato, nombres, enlaces... La cosa se te puso malita, "Braulio". Madariaga dice que tú le ayudaste a cometer el crimen. Putas el pájaro hablador y marica. Si no lo paramos un poco, nos hubiese dicho con cuantas mujeres fornicó en su vida. Se acobardó. Cuando le hablamos del coronel Estrada-Montero, se puso a llorar. Se nos pasó la mano, señor; se nos pasó la mano, señor; repetía a cada instante. También dijo que habían participado en la emboscada, una tal Regina y Bernabé". ¿Regina? ¿Qué tenía que ver ella? Bien lo recordaba; la joven había logrado huir. La vio cuando se escabullía entre los fieles y salía a la calle. Hubo momentos de confusión, de gritos, una batahola de locos saltando por entre las bancas, derribando estatuas, floreros. Es posible que Bernabé hubiese caído; Regina, no. Sus cabellos de miel; aún sentía

esa caricia lejana, el contacto de sus pechos apetecidos como el agua; eran de fuego, en verdad. Ella lo llamaba pronunciando su nombre con lentitud, gozando con el sonido de las letras ordenándose en su mente y en su boca. Aaandreeés... Y sus ojos se ponían vivaces, pícaros. Cuando se ruborizaba, se cubría la cara con las manos, dejando sus ojos libres; entonces unas gotitas de lágrimas caían resbalando por sus dedos. ¿Regina torturada? Canallas. No; Horacio quería saber los nombres de su propia boca; la sucia delación. Voy a morir y con gusto, pero la muerte no me doblegará; pensar en lo que quiero; rebelarme, protestar mil veces; decir de ustedes lo que se me ocurra. ¿Y el resto de sus amigos?

Lo sensato era aguardar. Horacio Ramírez junto a su lecho se había desgranado en una locuacidad infantil, diciendo muchas cosas. ¿O en realidad habían detenido a uno de sus amigos quién dijo llamarse Andrés Madariaga para desorientar la pesquisa? Todo era posible, racional, en esa irracionalidad dura. La muerte no me hará callar; si muero otros denunciarán el crimen. “¿Sabe usted Horacio lo que es un ideal?” El hombre lo miró de hito en hito y sólo atinó a abrocharse la chaqueta. Se sentía incómodo ante esa profusión de libros, ante el desparpajo intelectual de su detenido insultándolo con esa pregunta. “¿Cuando usted boxeaba, alguna vez sintió repugnancia el tener que golpear a su rival?” “No lo sé. Lo único que puedo decirle es que golpeaba a mis contendores por necesidad, para comer. Eso es lo importante; lo otro no cuenta, pues el rival también pelea para comer. Oficio duro. Hay otros que toorean, también hay quienes se suben a automóviles veloces y arriesgan el pellejo a cada rato”, ¿Ideales? Su detenido poseía agresividad para hacerle preguntas. Esa insolencia le molestaba, igual cuando leía en el diario los comentarios del box hechos por perio-

distas con un lenguaje que el desconocía. De malas ganas se iba donde un zapatero amigo para que le explicase el contenido del artículo. Principiaban a hablar de éste y concluían hablando de política. Horacio salía con la cabeza caliente, maldiciendo al zapatero y prometiendo no volver jamás a consultarle.

Para Andrés había sobrevenido el derrumbe. No quedaba nada. Su hermetismo ya no tenía sentido, y ahora surgía el agravante que se le señalaba como el victimario del coronel Estrada-Montero. Linda y aguda trama. En el embrollo universal aparecían estas sutilezas que iban socavando la resistencia. Otros más y otras en un mundo enajenado y hostil. Inmóvil a la protesta, su lengua apenas si podía distinguir el sabor de las cosas, mas de tanto comer día a día coliflor, esta se había habituado a esa única hortaliza.

Empezó a oscurecer en su habitación, parsimoniosamente, como si alguien estuviese moviendo una serie de artificios mecánicos para provocar esa sensación. Con insistencia buscaba el orificio de la colcha. Jugar con las hebras sueltas en ese mundo irracional, era una hábil manera de escapar de aquella situación, soslayar las pesadillas, el absurdo. Las cosas estaban trastocadas, divorciadas del tiempo. El hombre de la silla realizó un movimiento casi imperceptible de la cabeza. Por cierto no era un maniquí; y si lo era, se valían de algún procedimiento mecánico para moverlo, o tal vez usando con ingenio la escasa luz de la habitación, lograban obtener una ilusión óptica.

Ya no le dolían los ojos al cerrarlos o al parpadear. Intentó el sueño varias veces. Un dolor nuevo le corría desde la rodilla hasta la nalga. Si lograba flectar la pierna, quizá el dolor desapareciera; mas sus fuerzas estaban menguadas, reducidas a la inactividad. En una lucha desigual logró quedarse dor-

mido. Todo estaba demasiado quieto en su habitación. El guardián, se había incorporado a la oscuridad, quedando de él, sólo la sensación de su presencia. Tal vez estuviese amaneciendo.

¿Cómo eran los pájaros, las nubes, el color del cielo? Andrés se asustó por pensar así, ¿acaso había perdido la noción de las cosas? La naturaleza se le escapaba, la sentía distante, ajena. Mil recuerdos de su infancia y juventud, se estrellaban contra esta falta de claridad. Un cúmulo de ideas en desorden lo perseguían, provocándole angustia. ¿Los pájaros? Eran bandadas de pájaros manchando el cielo con puntitos nerviosos. ¿Y Regina? La joven se reía de los pájaros, por su afán de volar y volar en un peregrinaje sin descanso. A lo mejor, en su intimidad ella los envidiaba; claro, porque era muy bello que los pájaros hicieran sus nidos en los árboles. Prefería ser una nube, un nimbo de formas solemnes, desplazándose en silencio. ¿Y si llueve? Pues, me muero. ¿O, acaso uno no debe morir?

Morir. La idea lo aseteaba sin tregua. Hay instantes que la muerte nos persigue con obstinación; la tenemos ahí, cerca; sentimos su presencia, ahora, como una obligación de rendirle homenaje. “¿Le temes Andrés a la muerte?” Miró a Regina a los ojos en ese desafío mudo de quién no desea ser el primero en dar una opinión. “¿Y tú? La muerte, siempre es una experiencia nueva. Es una mezcla de amor y locura, de pasión y de rechazo. Cuando uno muere, pienso, descubre muchas cosas y resuelve las dudas. O no descubre nada y queda peor que antes”, —agregó— Andrés con sorna, mientras sus dedos índice y pulgar jugaban con la cabellera de Regina, haciéndole unos rizos de vida efímera.

Se despertó al oír un ruido suave. Junto a su cama Horacio Ramírez, con guantes de box y una toalla al cuello, se deleitaba en esa observación de supre-

macía. Desde temprano en el gimnasio estaba entrenando para mantenerse en forma. Una hora de práctica diaria era suficiente. Siempre estaba dispuesto a golpear a quienes no cooperaban pero sin excederse. Hay que darle oportunidad a los presos; no apremiarlos; y con Andrés se cumplió la premisa, mas el joven los exasperó haciendo uso de su temple e insolencia intelectual, y como Ramírez a la larga, veía en todos los presos alguna semejanza con “el viejo” Garcés, se recreaba sometiéndolo a vejámenes para vengar una y otra vez, la afrenta lejana. A hurtadillas se había llevado a su casa los libros de Andrés. Su primera reacción fue destruirlos, arrancar las hojas, hacer avioncitos de papel y distribuirlos entre los niños del orfanato. También les llevaba a menudo payasos que confeccionaba en sus ratos de ocio con restos de tela. Cuando tomó el primer libro para arrancar las tapas y proceder luego a utilizar las hojas en la actividad que había aprendido en la escuela primaria, se le despertó la curiosidad por leerlo. Al comienzo le dio miedo iniciar la lectura, sumergirse quién sabe en qué ideas exóticas; también el temor. Alguien lo podría ver y tal vez lo delatará.

El libro era suave y menudo con tapas blandas. Un buen rato lo estuvo palpando y manoseando como quien desea descubrir algún secreto oculto. No se atrevía a abrirlo e iniciar la aventura solemne de transitar por sus páginas. Una serie de impulsos de curiosidad y rechazos, lo mantenían en una disyuntiva. Para mayor seguridad, se encerró en su habitación. Vivía en una modesta pensión de la avenida Brasil, en un cuarto que compartía desde hace años con Tulio Ponce, un profesor primario, quién imaginaba a Horacio Ramírez como profesor de box, luego de su mentada derrota en manos del “viejo”. Por norma Tulio Ponce aparecía cerca de las ocho,

deslizándose en silencio hacia la cama. Entre los hombres existía una amistad desdibujada, opaca, que ni en los momentos de hallarse alguno de ellos enfermo, sufría variación.

Esa tarde, como aún Tulio Ponce no llegaba, Horacio se metió en la habitación a cometer el horrible pecado de intentar la lectura de un libro. Que el profesor lo viese leyendo no era riesgo alguno, pues éste poseía en el cuarto una pequeña biblioteca con libros destartalados, sucios, sin tapas y manoseados como nalgas de ramera. En dos o tres oportunidades Tulio le ofreció su biblioteca y como Horacio la rechazara, aquél nunca más volvió a insistir. La verdad que los libros de Andrés Madariaga poseían otro atractivo: eran limpios, con esa pulcritud que asusta, de portadas llamativas y plenas de color. En su indecisión, el boxeador tomó otro libro y lo comparó con el primero. Hizo otro tanto con el resto, sin saber por cual optar. Se quedó sentado en su cama, en el lecho solitario y mudo, donde varias veces lloró sus derrotas.

A las ocho, apareció Tulio Ponce cumpliendo el eterno ritual de abrir la puerta con lentitud, saludar a medias y comenzar a desvestirse. Era tímido, silencioso, enjuto. Metía menos bulla que una miga de pan que cae desde la mesa. Cuando vio a su compañero de sueños, luchando con un libro en las manos y muchos otros encima de la cama, se quedó en el umbral de la puerta. Estaba asustado al ver esa profusión de libros en poder de un zafio. Para no herir al boxeador, se comportó igual como todos los días, escabulléndose hasta su cama sin hacer ruido. Desde ahí observaba a Horacio con disimulo, incrédulo al ver esa lucha del hombre con un objeto inanimado. Sin resistir más, Horacio se acercó a la cama del profesor con un libro entre las manos y le preguntó si se lo recomendaba para leerlo. Por meses, los hom-

bres no se hablaban, entregándose a una mudez odiosa; apenas gestos para saludarse las preguntas y respuestas triviales sobre las condiciones atmosféricas.

Tulio Ponce cogió el libro y lo manipuló como si lo estuviese haciendo de nuevo. Lo abría y cerraba; recorría sus hojas con deleite de erudito, moviendo sus ojillos pícaros, su lengua repasando una y otra vez sus labios, para exteriorizar su satisfacción. Sí, sí; es excelente y se volvió a hundir entre las tapas.

A Horacio Ramírez le fue difícil habituarse a la disciplina de leer. Las primeras páginas las recorrió con lentitud, regresando a menudo sobre el texto para releer una y otra vez. Se confundía, interpretaba mal, pero tanto empeño puso en el cometido, que al cabo de dos semanas había concluido la obra sin nuevos tropezos significativos e incluso con esa sensación de querer intentar la lectura de otra. Decir que la comprendió cabalmente, sería una exageración; mas, el boxeador se esmeraba por cultivarse, por salir de su condición pedestre, de la rémora que le impedía ascender a torturador o interrogador de planta.

Una tarde el jefe de la policía política lo hizo llamar a su oficina. "¿Cómo marcha el asunto de Braulio?" le dijo apenas vio aparecer a Horacio, por esos días tan embobado con la lectura, que casi no visitaba a Andrés, dejando esa preocupación a otros compañeros. Replicó que el detenido había dicho cosas a medias y de cierto valor, que en esos instantes los servicios informativos estaban analizando. Entonces, el jefe se alzó con presteza de su asiento y en una interminable perorata, insultó a Horacio, tratándolo de mentiroso, incapaz e irresponsable. "¿Sabía usted Ramírez que 'Braulio' se ha estado riendo de nosotros desde que llegó?" "Sí, señor. Ni siquiera sabemos su identidad". "¿Y de qué han servidos sus interrogatorios? De nada. Parece que usted se está poniendo

débil; ya no tiene imaginación, ¿o los efectos de la paliza que le propinó "el viejo" Garcés recién comienzan a exteriorizarse?"

A saltos bajó desde la oficina; la ira le quemaba las vísceras. A persona que se le cruzaba en el camino, la amenazaba con golpearla. ¿El "viejo" Garcés? Todos eran "viejos" Garcés tratando de aniquilarlo. Se fue al gimnasio y se puso los guantes. Si alguien se le hubiese interpuesto, de seguro lo mata. Un par de horas estuvo golpeando el saco con arena. Le dolían las muñecas en su frenesí por castigar sus fantasmas. Todo por causa de su blandura y comprensión. O "Braulio" o él; no había más.

Pasado las ocho llegó a la pensión. Tulio Ponce ya estaba metido en la cama y corregía unas pruebas de matemáticas. La luz artificial era amarillenta y escasa, debido a que la bombilla estaba manchada por las moscas. Un ropero grande como las aspiraciones de Horacio, había en un costado de la pieza, con dos puertas de espejo. Entre las camas, una jofaina pequeña montada en una cómoda; y junto a ésta, una jarra blanca con el asa azul. En silencio, Horacio se aproximó al lavabo y bebió un sorbo de agua desde la misma jarra. No se podía calmar; estaba excitado, violento. El profesor notó los desajustes e intuyendo el peligro, trató de hacerse más pequeño e imperceptible. Evitaba pestañear para no hacer ruido.

Durante largos minutos Ramírez anduvo por la habitación revisando cualquier objeto; moviendo una silla, engancho el vasillo a los clavos del marco de la ventana o mirándose en el espejo del ropero. En este peregrinaje, no se atrevió a tocar los libros de Ponce ni los suyos. Mientras se sentaba de espaldas a Ponce, sacó desde sus carteras un envoltorio donde traía una marraqueta con queso. Inclínándose para disimular la engullida, tragó de tres a cuatro

masticadas. Sus molares de dinosaurio demoraron cinco segundos en abatir la merienda. Mientras se desvestía, le preguntó a Tulio Ponce si lo que decían los libros era fantasía o verdad. Desde su reducto el profesor, asomándose con timidez y precaución, le dijo que era difícil precisar, puesto que una novela por ejemplo es una mezcla de ambas cosas, aun cuando la tradición habla de ser el relato de una acción fingida; sin embargo, el creador no puede dejar de apoyarse en la realidad.

A Horacio Ramírez esta pequeña aclaración lo dejó peor. El había leído en uno de los libros de Andrés Madariaga que el protagonista concluye suicidándose al descubrir que durante toda su existencia no hizo otra cosa que cometer injusticias. "¿Ha leído usted buenas novelas profesor?" "Sí, bastantes", replicó mientras se destapaba un poco para mirar a su interlocutor. Luego, Horacio le narró parte de su historia inédita, cuando siendo niño disputaba en el mercado de abastos las basuras y ciertos alimentos que los dueños de los negocios de víveres, lanzaban a la calle porque estaban podridos. A veces se iban al matadero en una pandilla formada por niños y niñas y les cantaban a los matarifes a cambio del bofe y las tripas de los vacunos. El domingo en las mañanas se iban al cementerio a vender flores hurtadas desde las plazas.

Nunca Horacio había estado más locuaz. Después, Tulio Ponce no pudo seguir impasible y comenzaron a hablar intercambiándose las historias de sus vidas, como si recién se hubiesen conocido.

Ramírez y Ponce conversaron hasta la medianoche. Se dijeron tantas cosas, que los hombres se miraban asustados, no tanto cuando Horacio en una oportunidad le dijo al profesor que llegara a la pieza después de las once, ya que había invitado a una amiga a platicar. Huesuda y grande, la mujer no tuvo em-

pacho en quedarse hasta el día siguiente metida en la cama del boxeador, mientras ahí cerca Tulio Ponce miraba anonadado a la pareja entregada al reposo, no por falta de deseos, sino para respetar la gentileza del profesor. Claro, de repente, la anécdota lejana los hizo reír en forma tardía.

Esa mañana como atontado anduvo Horacio Ramírez. Cuando lo llamaron a realizar un interrogatorio de rutina a una mujer que había agredido a un policía, hizo una mueca y se escabulló hacia los retretes donde estuvo harto rato. Se sentó a evacuar y como no pudo, hormigas imaginarias le atacaron sus extremidades, en una invasión sorpresiva. Como no tenía atractivo seguir pujando ilusiones, se fue al gimnasio por si encontraba algún novato a quien golpear. A esa hora un grupo de alumnos practicaba box, más proclives a la chacota que al aprendizaje. Cuando vieron aparecer a Horacio se alegraron, rogándole que les mostrara algunos trucos y mañas; y para entusiasmarle, de inmediato un alumno se ofreció para boxear con él.

Allí con los guantes puestos, enfrentado a su joven rival, Horacio Ramírez experimentó un odio irracional y agresivo. Y sin tardanza, comenzó a moverse y a lanzar los primeros golpes a la cabeza, al estómago, tratando de apabullar a su contrincante. Los jóvenes se reían y alentaban a los púgiles, mas, poco a poco, la pelea comenzó a tornarse dramática y violenta. Horacio exhibía un conocimiento aceptable, y su contendor, agilidad, habilidad para desplazarse y evitar muchos golpes que de alcanzarlo, de seguro lo habrían lanzado al suelo. De vez en vez el joven alcanzaba a Horacio con algún golpe, cosa que enfurecía al boxeador, exacerbado por la ira y la impotencia de no poder liquidar la pelea. Entonces se agazapaba, preparando un golpe sorpresivo. El otro, por

cierto, se mantenía alerta y con fintas cortas evitaba el castigo.

Así, transcurrieron tres minutos y la pelea fue detenida para permitir un breve descanso, pero Horacio desoyó la orden, y mientras su rival se retiraba a un rincón, lo siguió acusándolo de corbarde y alfeñique, incapaz de aguantar un par de minutos extras. ¿Se trataba de una broma? ¿Era parte de las triquiñuelas para entusiasmar al público? Y Horacio ante la sorpresa de los jóvenes, empujó a su rival hacia el centro del gimnasio y principió a lanzarle nuevos golpes. Algunos reían y gritaban hasta el delirio. El alumno sorteó con nuevas fintas una variedad portentosa de golpes violentos, matizados con cabezazos, codazos y empujones. Así, todos los conocimientos arteros y prohibidos los ponía en acción, dispuesto a doblegar la porfía de su rival. Pero éste, era astuto y diestro y supo escabullir el peligro, tratando de rehuir el combate franco. A esta altura, el público redoblaba su griterío, los insultos, las risas. Tanto Horacio como el alumno recibían aliento y estímulo. En un momento el ex boxeador se aburría de esa persecución idiota detrás de su rival, y esperó que se le aproximara. Hizo demostraciones de estar cansado, próximo a la derrota, entonces los jóvenes redoblaron sus gritos, conminando a su compañero que atacara sin tardanza. Expoleado por la idea del triunfo, el joven atacó con una seguidilla de golpes a la cabeza, pero de improvviso Horacio Ramírez sacó un brazo izquierdo al ver en la defensa de su rival un claro, y replicar con un golpe furioso al mentón, como un pesado mazo. Mientras el joven se desplomaba abruptamente, tratando de sujetarse en objetos imaginarios. Horacio Ramírez veía caer al "viejo" Garcés.

Al anochechar, el novato recobró el conocimiento. No recordaba nada, como si el golpe le hubiese sido

propinado con un guante de goma para borrar el pasado. A la mañana siguiente anduvo con mareos y sensaciones de vómito. Le dolía la cabeza, la espalda, cada costilla, igual si le hubiesen pasado una máquina trilladora por sobre el cuerpo. En cambio, Ramírez alardeaba de la victoria y mostraba el puño causante de ella, como un trofeo.

* * *

Al mes de su reclusión, le creyeron la identidad a Andrés Madariaga pues los culpables del asesinato del coronel Estrada-Montero eran otros y ya habían sido detenidos. No obstante, la policía no podía equivocarse de un modo tan notorio, incluso con las pruebas de dactiloscopia, así que le achacaron una serie de actos terroristas, cometidos a lo largo del país: la voladura del viaducto del río Malleco, el hundimiento de la barcaza "Cono Sur", el incendio de la Aduana de Valparaíso, la contaminación del agua potable de Arica y el frustrado intento de asesinar al presidente de la República, era sólo una muestra de la versatilidad laboral de los terroristas.

Cuando le dijeron a Horacio Ramírez que Madariaga había cometido esa suerte de estragos vandálicos, el boxeador no lo creyó. Le era duro e incómodo establecer una relación entre el terrorista y el joven de modales suaves y gustos refinados. Había un divorcio notorio, una separación profunda. Quién siente predilección por la lectura, no puede convivir en ningún momento con la destrucción. A veces, no obstante, hay excepciones. Recordaba que en una oportunidad detuvieron a un hombre viejo y estragado, de rostro dulce como una virgen. Si daba pena verlo caminar arrastrando sus pies cubiertos con trapos. Un leve temblor en las manos le impedía comer sin derramar las sopas. En su boca tenía dien-

te por medio en una estimación pródiga. Su piel era curtida y escamosa. Y este sujeto angelical, quieto, enfermo y viejo, era nada menos que un famoso activista político. Ese año había promovido la huelga del carbón que duró tres meses, y la huelga de hambre de la oficina salitrera "Pampa Unión". Cuando hablaba, el temblor de sus manos concluía, permitiéndole gesticular como un tribuno. Su palabra era vibrante y encendida. Sus manos modelaban en el vacío fantásticas esculturas, construcciones esbeltas. Su figura esmirriada crecía hasta alcanzar las nubes. Cuando el jefe lo vio, su primera reacción fue cogerlo desde el cuello para lanzarle un desafío: A ver, desgraciado, si eres capaz de hablar y bravuconear aquí". Sin inmutarse, el viejo lo miró a lo largo y a lo ancho. Esto irritó al jefe y apretando aún más el cuello del infortunado, lo hizo arrodillarse para que le pidiera perdón. Tampoco así logró hacer hablar al hombre que se aferraba a sus convicciones, esgrimiendo un espíritu ajeno a la claudicación, al oportunismo por salvar el pellejo.

Ahora, Andrés Madariaga era un desafío, quizá una incógnita resumido a su condición vegetal. "¿Verdad Andrés que usted incendió la aduana de Valparaíso?" Si lo hubiesen acusado de ser quién lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, se habría quedado impávido, pero achacarle el incendio de la aduana, era una canallada. "¿Y cómo lograron hundir la barcaza "Cono Sur"? Un golpe de audacia magistral, ¿verdad? Sí, único, pues la barcaza se fue a pique luego de sobrevenir una explosión en cubierta. ¿Pusieron una bomba con algún mecanismo conectado al timón? Sabe, Andrés; estas historias no me convencen. Muchos aquí me tienen por idiota; la causa, el box, el desgraciado de "el viejo" Garcés y su endemoniada manera de golpear despacito pero en el lugar preciso. Yo pienso muchas cosas. No crea que

me agrada interrogar a la gente, pero es mi oficio y me pagan por ello. Antes me pagaban por golpear en público, ahora lo hago en privado. No sé cual es la diferencia. ¿La hay?"

Sin reacciones para contestar, Andrés trató de acomodar sus nalgas en una posición distinta y así impedir el hormigueo que le subía por las piernas como un enjambre de bichos hambrientos. Le molestaba la proximidad de ese hombre y su manera cínica de disculparse, cierta actitud servil para justificar su conducta. Una nueva trampa por cierto. En vez de quebrarlo, las torturas lo habían acerado, entregándole una nueva dimensión del alma humana. A cada instante recordaba la ferocidad de sus carceleros, sus métodos demenciales, la manera desprejuiciada en comparar los valores, en actuar sin ataduras morales convencidos de realizar un acto de nobleza. "¿Y cómo pensaban asesinar al Presidente?" Quiso balbucear algunas palabras, pero al intentar abrir la boca, un dolor inaguantable le apareció en las ternillas.

Horacio lo observaba con cierto deleite, al constatar las dificultades de su detenido luchando contra la adversidad. Ahora al verlo disminuído, sin reacciones, se le aproximó hasta que sus alientos se mezclaron. La cara del boxeador parecía una esponja seca; y en el medio, una nariz ancha como la palma de la mano. Si le hubiesen dicho alguien que el joven era hijo de Garcés, de seguro lo abofetea; mas, Horacio contemplaba su obra magna, complacido; y luego se sentó en la cama, cruzándose de brazos.

Durante largo rato los hombres se estuvieron mirando. Era el coloquio del silencio en esas horas quietas cuando la verdad no necesita ser anunciada. Desde el exterior llegaban las voces amortiguadas de la calle, una calle pavimentada con adoquines y ornamentada con plátanos orientales. Una mezcla de ruidos de motores se filtraba por la ventana en un

solo silbido. Poco a poco la calle se vio invadida por las tinieblas y se empezaron a apagar los ruidos, sus murmullos condensados y el silencio adquirió forma y volumen, propicio para alentar algún coloquio íntimo. La habitación parecía empequeñecerse; sus muros se achataban y los objetos perdían su forma. Algo denso e inexplicable estaba sucediendo allí.

Al marcharse Horacio al filo de la medianoche, Andrés logró calmarse. Por unos instantes muy fugaces sintió la presencia de Regina; después, el silencio apretado y hostil. Con dificultad estuvo acomodándose en la cama en un esfuerzo por conseguir la posición adecuada. Todas le resultaban dolorosas. Recién, cuando amanecía, el sueño le fue benigno, pero sólo alcanzó a dormir tres horas. Horacio Ramírez y tres hombres más, invadieron su pieza, y sin hacer mucha alharaca comenzaron a vestir a Andrés. Lo trasladaban; no sabía adónde en ese absurdo por sacarlo rápido de allí. La ropa le holgaba con generosidad extrema; y si alguien al mismo tiempo hubiese compartido sus pantalones, no se habría notado.

Sin miramientos, lo introdujeron a un furgón, obligándolo a sentarse en el piso. Junto a él, se ubicaron Ramírez y un hombre de estatura pequeña y lentes ahumados. El vehículo inició el recorrido por calles tortuosas y mal pavimentadas como si tratara de seguir un camino discreto, alejado del tráfico y la oscuridad. Todas las imperfecciones del camino, sus baches prolongados, hoyos y demases, le repercutían a Andrés en los riñones igual si lo estuviesen sometiendo por enésima vez a una tortura. Sus acompañantes se aferraban a las barras del techo y seguían el ritmo del vaivén para amortiguar los golpes. Había tramos donde el vehículo apenas avanzaba, y otros, dónde su carrera se hacía vertiginosa.

Cerca de una hora duró el viaje. Cuando el vehículo se detuvo frente a la pesada y ostentosa puerta de

fierro de una villa en los extramuros de la ciudad, Horacio se asomó por un ventanuco para escuchar la conversación que el conductor del furgón mantenía con los moradores de aquél recinto. Fue necesario mostrar un documento y aguardar que se hicieren las consultas telefónicas de rigor, desde un aparato instalado en la caseta de guardia. En seguida la puerta se franqueó y el vehículo pudo avanzar lentamente sobre la arcilla de un caminito bordeado por prados y árboles de follaje tupido.

El lugar era bucólico; por doquier, abundaban las flores y había a lo menos dos hombres dedicados a cuidar las extensas áreas de prados y jardines. Varias bancas de fierro forjado y madera, estaban diseminadas a la largo de los caminitos. Al fondo, la villa se alzaba desafiante, mostrando el esplendor de su arquitectura poco común. Era de dos pisos pero parecía tener un tercero, debido a los torreones que había en sus cuatro esquinas. Las ventanas eran altas y angostas, algo semejante al arte de la ojiva en su época menos feliz. Lucía blanca y esplendorosa, con esa pulcritud del caserón habitado por individuos amantes del placer, de la molicie y la naturaleza.

Una observación más acuciosa demostraba que la construcción, o quienes intervinieron en esa aventura, habían incorporado una mezcla de técnicas arquitectónicas, como si trataran de conciliar varios gustos a la vez. Aún así, se había logrado cierta unidad en ese revoltijo vergonzoso en dónde era fácil naufragar como artista. En cuanto al jardín y los prados, existía un mejor ordenamiento e inspiración. La naturaleza era pródiga en arbustos, plantas, árboles que crecían en libertad y estaban poco expuestos a los caprichos del hombre, para cambiarlos de ubicación o someterlos a podas antojadizas. Los jardineros

se desplazaban en silencio regando, barriendo la hojarasca bajo sus sombreros tejidos con sisal.

Atardecía cuando Andrés Madariaga despertó de una siesta de abrir y cerrar los ojos. Su nueva habitación, la principal de la villa, sólo disponía de una cama y un velador con cubierta de mármol. En las paredes no había adornos de ninguna laya, sólo las manchas perfectas dejadas por los cuadros y de un espejo ovalado cerca de la ventana mayor. Adecuarse a su nueva residencia era un desafío, a aquella habitación pulcra y fría, desvirtuada, al no haber objetos que en otros tiempos le comunicaron calor. Desde el centro de la habitación colgaba la única ampolleta que desprendía una luz anaranjada y escasa.

Su primer visitante fue Horacio Ramírez, locuaz, pues venía alabando las bondades del recinto y el alto grado de humanidad de la policía, empeñada en obsequiarle al detenido una suerte de atenciones. Le dijo que ellos deseaban con vehemencia su recuperación y luego lo someterían a un juicio para ver su grado de participación en los actos terroristas que se le imputaban. No tema; la verdad se impondrá al fin.

¿Cuál verdad? ¿La de ellos? Un cúmulo de cinismos y trampas para condenarle. Observaba cierta desesperación de sus celadores en el afán por hacerlo aparecer como asesino y después como terrorista. Quizá estuviesen elaborando algo monstruoso para comprometerle, y él, atrapado en la impotencia universal, sólo de espectador. La rabia le hacía doler la garganta, las vísceras sometidas a torturas incalificables. Allí, estaba mejor pero la incertidumbre no le permitía ni un instante de tranquilidad.

La villa era en extremo sosegada. A veces, a hurtadillas cuando dejaban las ventanas abiertas, aventuraba a mirar hacia el exterior en un examen rápido por hallar algo que le revelase cosas. Nada signifi-

Serían las diez cuando apareció Tulio Ponce. Al abrir la puerta hizo menos ruido que una pulga succionando. En el perchero dejó el abrigo y una bufanda sometida al arbitrio, pues la usaba como pañuelo, toalla, cinturón y también como pañito para sacarle lustre a los zapatos. Esa diversidad de usos, habían convertido a la bufanda en un objeto insustituible, pero repugnante por su olor y aspecto; el profesor se la enrollaba alrededor del cuello o de la cintura para sujetarse los pantalones. Prescindir de la bufanda era como una renuncia al confort y tan duramente labrado por las generaciones de todos los tiempos. Y Tulio Ponce consciente de ello, jamás dejaba de usarla, invierno o verano, lloviera o el sol campeara en los cielos, igual se la ponía con la solemnidad extraña del creyente, imbuído en la idea que ella le podría proporcionar amén de lo ya dicho, alguna protección sobrenatural. Por ello, evitaba someterla al contacto del jabón o el detergente, para mantener intacta sus virtudes mágicas.

Esa noche Tulio Ponce parecía más enjuto e inadvertido que nunca. No bebía, pero de vez en vez en compañía de alguna mujerzuela que solía convencer en la calle, se iban a un bar junto a la estación Mapocho y platicaban como viejos amigos entre sandwich de pernil picante y un vinito de la casa. Era el único pasatiempo ajeno a su docencia, mundano y frívolo, pero le ayudaba a seguir luchando, a perfeccionarse y a comprender mejor la vida. A veces su pareja se mostraba reticente a la conversación e insinuaba la cama, prólogo y epílogo a todo final de fiesta. Sin perder la serenidad, Tulio Ponce le decía que una verdadera amistad no está condicionada a la retribución, lo que asustaba a las mujerzuelas o las hacía avergonzarse. Cuando el profesor necesitaba sin embargo amar, buscaba en los parques a las domésticas o las niñeras, y entre engañitos representados por

un anillo de fantasía u otras baratijas, se citaba para el día siguiente. A veces las mujerzuelas resultaban en extremo groseras y se emborrachaban como héroes olvidados, lo que en vez de inquietar a Ponce, lo entusiasmaba pues obtenía una muestra más auténtica del comportamiento humano. Otras, eran tímidas hasta sólo expresarse en monosílabos y bebían y comían como pajaritos, no por falta de hambre, sino por hallarse imbuídas en su rol de cortesanas de alcurnia. Tulio las observaba contagiado por el silencio y mientras duraba la sesión, se entretenía haciendo objetos con migas de pan, como si tratara de inculcarles el espíritu de esa realidad patética.

Recién cuando Tulio Ponce abrió su cama para acostarse, Horacio notó su presencia. El boxeador hojeaba un libro gordo de tapas blandas: "Cándido y otros Relatos" de Voltaire. Se disculpó de su intromisión mientras ubicaba la obra en el hueco justo del estante. El profesor nada dijo abstraído de su pequeña lucha por introducirse en la cama, sin llevarse con los pies, las sábanas al fondo de ésta.

* * *

Al mes de permanecer en su nueva reclusión, Andrés Madariaga experimentó una leve mejoría. Lo bajaban al jardín en silla de ruedas, y él mismo la hacía accionar yendo por los caminitos cubiertos de arcilla sin otra limitación en sus viajes, que no traspasar la puerta que daba acceso a un patio pequeño donde había una glorieta. En sus paseos solía encontrarse con otros reclusos, pero les estaba prohibido conversar, así que los hombres deambulaban en silencio por las extensas áreas y zonas de prados y jardines, entregados a sesudas lucubraciones elaboradas sin prisa.

Había reclusos de edades diversas, hasta un joven de alrededor de quince años, flaco y seco igual a una

pértiga; le agradaba sentarse en los escaños y observar hacia el exterior como si en cada mirada se estuviese evadiendo de la villa. Asimismo habían dos viejos desaharrapados que, a través de los jirones de sus ropas, era posible ver las huellas de las flagelaciones más bestiales y enconadas. Parecían mellizos en sus desgracias, yendo siempre juntos, como si apartarse les pudiese acarrear otras desventuras. Como no podían hablar entre sí, caminaban con una separación de cinco metros, uno detrás del otro y el de la zaga imitando al compañero en todos los gestos, similar al juego que practican los niños.

En sus paseos Andrés Madariaga solía detenerse junto a una fuente de donde los jardineros sacaban el agua en cubos. Allí se deleitaba en aquella faena milenaria de los hombres regando las plantas, y se distraía un buen rato en esa observación bucólica y necesaria para disipar las sombras de su futuro. Se veía a veces enfrentado a un tribunal hosco, que lo acusaba de una variedad alarmante de delitos. Y él se defendía gritándoles: "Digan de mi las peores atrocidades, cuánto quieran, pero nunca digan que soy un delator o un traidor".

Una tarde mientras se desplazaba en su silla de ruedas, vio a un hombre que leía a ratos un periódico sentado junto a un abedul, y apoyado en el tronco. Quizá se trataba de un carcelero pues nadie podía leer, menos un periódico. El hombre movía el diario en forma arbitraria despreciando su integridad, dudando Andrés que resistiera una segunda leída por un lector distinto. Más de diez veces lo dobló y se lo puso bajo el brazo; después lo desplegabá con violencia y reiniciaba la lectura desde la última página, avanzando desordenadamente a las primeras. Daba la sensación que el hombre no se conformaba con ciertas noticias o quería encontrar alguna que no aparecía. Sorprendido,

Andrés vio acercarse al hombre hacia él, sin su diario abandonado entre unos matorrales.

De pie, el hombre acusó su corpulencia, sus brazos gruesos y duros como durmientes, su cabeza descomunal sostenida por un cuello corto, las cejas pobladas y duras como el crin y la nariz afilada, elemento ajeno a esa configuración hosca e inamistosa. Con resolución se acercó a Andrés y estirando su mano ancha se la ofreció en una demostración fraterna y como Andrés no reaccionaba al saludo por cautela, el hombre mientras le cogía la mano negada en una nueva manifestación de amistad y cordialidad, sin tardanza se identificó: Adelmo García, linotipista y anarquista. Una sensación de pánico llegó al corazón del joven, temiendo que los vieses en amena plática. García sin soltarle la mano lo miraba a los ojos como si lo estuviese interrogando. ¿Temor a los guardias? "Me río de ellos, pues todos los días les robo el diario desde las oficinas y me vengo a leer al jardín. Mañana conversaremos más. Hasta pronto", y regresó a recoger su diario.

Esa noche, Andrés no pudo dormir porque Adelmo García poblaba sus pensamientos en una variada gama interpretando personajes, desde el linotipista a un miembro de la policía política. Se sentía acosado aún cuando la villa le proporcionaba mayor libertad de acción, pero allí existían otros métodos para destruir la resistencia y cualquier actitud de rebeldía. Hasta la fecha no había sido interrogado, pero colegía que se iba a producir cuando se restableciese del todo. Una rara preocupación por su salud observaba en quienes lo atendían. Al principio lo trataban con dureza y brutalidad, lo que fue atenuándose hasta desembocar en una exagerada diligencia. Si hasta la alimentación había sufrido cambios. No más sopas insípidas, ni el pan duro como el pedernal.

Un jueves por la tarde, luego de pasear a su antojo

por los jardines, lo llevaron a una sala que no conocía. Algo oscura, el recinto no obstante disponía de varias ventanas que daban hacia otras habitaciones. Sillas dispersas y un pizarrón junto a la entrada, la hacían aparecer como un lugar donde se dictaban charlas o clases. Desde los muros colgaban carteles que habían sido volteados, para ocultar su contenido. Dos hombres fumaban afirmándose en el alfeizar de una ventana, y cuando vieron aparecer a Andrés, pisaron sus cigarrillos.

Al joven aún le era penoso desplazarse sin recurrir a la silla de ruedas. Partes de su cuerpo conservaban todavía el rigor de las torturas; mas, externamente, se veía bien, íntegro; si hasta sus mejillas estaban sonrosadas. A no ser porque se trasladaba en silla de ruedas, nadie habría sospechado en torturas y vejámenes.

A esa hora comenzaba a oscurecer. Alguien hizo funcionar el interruptor de la luz, y cuatro ampolletas se encendieron ubicadas en las esquinas de la sala, lo que no fue suficiente para iluminar el recinto. Los objetos proyectaban sombras bituminosas, en un soberbio alarde de formas caprichosas y originales. Sin decir palabra, los hombres que habían fumado, principiaron a examinar a Andrés desde muy cerca, aproximando sus rostros indagadores hasta casi rozarlo. Concentrados en esa tarea estuvieron largos minutos, quejándose de la falta de luz y de la incomodidad para realizar su labor. Le exigieron luego levantar los brazos, mostrar la lengua, las manos y por último los genitales. "¿Se siente usted bien en la villa?" le preguntó uno de los hombres, mientras aplastaba su cigarrillo con el índice y el pulgar. "No me puedo quejar aún cuando mi deseo sería estar libre". El interrogador sacó desde el interior de su chaqueta una libretita y efectuó varias anotaciones. El otro le aproximó luego a su cigarrillo entre los labios y después se retiraron hacia una esquina, a intercambiar opiniones en secreto.

En casi un mes, nada supo Andrés Madariaga sobre Horacio Ramírez. Con Adelmo García conversaba en forma encubierta corriendo serios riesgos, pues a quien sorprendían en esas prácticas, lo castigaban corporalmente, mas el linotipista, para conversar con su nuevo amigo, recurría a variadas argucias. A veces como la vigilancia era rígida, recortaba desde el diario palabras y letras y con ellas formaba las frases pertinentes, pegándolas sobre un trocito de papel que dejaba sobre el escaño. Andrés alerta, rodaba hacia ese sitio y recogía la misiva. Cuando la vigilancia aflojaba, los hombres se reunían bajo los abedules a cierta distancia y con gestos se hacían entender en un coloquio forzado al comienzo, para luego ir transformándose en fácil, directo y hasta entretenido.

Los primeros días la conversación era trivial y lenta, como si se entrenaran para intentar algo de mayor envergadura. A veces se producían unas confusiones horribles y los hombres se esforzaban para no reír de buenas ganas, lo que habría concitado la atención de los guardias. Hasta era atractivo engañarlos, mirar cómo se esforzaban en una vigilancia permanente, mientras en sus propias barbas, Andrés y Adelmo se transmitían sus aprensiones.

Al iniciarse agosto, apareció Horacio Ramírez luciendo una camisa nueva y zapatos recién lustrados. En la muñeca, un reloj vistoso bañado en oro y una pulsera de la misma característica, que mostraba con insistencia levantándose la manga. Todo en él parecía nuevo y limpio, evidenciando progresos notorios. Se estuvo paseando por el jardín hasta el mediodía con la certeza que todos lo admiraban, y luego anduvo preguntando sandeces a los jardineros en su vano deseo de aparecer entendido en floricultura. Después bebió agua desde la fuente, sacándola con su mano ahuecada. A las dos, se fue a almorzar a los comedores. Parecía inquieto, sin dejar de mostrar su reloj de oro

falso, al extremo que a muchos se los ponía en la cara. Luego de beber el último sorbo de cerveza, se dirigió hacia la habitación de Andrés Madariaga. Ajeno a la visita, el joven intentaba un paseo sin la ayuda de la silla de ruedas, afirmándose en la cama. Aún sus extremidades se mostraban renuentes a sostener el peso del cuerpo; sin embargo, Andrés hacía esfuerzos brutales por superar la deficiencia.

La visita de su antiguo carcelero y torturador, le fue indiferente. ¿A qué venía? Adelmo, en una oportunidad le había advertido sobre Horacio Ramírez y su técnica para obtener infidencias, raro en quien no brillaba por su talento. Ufano, Horacio le dijo que había adquirido 17 libros, bellamente empastados, cuyos títulos se los sugirió un profesor de literatura. Se estaba cultivando, pues su función le exigía estar al día en muchas materias. Así desterraba la creencia que la policía era obtusa y vulgar. Por cierto le mostró el reloj pulsera, obsequio de la institución, por cumplir diez años en ella. También hizo alusión a una carta que le envió el ministro del Interior, felicitándolo por su capacidad y lealtad con el servicio. “¿Puedo entonces defraudar a mis superiores si no me esmero en los interrogatorios? Cuando boxeaba, mi deber era castigar al rival, desnucarlo, hacerlo pedazos; ahora, es casi lo mismo pero usando un procedimiento distinto, más humanizado, pues los objetivos son otros. ¿Qué hay Andrés de su participación en los actos terroristas que le imputan?”

Sin prisa, Andrés se sentó en la silla de ruedas. Desde el exterior llegaba el ruido de un vehículo aproximándose hacia la glorieta. Cuando el motor del vehículo se detuvo, Andrés levantando la mano izquierda, le dijo a su interrogador: “parece idiota que usted siga metido en este juegucito. Le he repetido a usted y a cuántos me han interrogado, que nada sé sobre el asunto. ¿Está claro? Si desean acusarme de

algo que no cometí, hágalo. Estoy harto de tanta insensatez”.

Nunca Horacio Ramírez había sido insultado por un recluso bajo esas circunstancias. Entendió a medias el exabrupto de Andrés y volvió a reincidir con la misma pregunta, ahora imprimiéndole una tonalidad cascada a su voz. En los diez minutos de su permanencia en la habitación, miró veinte veces la hora y le dio a su reloj cuerda en cinco oportunidades, y otras tantas le sacó brillo con la manga de la chaqueta. “¿Y si le confidenciara que Regina está en la glorieta aguardando los resultados de este interrogatorio, se mostraría usted más llano a responder?”

Andrés se demudó como si hubiese visto a la joven desfigurada por los golpes. ¿En la glorieta? Por algo el recinto les estaba vedado. De seguro allí mantenían un centro de tortura. En el resto de la villa rehabilitaban a los detenidos para llevarlos luego a la glorieta y arrancarles determinada confesión. Adelmo García también lo había alertado sobre la glorieta, aún cuando él nunca la visitó ni como espectador libre, ni como un crítico invitado a la fuerza. En su ingenuidad, Andrés creyó que sólo se trataba de un recinto inofensivo, quizá un lugar donde se guardaban las herramientas del jardín, junto a las macetas y el abono. Desde allí, a veces, se escuchaba música variada, desde Vivaldi a sostenidos conciertos de jazz, tangos, cuecas, como si en el ánimo de los carceleros estuviese latente la sensibilidad y el placer por el arte. Música para todos los gustos, sentenciaba Adelmo García cuando los primeros acordes llegaban a su oído, captador permanente de cuanto se escuchaba en la villa. De seguro están flagelando, porque la música estremecía la glorieta, y por mucho que el infeliz gritase, más podía la orquesta y los solistas en su competencia por hacerse oír. Canalla, canalla, pero se contuvo. Una sensación de frío le rodó por la columna vertebral como

si le hubiesen dejado caer entre la camisa y el cuerpo, un cubo de hielo. No. Regina era imposible. ¿Y por qué imposible? Por cierto; había probabilidades que estuviese en la glorieta. Nadie está libre de caer en manos de la policía política. ¿Cómo justificar ahora el interés de ellos por conocer su participación en acontecimientos distantes?

Acodado en la cama igual si evacuara el vientre, Horacio Ramírez miraba en su rededor con cierto dejo de prepotencia. No parecía importarle que Andrés estuviese por horas sin responder. El tiempo le era indiferente, accidental, por algo en su labor no cuenta. "Tómese el tiempo que quiera para decidirse", le dijo al fin, y se fue al comedor a beber una cerveza. A la hora regresó erupcionando y sobándose el vientre mientras se quejaba de hinchazón y de otras dolencias a la espalda a la altura de los riñones. "Quizá le estimule ver a Regina ¿Vamos?"

A través de una mirilla la pudo observar. En el gramófono, Vivaldi revivía en sus "Cuatro Estaciones". Cuando le correspondió al invierno, Regina alzó la cabeza en un ademán por reconocer la música, por aprehender ese momento de placer sublime e infinito y prepararse enseguida, a la tortura y al oprobio de mezclar a Vivaldi. Como novicia, la cabeza raspada y un sayo de tela cruda cubriendo apenas su continente alado, permanecía sentada en una banca, las manos enlazadas a la altura de las rodillas y las piernas recogidas por debajo del asiento. ¿Qué habían hecho con su cabellera color miel? Y sus ojos vivaces y pícaros, demostrando su repudio visceral, parecían dos soles de un mediodía ardiente. Vivaldi proseguía con su magia barroca, desencadenando una lucha titánica entre los instrumentos de cuerda y viento; los violines dijeron ser la lluvia y los oboes la tempestad.

Después la calma, como si todas las voces y los ruidos de la ciudad cerca estuviesen ocultos aguardando

el reinicio de la música. Hay en esa calma una razón explosiva, una aventura sin realizar. Cuando Regina hizo intento de alzarse, una mano gruesa la contuvo por el hombro, entonces la joven comenzó a respirar en una sucesión de quejidos acusando el dolor que le ocasionaba la mano en su hombro flagelado. Imploró pero el verdugo más le oprimía el hombro como si quisiera desarticulárselo. Y junto al primer grito, la música volvió a impregnar con su encanto, esa escena repulsiva como si intentara mezclar el dolor y el placer.

"¿Nos va a contar ahora su participación en los actos terroristas?" Herido por la indignación y al sentirse impotente, Andrés no tuvo otra ocurrencia que insultar a Horacio, llamándolo cobarde. Por cierto el boxeador se reía en forma burlesca, pero cuando Andrés le espetó su triste actuación contra "el viejo" Garcés, Ramírez contrajo su rostro sujetando el aire, como si estuviese presenciando una escena de terror. Sus labios desaparecían bajo su dentadura castigada por la naturaleza y el rigor del box. Ya para no defraudar a un público inexistente, comenzó a lanzar bofetadas y a fingir como si "el viejo" lo acosara con su formidable pericia. Una, dos y tres veces sintió la campana, para luego escuchar la fatídica cuenta de espaldas a la lona. Por enésima vez revivía el combate que lo pudo lanzar a la fama; después su rostro comenzó a hincharse como una esponja empapada. En su rededor sólo veía rostros hostiles, sus adeptos gritándole que se levantara y él, concentrando sus fuerzas para incorporarse, pataleaba cadenciosamente en el vacío como si estuviese haciendo ejercicios abdominales. Casi encima suyo el árbitro con el brazo extendido, proseguía imperturbable la cuenta, monótona, y recordaba que cuando dijo seis, él intentó incorporarse o al menos mejorar su posición ridícula. Desde lejos, Garcés lo miraba mientras bailaba con los

brazos en alto proclamándose el vencedor de antemano. Cuando despertó en el hospital, creyó que había sufrido un accidente automovilístico, pero al leer en el diario su derrota, le dieron deseos de lanzarse desde la ventana de la sala común, mas le faltó valor y reacción física. Ahora, el rostro de Andrés se le ofrecía pleno de luz, magnífico, sin las ostentaciones propias de un púgil profesional. A veces, era "el viejo" Garcés que en forma fugaz se le metía entre Andrés y él; otras, Tulio Ponce y así la galería de hombres que incidieron en su vida. Encogió su brazo derecho preparando la puñada cobarde y artera, igual cuando por sorpresa castigaba a sus compañeros en el mercado de abastos. Andrés trató de esquivar el golpe, mas su movimiento de cabeza resultó tardío y el puñetazo le alcanzó en la nariz.

Durante una semana Andrés estuvo en la enfermería. La nariz se le había triplicado de volumen y los ojos estaban enmarcados por manchas violáceas. "¿Y Regina?", preguntó a un enfermero que le aplicaba tintura de yodo. Sin responder, el hombre prosiguió con la curación exhibiendo habilidad y precisión en algo que de seguro hacía constantemente. Desde el exterior llegaba el ruido de un chorro de agua y el rechinar de la rueda de una carretilla de mano. El aire estaba impregnado de varios olores, desde el almidón y la tintura de yodo, hasta la tierra mojada llena de sugerencias. No hacía calor, pero la atmósfera estaba abochornada como en esos días seminublados de otoño. Un gorrión de contextura esmirriada se paró por breves segundos en el alfeizar de una ventana de la enfermería. Miró hacia el interior y moviendo su cabecita, de cuatro saltitos, se dio impulso para volar en dirección al jardín. Allí se entretuvo en picotear algunas ramitas esparcidas sobre el prado y luego beber agua del chorrillo que se escurría desde una llave. "¿Y Regina?" volvió a preguntar Andrés mientras se pal-

paba la nariz menos hinchada, sin embargo aún sensible al tacto. "¿Cuando principiará a entender ciertas cosas?" replicó el enfermero. Al concluir de aplicar la tintura de yodo sin miramientos, recogió en un recipiente las motas de algodón, las gasas y restos de tela adhesiva y se fue al otro extremo de la sala a curar a otros enfermos.

Un miércoles en la tarde lo regresaron a su habitación. Todos se prodigaban por hacerle atenciones, como si se tratara de un huésped importante e incluso, Horacio Ramírez estuvo el primer día por la noche en la habitación de Andrés a disculparse, a decir que lamentaba muy sinceramente lo acontecido, y que si Andrés no hubiese mencionado a "el viejo", él no lo habría castigado. "Es cuestión de principios, ¿sabes?; me hablan de Garcés y se me revuelve la mierda. Diga que mi madre fue una ramera y no me afecta tanto, pero la paliza que me propinó "el viejo" es lo peor que me ha sucedido. Con un poco de suerte lo habría ganado, mas el infeliz se movía delante de mis ojos como una centella y no se dejaba tocar, y cuando podía me susurraba al oído obscenidades y que yo era un cobarde, una gallina mojada". Esto lo enfurecía peor que cuando, en el mercado de abastos, otros rapaces le birlaban las novias y él con pesadumbre veía cómo se las llevaban abrazándolas por la cintura. Cierta vez se vio forzado a jugar el cara o sello a una adolescente de pechos tímidos y apenas floridos, de talle largo, ojos crepusculares y una sonrisa que daban deseos de morderle los labios. Gilberto, su rival, era un gordo gracioso, chispeante y la muchacha se dejaba arrebatar por los requiebros amorosos de éste y por la fogosidad ramplona de Horacio. ¿Por cuál inclinarse? Laura se deshacía en coqueteos interminables, lanzando por igual miradas sugestivas a Horacio y Gilberto. Al principio los jóvenes pensaron compartir la hembra cuando aún no los tocaba la pasión, pero des-

prohibición de tener libros o diarios. En esa quietud cómplice para pensar, dar curso a la inventiva y reafirmar las ideas, los hombres se entregaron a elucubrar, Horacio Ramírez mirando el suelo y Andrés Madariaga la ventana. La habitación entró en una semipenumbra de silencio y cosas muertas. Para un observador inadvertido, los hombres oraban.

Cuando salió Andrés al jardín el lunes en la tarde, llevó los dos libros ocultos bajo la camisa. Sentado en una banca, Adelmo García miraba regar el jardín. Con la punta del zapato desprendía unas piedrecitas desde el camino y luego las empujaba fuera de éste. Su abulia tenía la característica de un viejo mendigo empeñado en dejar su oficio. Si a alguien se le ocurriese mojarlo con la manguera, de seguro Adelmo García soportaría la agresión, no por cobardía; quizá el agua le ayudase a reaccionar. Pero el anarquista sin ser mojado, se levantó con presteza al ver a Madariaga. Desde una ventana alta dos hombres espían el jardín, en medio de una quietud bucólica y redentora, capaz de inspirar a un palurdo. También los jardineros espían y tres miembros de la policía política disfrazados de reclusos, se dedicaban a lo mismo. Hasta los muros tenían ojos y oídos y nadie sin embargo, manifestaba su condición de espía, corroborando la excelente preparación profesional.

En un descuido voluntario, Andrés dejó sobre una banca, luego de una delicada peripecia llena de riesgos, uno de sus libros; y apenas se marchaba, el anarquista se sentó sobre el libro cometiendo una herejía para luego sacarlo lentamente de esa situación inadecuada y ocultarlo entre sus ropas. Era el mejor y más preciado regalo que recibía en años. Leer diarios, era como mirar el cielo en una noche sin estrellas. Sólo alabanzas al gobierno en una reiteración monótona y repetida, como si nada aconteciese en el país; ni detenciones, ni arbitrariedades, ni huelgas en ese mun-

do plácido y maravilloso inventado por la prensa. Así que ese librito de seguro le iba a proporcionar los elementos de otra verdad. Se fue ansioso al retrete y mientras permanecía sentado fingiendo que cagaba, sacó el libro desde un bolsillo interior de su chaqueta, pues la impaciencia y el temor lo podrían de veras, obligar a cumplir la faena que simulaba.

Y allí, en cuclillas o semi sentado, García inició la lectura de "Reportaje al pie del patíbulo", obrita del escritor checo Julius Fucik. Leía a saltos con brutalidad y emoción, como si el libro le pudiese resolver su confinamiento, entregándole la manera de huir. De vez en vez ocultaba el libro al sentir pasos y hacía funcionar el estanque de retrete. Para evitar las sospechas, leyó cinco páginas. Le dolían los ojos en su esfuerzo por distinguir las letras en la semi oscuridad, en medio del olor nauseabundo, y el riesgo de ser sorprendido. Al día siguiente hizo igual operación en la mañana y en la tarde, aumentando su devoción e interés por la obra.

Como una tarde Andrés no vio al anarquista, le preguntó a un recluso que con una ramita desprendía el barro desde las suelas de su zapato, si algo sabía de aquél. El hombre sin dejar su labor y aún agachándose más, se encogió de hombros ocultando el cuello en una manifestación de ignorancia e incomodidad. "¿Está acaso enfermo?" Entonces, el recluso se arrodilló en el suelo simulando abrocharse los zapatos mientras le decía: "Busque en el banco que hay al fondo de esta avenida. Hay un mensaje para usted."

Se sentó en el banco deseado sin hacer un gesto de sobra. Le ardían las manos por buscar el mensaje, el primero que recibía desde su detención. Se imaginaba que todos lo estaban mirando. ¿Y si el mensaje era una trampa y el recluso un impostor como los había por decenas allí? Pero más valía probar y no

darle alas a la incertidumbre, ¿o tal vez era mejor la cautela fría al ardor de la impaciencia?

Una y otra alternativa la examinaba pero sin inclinar sus preferencias aun cuando en un principio casi se deja arrastrar por la segunda. Era como estar sentado sobre las brasas, dudando y dudando bajo impulsos secretos, ¿y si se trataba de un mensaje urgente? Allí, nada era urgente en ese mundo de horas y días blandos y turbios, atrapados bajo el arbitrio de una voluntad enfermiza, pero él no podía permanecer indiferente, acobardado por suposiciones. Si resultaba una trampa, tendría al menos la posibilidad de pensar una escapatoria. Quedarse allí sin averiguar, era mortificante e idiota, sin arriesgar nada, como si en cada acto de su vida libre no hubiese desafiado la muerte de cara y con altivez. Sabía despreñar el miedo, porque la reiteración de mil amenazas terminaron por familiarizarlo con él. Ya no estaba en el jardín el hombre que le había informado de la existencia del mensaje; en cambio los jardineros realizaban sus quehaceres muy cerca del banco. ¿Acaso era un artimaña?

Entre una juntura del respaldo del banco, había una hoja de papel doblada cuidadosamente y puesta con disimulo. Estirando el brazo y de modo discreto la empezó a sacar desde el escondite apenas si moviendo los dedos, como si estuviese sobando la superficie de la madera. Cuando tuvo el papel bajo la palma de la mano, lo arrastró hacia su bolsillo con tanta lentitud, que los jardineros llevaron tierra en carretillas en dos viajes, desde la fuente a la glorieta, y aún Andrés continuaba su operación.

Cuando tuvo el papel en su bolsillo se levantó y caminó hacia los retretes, el sitio adecuado para la lectura y otras meditaciones. Escrito a lápiz, el mensaje era escueto, lacónico igual a una llamada de auxilio: "A usted lo quieren asesinar". Adelmo García.

Una, dos y tres veces leyó el papel. Después de un buen rato lo volvió a leer con la secreta esperanza que dijese otra cosa, no obstante el texto era el mismo y permanecía sobre el papel inalterable. Letra cuidadosa y de rasgos alargados, de seguro pertenecía al linotipista. Quizá querían amedrentarlo con dosis de miedo, de amenazas envueltas en el misterio de un mensaje y de un recluso que desaparece. Sus pensamientos navegaban en un mar confuso y sin horizonte en medio de una densa neblina. Habría sido alivio despertar de golpe, como si soñara y sentir la tibieza de la cama amable junto a Regina, otorgándose caricias mágicas y su rostro angelical apoyado en su vientre desnudo, entre promesas de amor.

Si Adelmo no le había devuelto el libro, mal podría dejarle un mensaje escueto, ajeno a la naturaleza de un anarquista amante de la comunicación y por añadidura, firmado. No, Andrés. Era una vil trampa. ¿Quiénes están coludidos en esa despreciable campaña? Arrojó el papel hecho añicos a la taza del retrete e hizo funcionar el estanque. Los trocitos de papel desaparecieron en medio de un remolino de agua. Desprenderse de esa nota comprometedora le devolvió en parte su tranquilidad amagada. Un raro refinamiento para quebrarlo veía por doquier. Que Horacio Ramírez le hubiese traído dos libros, era en cierto modo una triquiñuela sutil, un verdadero presente griego emparentado con otras formas modernas del engaño, en un mundo que jamás descansa de asistir a la desintegración del hombre.

Esa noche durmió a saltos, hostigado por pesadillas de una incoherencia total. Diez veces despertó mojado, anhelante, sudando hasta por las uñas. Se secaba la cara con las sábanas, pero en segundos una nueva ola de sudor cubría su rostro abatido por la angustia. Sus enemigos en parte, estaban logrando atraparlos. Cerca de las cinco no pudo reconciliar el

sueño y hasta las ocho cuando le trajeron el desayuno, un trozo de pan y un tazón de café sin azúcar, se anduvo paseando por la habitación. Viejas y nuevas ideas lo asaltaban como lobos hambrientos, sin lograr un orden elemental de su situación. ¿Morir? ¿Acaso no despreciaba la muerte en todas sus formas? Pero al llegar a la villa y ante la eventualidad que sus opresores le permitieran vivir un tiempo más, su existencia se le antojó trascendental y tonto inmolarla por una causa que no fuese relevante. ¿Había sobreestimación por su persona, por su vida, minúscula centella en el universo? Luchar, era ofender la vida. Esa era su sagrada divisa, reafirmando sus ideales que siempre están expuestos a la crítica mordaz, al desprecio y al riesgo. Lo sabía; desde muy joven lo intuía con esa reiteración cotidiana de su padre, de los tíos, en fin de toda la familia embarcados en una monserga sostenida, como si existieran sólo para reprenderle. Nadie lo tomó de la mano y lo metió en eso. Fue una decisión personal y voluntaria al enfrentarse a la vida real, tan distinta y lejana a su mundo infantil. El pan de la abundancia de su mesa, en contraste con el pan mezquino y amargo de otras mesas.

Pero él nada podía remediar en ese mundo de injusticias establecidas por siglos; sólo contemplarlas y abominar de ellas. Muy poco en realidad; pues era una noble intención divorciada por completo de la acción que es la única capaz de corregir las injusticias; sin embargo, Andrés estaba amarrado a su mundo plétórico de felicidad y abundancia, próspero como lo fueron sus abuelos. Nada de estrechez en una complacencia permanente. ¿Cómo corregir su mundo? Por años leyó con una pasión enfermiza hasta llegar al hastío; días y noches completas destinadas a la lectura, posponiendo otras preocupaciones. Se encerraba en su habitación buscando en los libros la

gran explicación de la vida, desdénando el lugar preciso donde se hallaba: la realidad, las calles, las poblaciones, el mundo contradictorio latiendo afuera pleno de cosas, vital, enmarañado, incapaz de resistir el asedio de una y otra generación clamando justicia. Lo otro era un remedo aceptable, pero no siempre expuesto con la misma crudeza que la historia cotidiana. Allí estaba su error, su realidad desvirtuada como si mirase la vida a través de un vidrio opaco.

Educado siempre en colegios para la burguesía, mal podría realizar una comparación justa con otros grupos sociales. Raras veces con estudiantes proletarios tuvo contactos; entonces, su conocimiento acerca de ellos era distorsionado y superficial. En la universidad, los tres hijos de obreros que había en su curso de noventa, permanecían aislados y Andrés no hizo esfuerzos por ser sus amigos, aun cuando éstos buscaban integrarse sin conseguirlo. Regina fue quien lo aproximó al grupo que luchaba por sus mismos ideales, pero de una manera distinta. Un mundo insospechado se abrió ante sus ojos. Quedaba atrás la época romántica para adentrarse ahora en la realidad hosca, matizada de dramas. Sus compañeros proletarios, llegaban a la universidad casi siempre sin desayuno; en cambio, él bebía leche en abundancia junto al pan crujiente, al queso, a los huevos a la copa, a la mermelada expuesta sobre la mesa sin restricciones. Una diferencia salpicada de iniquidad. Varias veces con Regina fue a sus viviendas ubicadas en los barrios pobres del sur de la ciudad, donde el hambre y la miseria se abrazan. Allí estaba la vida real con su dramatismo áspero e insultante, y no su mundo muelle y artificioso. Dos universos contrapuestos y en lucha, para individuos de la misma especie.

La escuela de Derecho era un archipiélago abigarrado

do de cosas, de personajes absurdos apremiados por la realidad, de profesores mediocres y rúbulas, que apenas si conocían las normas elementales de la docencia, pero en sus cátedras gesticulaban como tribunos; de jovencitos hijos de prohombres del partido Conservador que se pavoneaban metidos en sus trajes limpios y nuevos, manipulando atados de billetitos en el casino de la escuela para cancelar una ronda de cerveza; de muchachitos pálidos y espinilludos, junto a muchachitas más pálidas y doblemente espinilludas haciendo versos en las contratas del Derecho Romano; de cierto homosexual concertista en guitarra, más hábil en manosear a sus compañeros que al instrumento de su predilección, pero igual consiguiendo adeptos para su perversión y su música e ignorándose por cual de estas actividades recibía mayor apoyo. También había sujetos anodinos que se desplazaban por los patios como entes, mujeres otoñales tratando de atrapar algún joven que le ayudara a aliviar los años de la postrimería, mercaderes en ciernes que vendían brochas y jabones milagrosos para afeitarse, libros de estudios robados, chucherías de contrabando y un sujeto más bien apátrida que pregonaba las virtudes de una secta hindú, de dudosa procedencia asiática. Asimismo había un petardista que vendía monedas falsas y óleos pintados por él mismo y atribuidos a maestros chilenos. ¿Cómo resistir al embrujo de esa sociedad singular?

Alguien dijo en una oportunidad que era de mal gusto ir a la escuela de Derecho a estudiar. Por años se constituyó en un centro de haraganes magníficos que jamás asistieron a clases prefiriendo los patios para ejercitar la lengua, la chismografía en su plenitud y aderezada con otras disciplinas. Otros, libres de cofradías, calentaban asientos en el casino tragando pastelitos, cervezas rubias, sandwiches voluminosos, que apenas si podían introducirse en la boca. Algunos

jamás abrieron sus libros para estudiar o para guardar misivas; si estaban manchados de grasa por el excesivo manoseo, sin tampoco negarles el derecho que les impregnaban olor a sobacos. Querían aprender por osmosis como dijo un chusco, cuando los jóvenes estrujaban el libro de tanto apretarlo contra el sobaco. Varias generaciones no aprendieron por osmosis ni por ningún otro método, contribuyendo eso sí a formar falange de tinterillos y rúbulas que descollaban en las asambleas políticas. Otros se quedaron en el camino para concluir en la burocracia.

En medio de este maremagnum de individuos, ideas y proyectos falsos, Regina se transformó en una luz diáfana y promisoría, capaz de alumbrar un camino de esperanza. Y Andrés, en un principio cogido por el jolgorio, la faranga y la hablantina hueca, se dejaba llevar fascinado por esa vida apacible, matando prematuramente el embrión de rebeldía que le quitaba el sueño; mas, Regina le señaló de nuevo el sendero erizado de tropiezos, áspero como la fruta verde que él recordaba arrancando de la mata con el riesgo de agarrarse una lipiria.

Se ruborizaba cuando Regina le acercaba en demasía la cara, entrecruzando los alientos en un desafío rabioso por descubrir de golpe los encantos de esa joven que le exponía sin tapujos una verdad que él trataba de escamotear. Y cuando se reencontró consigo mismo, fue el más ferviente partidario de llevar a cabo con celeridad las metas de la organización. A la decisión se unía ahora la madurez y el deseo de efectuar las cosas, sin importarle las vallas, y en medio de todo eso, la figura excelsa y atractiva de Regina, plena de juventud y entusiasmo.

Una tarde el fruto llegó a su madurez y Regina y Andrés probaron el fruto prohibido, pero nadie los arrojó del paraíso; en cambio sus vidas se hicieron importantes bajo un universo pletórico de estrellas.

Ciertas noches se tendían sobre el césped del Parque Forestal y contemplaban la plenitud del cielo, la vía láctea, un brochazo iracundo de pintura blanca sobre el solferino, la Osa Mayor y algunos luceros, bujías de plata bruñida. Regina se extasiaba adivinando formaciones celestiales y hacía callar a Andrés para sumergirse en ese océano de estrellas estáticas, pero cuando algunas fugaces se desplazaban dejando una estela, indicaba el trayecto lanzando un ¡ah! de admiración.

* * *

Antes que amaneciera, Horacio Ramírez ingresó a la habitación de Andrés agitando un documento. "Vea. Aquí se dice que usted queda en libertad inmediata e incondicional; limpio como una alba paloma. Anoche me entregaron la excarcelación y vine aquí para contarle, pero era mejor dejarlo dormir tranquilo y posponer para las primeras horas del día la feliz noticia. Ahora mismo se puede ir; en el acto, sí, en el acto; ¿ve usted que no somos tan feroces como la gente asegura? Todo cuanto se dijo de usted, es falso; la verdad que hubo confusión por su persona. Alguien lo quería perjudicar y nos trajo el cuento que ustedes se reunían en la iglesia a complotar contra el gobierno. Prepárese, pues a las siete en punto saldrá de la villa rumbo a la ciudad. Con esto se cierra definitivamente su causa. Adiós amigo Madariaga; cuídese y nada de rencores", y salió de la habitación en dos largas zancadas.

A Andrés el estupor casi no le permitía coordinación en su proceso de levantarse, ponerse los calcetines, los zapatos, pantalones sin personalidad, pues estaban regidos por la arbitrariedad de no ser de nadie y de todos a la vez, usados como tales y tam-

bién como toalla, sábanas y almohada por decir lo más aceptable y ocultar otros usos indebidos.

A las siete en punto subió a un furgón, y a la hora, bajaba frente a su casa. La ropa le sobraba como si el difunto hubiese tenido la contextura de un gorila. Con ambas manos se sujetaba los pantalones a falta de cinturón. Más bien parecía un cesante digno, ya que, aun cuando sus ropas eran deplorables, su expresión revelaba fortaleza frente a la adversidad.

En su casa, era casi nula la actividad a esa hora, con la excepción de las fámulas y el jardinero desayunando para iniciar enseguida sus labores. Cerca de las nueve le subían a papá y mamá el desayuno al dormitorio; recién entonces se iniciaba el servicio doméstico en toda su plenitud para satisfacer a un matrimonio lleno de mañas y exigencias, porque si alguna de las criadas no lucía impecable (en una oportunidad expulsaron a una por haberse puesto la toca al revés) la mujer se negaba a desayunar. A las diez, papá se afeitaba con desgano pasándose la maquinilla por la cara tres veces de subida y bajada, arrastrando la abundante espuma, y a las once iniciaba el viaje al centro de la ciudad, a su oficina de abogado. Hasta las ocho no aparecía en casa, y al llegar se apoltronaba en una salita de estar con una novela de fácil digestión.

Si la necesidad no le hubiese apremiado, Andrés Madariaga se habría marchado lejos, huyendo de esa hostilidad agobiante. Sabía que papá se iba a encolerizar, y en vez de abrirle los brazos por ese regreso feliz, le dejaría caer insultos humillantes. Al principio las criadas le negaron el ingreso a casa, confundiendo; y si no interviene el jardinero que conocía a Andrés desde la pubertad, las mujeres se hubiesen negado a abrirle. Había tal bochorno y gritos de las fámulas que mamá se levantó a corregir el alboroto. En la amplia cocina vio a su hijo devorando un desa-

yuno normal, sin levantar los ojos, metido con unción en esa actividad reparadora. Lo abrazó en silencio acariciándole la cabeza, sus cabellos enterrados y revueltos de quien cruza continentes tras civilizaciones perdidas y ajenos al peine por vocación. Después gritó a su marido la nueva, y el abogado rumiando la última hora de sueño, principió desde el dormitorio a lanzar imprecaciones contra su hijo. Y mientras descendía en pantuflas poniéndose la bata, gesticulaba en una pésima demostración escénica, acusando a su hijo de irresponsable, entretanto él se desvivía por obtener su libertad. ¿Ideales? A la puta; lo sensato era trabajar más, estudiar más para recibir el título e irle a ayudar a la oficina. Malcriado; eso era, y por añadidura, mimado; y todo por culpa de la madre quién no quiso tener otros hijos. Por semanas anduvo de ministerio en ministerio preguntando por el joven. Se entrevistó con magistrados, policías y con vergüenza les contaba que a su hijo lo habían detenido por actividades subversivas. Nos cayó una mancilla sobre el apellido y tú sin inmutarte tomando desayuno. Claro, el niño come bien, duerme mejor, dispone de una mesada aceptable para sus gastos, pero lucha por las clases oprimidas. Deja que sean ellos mismos quienes resuelvan sus problemas, y su rostro redondo y abultado exudaba una parte ínfima de sus libaciones.

Durante dos semanas estuvo en tratamiento intensivo de alimentación y de exámenes médicos. Regresar a la universidad le era duro después de tantos meses detenido. Mejor era restablecerse bien y buscar a Regina y los demás. Un sábado en la tarde le hicieron llegar una misiva por mano. En forma escueta le decían que sus amigos habían logrado burlar a la policía durante todo ese tiempo y le pedían permanceiese en su casa hasta nuevas instrucciones.

Cierta mañana Horacio Ramírez llamó a Andrés por

teléfono pretextando hablar sobre libros, cuando en realidad el policía deseaba saber si el joven permanecía visible. En el colmo de la impudicia se hizo el invitado para la hora del té y faltando pocos minutos para las cinco, apareció de improviso en la cocina excusándose de ingresar a la casa sin llamar, lo que no habría hecho si la puerta de calle hubiese estado cerrada. Allí, departió unos segundos y en especial con una joven de cabello dócil y claro, a quien prometió venir a buscar algún día en la noche para llevarla al cine. La fámula le mostró los dientes en una apretada risa mientras raspaba el pan tostado sin apartar la vista de la tetera.

Horacio y Andrés hablaron poco. La reunión estuvo regida por la desconfianza y la cautela; se miraban por encima de las tazas mientras bebían el té. Cerca de las seis, apareció la madre y Andrés presentó al policía como a un profesor de la universidad, cosa que cautivó a la mujer, pues no le paró la lengua en una verbosidad indagatoria, acorralando al infeliz de Horacio que respondía con monosílabos.

Cuando la mujer gastó su saliva y sus preguntas, Horacio tragó con apremio el último sorbo de té y casi sin despedirse se fue con una sensación de pequeñez y falta de ideas. Quiso en un momento de la conversación recurrir a ciertas ideas expuestas en los libros, pero no tuvo la capacidad ni la coordinación necesaria para esgrimirías; en cambio éstas le atiborraban la cabeza impidiéndole la necesaria claridad para contestar. Se vio minúsculo y ajeno en un mundo que le era hostil. Y para colmo, Andrés burlándose de él, lo que en un comienzo le resultó grato que lo confundiesen con un profesor, pero cuando la mujer lo empezó a interrogar, maldijo la ocurrencia de su anfitrión. Parecía un mentecato zarrandeado por una comisión de sabios que estaban

probando su capacidad mental e imaginando una suerte de preguntas intrincadas y capciosas.

Cuando su madre también se hubo marchado, Andrés se quedó por largo rato en la mesa bebiendo restos de té mientras jugaba con las migas de pan, haciendo bolitas con ellas y colocándolas en círculo. ¿Horacio Ramírez en su casa? Era el mayor absurdo inimaginable. Quien lo había torturado llegaba a su casa a tomar té como si se tratara de un viejo compañero de universidad. Si se lo comentaba a sus amigos, de seguro lo iban a acusar de loco. ¿Quién tuvo alguna vez miramientos con su verdugo? Quizá fuese una manera de reirse de él, de jugar a una entretención diabólica mientras con sus amigos prosigue las reuniones y busca nuevas formas de organizarse. Eso era, en realidad.

Al saber Regina, se quedó lela sin atreverse a dar una opinión. "¿El desgraciado de Ramírez en tu casa"? —mientras se golpeaba con el puño cerrado la pera. "¿Horacio Ramírez?"— volvió a preguntar por segunda vez, y mientras Andrés le narraba otros detalles de la experiencia de su detención, la joven seguía ensimismada sopesando los alcances de la visita del policía. "Para no creerlo" dijo al final y de paso buscó el lecho amable; luego las palabras se tornaron escasas y débiles al oído, para ser paulatinamente sustituidas por jadeos en la expresión gloriosa del contacto humano, antiguo como la primera especie viva.

Jugaron con viejas y nuevas formas. Trataron de imitar a los pájaros, a un gato mimoso deslizándose en el silencio de sus pisadas cadenciosas. Se pellizcaban amorosamente entre ósculos sonoros, ensayando posiciones distintas en una búsqueda inevitable. Parecían no cansarse ni ceder, en un desesperado intento por resarcirse del tiempo ido. Se miraron mil y más veces a los ojos, entrelazándose por las piernas

y los brazos como si lucharan entre nubes, en medio de un frenesí de deseos, cantando y riendo sin dejar escapar un gesto ajeno a la verdad del momento, a esas horas y minutos plasmados de gozo, auténticos como la realidad de la lluvia en invierno o a la imaginación herida por hechos sorprendentes. No deseaban concluir, porque concluir era negarse un poco a la visión plena de los sentidos, renunciando a la comunión interrumpida algunos meses atrás. En la desnudez plena y en el conocimiento se miraron con cierto pudor. Las huellas del rencor en la piel de Andrés, asustaron a Regina. La ira empujó varias lágrimas absorbidas por nuevos besos lo que dio origen a una repetición íntima y silenciosa de ese encuentro.

"¿Regresarás pronto?" Le preguntó a Regina. "Quizás el próximo martes. Nos vigilan. No tengo miedo, pero sería tonto e infantil exponerse en demasía. Adios", y se fue con las primeras sombras.

Se reunían en un atilillo de ventanas minúsculas, lleno de secretos y pasiones antiguas donde un poeta desdichado y una nodriza con pretensiones de actriz, se amaron; también estudiantes, bohemios, mujeres otoñales y viudas en pos de una aventura novelesca, jovencuelos sin experiencia, tahures que prolongaban sus horas jugando al póker sobre la historiada cama, tálamo y un estéril jactancioso que imaginó engendrar un hijo por lo sofisticado del lugar. Allí, Andrés y Regina por espacio de dos años se reunieron como amantes briosos, llenos de proyectos formidables, pensando en días y aconteceres plenos de felicidad; en cambio, la realidad era hosca y dura en un continuo escape.

Al llegar a casa, Andrés encontró una misiva sobre la mesita del teléfono. "Llamó tu profesor de la universidad", le dijo su madre. "¿Horacio Ramírez?" y la mujer asintió con la cabeza mientras fumaba ex-

pegiendo el humo en orden y regularidad. "Te va a llamar a la hora de comida".

No llamó a esa hora, sino cerca de la medianoche. Parecía excitado, pues la voz le salía entrecortada como si estuviese anunciando su propio ajusticiamiento. La conversación fue un monólogo y concluyó cuando Horacio Ramírez lo citó para el día siguiente en el Correo Central. "¿A las doce? Pues bien, a esa hora estaré".

Inclinado sobre un mesón, Horacio Ramírez escribía una tarjeta postal. Sus manos regordetas y grandes sujetaban el lápiz con tanta violencia, que los rasgos herían el papel dejando surcos gruesos y toscos. De vez en vez se mordía los labios, como si ese gesto le estuviese dando la clave de su inspiración. A cada rato miraba en su rededor con desconfianza, imaginando que las gentes seguían la alternativa de su esfuerzo y, por añadidura, leyendo cuanto escribía.

En el recinto del correo había un inusitado movimiento de personas yendo de un lugar a otro con cartas y paquetes. Desde los corredores del segundo piso, los carteros retiraban la correspondencia y bajaban como enloquecidos arrastrando sus valijas de lona cruda. Andrés apareció por la puerta principal y como Horacio Ramírez se hallaba en un mesón junto a esa entrada, los hombres se vieron de inmediato y avanzaron a juntarse cerca de los buzones de la correspondencia internacional. Se miraron como si trataran de reconocerse y si Horacio Ramírez no hubiese aprovechado la coyuntura para colocar la tarjeta postal en el buzón, de seguro los hombres se habrían quedado allí, semejando a postes del alumbrado. Después, con lentitud, como si estuviesen midiendo el largo de los corredores, salieron hacia la plaza de Armas y se sentaron en un escaño.

El día era algo gris, pero en el cielo las nubes se desplazaban hacia otras latitudes, permitiendo que

se filtraran algunos rayos de sol. Un lustrabotas sin piernas que se arrastraba penosamente en un carrito, les ofreció sus servicios y Ramírez colocó su zapato descomunal en el lustrín, mientras de brazos cruzados miraba disputar a una pareja de jóvenes. Quizá fuesen enemigos del gobierno y con la triquiñuela de la disputa amorosa, se estuviesen intercambiando información. Pero ellos permanecían tan ajenos a las sospechas del policía que principiaron a alzar la voz y a insultarse, haciendo partícipe a las personas allí cerca del drama que los agobiaba.

Horacio Ramírez colocó su otro zapato en el lustrín y le hizo saber al inválido su malestar por haberle manchado el calcetín con betún. Apenas era una manchita minúscula, pero el afectado hacía diversos aspavientos sobre esa cuestión insignificante. Cuando el lustrabotas hubo concluido, Ramírez sólo le dio la mitad de la tarifa, y como el hombre reclamase por esa arbitrariedad, el policía le mostró su placa y la punta del revólver levantándose la chaqueta, lo que zanjó definitivamente la discusión.

Desde una cartera, Horacio Ramírez sacó un trozo de pan e hizo miguitas para lanzarlas a las palomas que merodeaban junto a la fuente y a los jardines. Quizá abrigaba el propósito de parecer sensible con los animales, luego del abuso con el lustrabotas. Cuando las palomas acudieron de todas partes, poniendo en peligro el traje azul del policía, éste las ahuyentó con el pie. Andrés sin inmutarse observaba la conducta de su vecino aguardando el inicio de alguna conversación, al menos un indicio para conocer el motivo de esa entrevista.

No obstante, Horacio Ramírez parecía ajeno a esa inquietud, pues seguía buscando nuevas maneras de entretenerse, despreciando las horas. Por eso, se dedicó a reírse de los transeúntes, de viejitas enmantilladas entrando a la catedral, y de todo lo que a

sus ojos pareciese ridículo. Se comportaba como si Andrés no existiese y que su presencia allí, era pura casualidad, capricho o un asunto sin importancia. Cuando la espera por saber la razón de esa entrevista se estaba haciendo intolerable, Horacio Ramírez consultó su reloj de oro falso y dijo que se marchaba, pues era hora de almorzar. “¿Y cual era entonces la razón de haberme citado a las doce?” “Deseaba informarme si usted se encontraba bien”.

Al reunirse con el grupo de la universidad en un lugar secreto, Andrés les hizo saber de la extraña entrevista con Horacio Ramírez. Para Eleuterio el asunto era grave y digno de analizarse con mayor profundidad; más, para Bernabé constituía algo trivial e inocuo, pues Horacio Ramírez poseía una capacidad mental deficiente. Darle importancia a un hecho así, era malgastar el tiempo ya que el policía buscaba a Andrés por razones de prestigio personal y no con el ánimo de vigilarlo. De todos modos, Bernabé sugería un poco de cautela en las futuras entrevistas del policía con Andrés y que éste tratara de obtener alguna información.

En dos semanas Andrés nada supo de Horacio Ramírez, pero al salir cierta mañana desde su casa hacia la universidad, vio en la esquina opuesta por dónde iba, al hombre comiendo maní confitado que sacaba desde un cucuruchito. Aún cuando la mañana era algo fría, Horacio Ramírez no llevaba sobre todo ni suéter, apenas una chaqueta de tela liviana y pantalones de cotelé. Entre ambos se produjo una conversación propia de esa hora del día, llena de saluciones matinales. Ramírez le manifestó que si no le importaba lo podría acompañar hasta la universidad, para conversar sobre literatura en el trayecto. Así, los hombres avanzaron por la calle Seminario—donde vivía Andrés—, hasta Providencia para continuar orillando el río Mapocho junto a sus tajama-

res hasta el puente Pío Nono, en cuya ribera opuesta y en la esquina de las calles Pío Nono y Santa María, se alza la Escuela de Derecho.

Poco o nada conversaron sobre literatura, ya que Ramírez indagó sólo por un libro, y como Andrés estaba renuente a contestar en detalle, se limitó a dar la información necesaria con un laconismo anti-pático. En tres oportunidades el policía se detuvo y afirmándose en el muro de contención de los tajamares, se inclinó mirando hacia el lecho del río con su mano extendida. Cierta fascinación le producía ese río donde la gente gozaba suicidándose, según dijo, porque se acobardaban para vivir o tenían muy sucia la conciencia. A él le había tocado participar en una docena de veces rescatando cadáveres y en una oportunidad memorable, cuando el suicida resultó ser un destacado miembro de un partido político de oposición. Claro que los adversarios del gobierno dijeron que se trataba de un asesinato político, pero al fin demostramos que el infeliz era un cornudo sempiterno, y se había eliminado por esa razón.

Cuando cruzaban el puente Pío Nono, Ramírez se afirmó en la baranda con ambas manos, y se dio un poco de impulso como si tratara de saltar. Mientras se divertía en ese juego peligroso, miraba a Andrés en un convite mudo, demostrándole lo fácil que era salvar el obstáculo.

Un vehículo que cruzaba el puente hizo sonar su bocina y Horacio Ramírez se encaró con el chofer lanzándole un rosario de palabrotas y haciendo gestos vivaces con las manos. Desde el cauce, el río impertérrito proseguía en demanda del mar. Sus aguas barrosas apenas si liberaban espuma, una espuma de la peor lavazas, pero Andrés amaba ese río triste y sucio, un estorbo en medio de la ciudad donde iban a parar las alcantarillas, y era bajo sus puentes, refugio de vagabundos, mendigos y prostitutas inver-

nales. Cierta vez un alcalde sensible y romántico, propuso adornar sus riberas con plantas y enredaderas que cayesen hacia el lecho igual a colgajos de un jardín oriental, pero fue objeto del escarnio y la burla, por quienes pensaban que lo mejor era el cemento y el adoquín, a esa fantasía babilónica.

Cuando el reloj de la Escuela de Derecho marcó las ocho y media, sonaron los timbres indicando la iniciación de las clases, entonces un tropel de jóvenes avanzaron por los pasillos saltando escalinatas y sorteando mamparas. Transcurridos unos cinco minutos, la quietud y el silencio anidaron en los patios, menos en el casino donde algunos rezagados y escurridizos remolones, proseguían sirviéndose el desayuno.

Horacio Ramírez y Andrés Madariaga continuaban en medio del puente, como si una fuerza misteriosa los obligara a permanecer allí. En un momento se miraron con desconfianza y se retiraron de la baranda de fierro caminando hacia el extremo norte del puente, sin hablar. En la puerta de la escuela, Horacio se despidió de Andrés conminándolo a asistir a clases, mas Andrés prefirió seguir deambulando, dirigiéndose hacia la calle Bellavista. Cerca de la esquina con Loreto, vivía Nadia una mujer con la cual el joven mantenía relaciones amorosas. Cuando alguno de los dos se hallaba urgido, se citaban en la casa de Nadia y se solazaban aquietando sus apetitos carnales, sin otra obligación que socorrerse con largura y diligencia frente al apremio. Sólo eso, pues hablaban poco y apenas si sabían de sus vidas, bajo el dominio de esa relación tan estable y a la vez tan frágil.

Nadia vivía en una pieza de proporciones fantásticas; allí funcionaba el dormitorio, la cocina, el baño, la despensa y la salita de estar, separadas éstas dependencias por biombos de pino sin cepillar y cu-

biertos con papel de regalo, trozos de género, arpillera, fotos, una miscelánea de gustos y necesidades, de impulsos como si aquellos biombos resumieran las batallas peores de la historia y las más cruentas. A veces, Nadia trasladaba los biombos cambiando la ubicación de las dependencias, impulsada por una necesidad vital de movimiento, reduciendo el dormitorio y dándole mayor amplitud al baño, tal vez soñando poseer una casa espaciosa donde se pudiese retozar libremente sin el riesgo de ser escuchada desde las habitaciones vecinas.

Cuando aparecía Andrés Madariaga, la mujer lo hacía pasar a la salita donde se comunicaban sus apetitos y la urgencia de satisfacerlos. Luego corrían al dormitorio empujando los biombos que caían con estrépito, y la habitación adquiría sólo entonces sus dimensiones portentosas y la pareja navegaba en el catre legendario de Nadia, siguiendo el flujo y el reflujo de sus cuerpos ansiosos. Al concluir, rearmaban las dependencias y el mundo de Nadia emergía de los escombros, de su cansancio y del sudor dejado sobre las sábanas. Los biombos volvían a separar los ambientes entregando la privacidad perdida, un hábito de decencia en medio de esa armazón ficticia.

Esa mañana Andrés no estaba influenciado por el signo de la premura de la libido, sino confuso por la actitud de Horacio Ramírez, cancerbero pertinaz y al parecer con ánimo de transformarse en su sombra. A lo mejor en compañía de Nadia lograba superar ese mal momento. Antes de llamar a la puerta, se cercioró que no lo estuviese espionando. Cualquier medida era prudente, en ese mundo de desconfianzas en que principiaba a vivir. Se iba a sentar en la salita, para luego pasar por la cocina, camino al baño y rematar en el dormitorio sorteando biombos, como si estuviese saliendo de un laberinto. De seguro Nadia lo iba a observar impertérrita sin preguntarle por

una visita tan sorpresiva y a una hora inadecuada. ¡Cómo que a las ocho treinta no era hora para amantes ni para visitas!, tal vez sí, para buscar aliento.

A la cuarta llamada, la mujer asomó su rostro de sueño y sorpresa, y antes que Andrés Madariaga le dijese algo, comenzó a chillar y a rogarle que se fuese en el acto. A lo mejor había un hombre en su lecho y la visita del joven le resultaba embarazosa, pero Nadia al gritar estaba desvirtuando esa posibilidad, pues para alejar a un intruso en esas circunstancias era mejor la discreción. Apesadumbrado, Andrés salió a un corredor donde se alineaban las piezas del caserón. Al enfrentarse a la mampara se percató que tenía unas iniciales adornadas con filigranas, sobre el vidrio opaco y lechoso, detalle que recién ahora advertía después de una cincuentena de veces transitando por allí.

A esa hora el tráfico era intenso por Bellavista y si Andrés no hubiese tomado precauciones al cruzar la calle, más de algún automóvil lo embiste. Luego, se dirigió al club Internacional a ver jugar tenis, y cuyas canchas se extendían en un ensanche de la calle Bellavista. Afirmado a la reja contemplaba desplazarse a los jugadores, golpeando la pelota con limitada precisión. Se aburría, pues los jugadores pasaban más agachados recogiendo las pelotas, que diestros en impulsarlas de un lugar a otro de la red. En las graderías escasas y de poca elevación, sólo había un espectador. De pierna arriba y de brazos cruzados, más parecía interesado en mirar su reloj pulsera que el tenis. Cuando levantó su rostro para seguir una jugada, Andrés pudo reconocer a Horacio Ramírez. Y los hombres se olieron al unísono, excitándose por la proximidad y la rara coincidencia de volverse a encontrar en un sitio poco usual a media hora de separarse.

Levantando un brazo, Ramírez llamó a viva voz a

Andrés al extremo de obligar a los jugadores a interrumpir el partido. Cuando el joven se acomodaba junto al policía, éste lo recriminó por capear clases. “¿Y cómo pretende recuperar todo ese tiempo que estuvo de vacaciones en la villa?” “Mientras usted deje de perseguirme; no antes”. Horacio Ramírez descruzó sus piernas y brazos y con lentitud bajó las graderías arrastrando algo que le resultaba molesto; más, cuando la figura de “el viejo” Garcés principió a bailarles delante de sus ojos, la bondad y la comprensión que trataba de esgrimir, se le trastocó en un odio mayor hacia ese hombre enemigo del gobierno y además poseedor de una insolencia para zaherir sin tapujos. Se detuvo al pie de las graderías, ceñudo, y poniendo los brazos en jarra, dijo: “No se preocupe Madariaga; nos volveremos a ver y muy pronto”.

* * *

A la semana siguiente, Andrés intentó una nueva visita a Nadia, pero al aproximarse a la casa de ésta por calle Bellavista, vio a la mujer cruzar la calle en dirección al puente Loreto. La curiosidad lo hizo seguirla. Nadia parecía llevar mucha prisa, pues corría con harto entusiasmo, dándose un raro impulso con el movimiento de los brazos. A tres o cuatro transeúntes los golpeó con su hombro y en vez de pedir disculpas, los recriminaba. Cuando vio un taxi lo hizo detener y como una tromba se metió en él, gesticulando mucho para indicar su destino. Sólo hasta ahí Andrés la pudo seguir. El taxi enfiló hacia el centro de la ciudad por José María Caro.

Regresaría a casa de Nadia para hurguetear sus pertenencias. Le fue fácil abrir la puerta, pues conocía una artimaña para hacerlo. Igual que en su última visita cuando amó a la mujer en una noche ple-

tórica de lluvias y vientos, todo permanecía en su lugar de costumbre tal vez exceptuando el dormitorio donde se había cambiado de lugar una cómoda arrimándola más al lecho. En un ropero angosto, halló varios vestidos nuevos, aún sin habérselos quitado la etiqueta del precio. Bajo el velador, tres pares de zapatos de taco alto, apenas si acusando una o dos posturas y en el cajón del mismo mueble, varios pares de medias aún permanecían en sus envoltorios de celofán, junto a un portaligas blanco de tiras coquetas, adornados con rositas azules. También había pinches, cremas para el cutis, restos de papel higiénico manchados con lápiz labial y algunas monedas de escuálido valor.

Se tendió en la cama y permaneció quieto contemplando los biombos, el cielo raso desarticulado por las partituras profundas del yeso, grietas que parecían dejar libre el tránsito del agua de lluvia en un goteo interminable. Toda la cama olía a almidón, como el olor a pólvora después de la batalla. Recordó un poco la villa, aquellos días grises, plasmados de incertidumbre. Ahora, en el lecho de Nadia, vacío como la copa de un bebedor impenitente, sólo quedaban recuerdos de jornadas antiguas realizadas por amantes anónimos. Debajo de la almohada, el pijamas de popelina cuidadosamente doblado, también impregnado de ese olor a almidón, quizá a un sudor aceptable y poco pasoso. Como siempre Andrés llevaba ansias por materializar su apuro y de allí, sus ojos permanecían algo ajenos a ese mundo de cosas estrafalarias, a la vetustez digna de los muebles, al aire enrarecido, a la misma Nadia moviéndose con igual destreza en el lecho como en sus quehaceres.

Serían las tres de la tarde y el sol hostigaba como las moscas en verano. Desde un ventanuco sobre la puerta, un rayo de luz del grosor de un hilo, perforaba la oscuridad y miles de pelusas minúsculas y par-

tículas de polvo, flotaban en el ambiente. Desde la habitación contigua se oía el rumor de una conversación amortiguada, tal vez una disputa entre vecinas o el monólogo de un ebrio recriminándose ante un espejo. ¿Nadia? Y Andrés abrazó la almohada con una hendidura perfecta en el centro. De nuevo el olor a almidón le quitó el deseo de seguir allí, en esa actitud pasiva.

En un movimiento continuo, la calle era un infierno de vehículos y transeúntes. Dos jugadores de tenis en el "International", se desplazaban como autómatas sobre la cancha de arcilla en una suerte de juego cómodo y monótono. Mas allá, el mercado central y su cúpula de hierro pintada de verde oscuro, pero descascarada por la acción del moho. Un horizonte de bruma como un cordón mortífero, se descolgaba desde el norte empujado por una brisa tibia.

Pasada la medianoche, llegó a su casa. Sobre el velador y junto a un vaso de leche tapado con un platillo, había un recado escrito por su madre. "Mañana se reanudan las clases de derecho procesal". Lo entendió muy bien. Regina y los muchachos lo aguardaban en casa de Bernabé, a la ocho y media. Por fortuna Horacio Ramírez ya no lo acosaba por teléfono, no obstante, no podría considerarse libre de la vigilancia del policía aun cuando éste no apareciera en escena.

Bernabé, vivía en calle Merced cerca del cerro Santa Lucía en una casa vieja como sus cuatro abuelos sumando sus edades, tapizada de alfombras descoloridas y raídas como si una jauría de perros hubiese estado disputando su pertenencia, en medio de muebles pesados y toscos más bien amontonados en las habitaciones que distribuidos con un criterio de mediano gusto. Semejaba una casa de remates o la leonera de un municipio, por el cúmulo de cosas diversas e inservibles. Desde luego era una aventura lan-

zarse a la búsqueda de objetos raros y sorprendentes, mágicos, únicos. Nadie quedaba defraudado pues era posible encontrar de todo.

Antes de la hora convenida, Andrés estaba en la casa de Bernabé registrando la biblioteca. Estuvo hojeando un ensayo sobre América Latina y una antología de cuentistas chilenos. De improviso sintió desde atrás el contacto de los brazos de Regina, de Eleuterio y un golpe amistoso en el hombro. Apenas si se saludaban cuando apareció Elba, Bernabé y un hombre de mediana estatura, barba entrecana y ojos dispuestos a la observación pausada y meticulosa. También se interesó por los libros y sus dedos recorrieron sus lomos en el deleite excitante revisando títulos y autores.

Bernabé los invitó a sentarse mientras se miraban igual a naufragos enfrentados a la última ración de alimentos, en ese mundo de sillas, sofás, poltronas de dimensiones inauditas como si se hubiesen hecho para instalar a toda una familia de abundante prole. La reunión fue áspera y dramática concentrándose en el problema de Andrés, cuya libertad era un riesgo para la organización. Lo sensato era suspender a Andrés de sus obligaciones partidarias mientras durara el asedio de Horacio Ramírez. Desde ese día haría una vida normal, frecuentando la universidad y, en lo posible, integrándose al grupo de sus padres. Un retorno a la vida adolescente, ajena a la realidad; pensando sólo en el encanto de una existencia muelle y plácida, voluptuosa, frívola en un constante jolgorio.

Andrés quiso protestar por esa imposición, porque le era doloroso evadir las responsabilidades, una especie de traición a sus convicciones. Cuando miró a Regina, también descubrió en ella igual amargura; quién sabe si no se verían más; a lo sumo un encuentro furtivo. Antes que concluyese la reunión, salió

a la calle. Un sol ardiente pretendía secar la pobre vegetación puesta en maceteros en los balcones de las casas. En filas interminables, los vehículos se apretujaban en las calles convergiendo hacia el centro de la ciudad. Hacían sonar sus bocinas y el ruido de sus motores, ayudaba a un martirio sin tregua.

Andrés creía ver a Horacio Ramírez en todas partes, hasta en los escaparates de las tiendas de moda, disfrazado de maniquí, de pordiosero, de lustrabotas, atisbando desde una ventana de un edificio en demolición. Entró en una cervecería a comprar cigarrillos y el dependiente lo estuvo mirando como si se tratara de un viejo conocido. De nuevo en la calle ahíta de sorpresas, de trampas, llena de policías husmeando por doquier. Por la acera de enfrente vio a Parsifal Suárez, un amigo de sus padres, lo que lo indujo a ocultarse detrás de un quiosco de diarios. Para su desgracia aquél cruzó la calle, y justo se detuvo en el quiosco a comprar el diario de la mañana, entonces a Andrés no le fue posible evadir el diálogo con el hombre, allí delante de sus narices un poco asustado de ese encuentro casual y sorprendente.

Parsifal Suárez era un platicador infatigable y retuvo a Andrés un buen rato narrándole una serie de historias aburridas e inconexas. Se consideraba un triunfador, pues disponía de dos automóviles, una casa en Santiago, un departamento en Viña del Mar y una buena renta producto de sus manipulaciones en la Bolsa de Comercio. Le causaban un atractivo irresistible las especulaciones, jugando con tanto menecato que trataban de burlarse de él, pero Parsifal Suárez era más arriesgado y los superaba en astucia. Si Andrés no inventa el subterfugio de un examen en la universidad, Parsifal lo retiene toda la mañana aburriéndolo con sus cuentecitos y sin permitirle meter basa. ¿La universidad? y Parsifal Suárez ofreció llevarlo en su automóvil.

Con desgano, Andrés siguió al hombre por una serie de calles atiborradas de automóviles estacionados. Parecían estar uno encima de otro en un apretujamiento demencial. Sobre sus techos el sol reberberaba. El alquitrán de las juntas del pavimento, se había reblandecido y era una auténtica trampa, ya que los transeúntes desprevenidos se quedaban allí pegados con sus zapatos.

En todo el trayecto Parsifal no dejó de agitar su lengua traposa, de mover los brazos y hacer girar sus ojos como si estuviese siguiendo el vuelo de una mosca. Algunas mujeres muy bellas se cruzaban en su camino y Parsifal las observaba con lujuria, destacando sus bondades anatómicas y comparándolas con amigas a quienes amó.

Dos cuadras caminaron para llegar junto al automóvil, encaramado sobre la acera como un perro orinando un árbol. Antes de montar, Parsifal lo estuvo revisando prolijamente por si algún vehículo vecino le hubiese hecho algún rasponazo; de ser así, sacaba un atornillador y le hacía uno más grande y profundo al sospechoso. Su ojo por ojo era un lema del diario vivir en la selva de su mundo de las finanzas, donde los escrúpulos eran una inmoralidad, un atuendo anticuado.

Luego del examen de rigor y no hallando nada irregular, Parsifal invitó a Andrés a subir. En segundos se encontraban sobre la avenida Santa María rumbo a la Escuela de derecho. Mientras Parsifal insistía con una perorata mareadora, el joven miraba hacia el río. ¿Cambiar de vida? ¿Separado de la organización, y hasta cuando? Mas, entendía que lo prudente era alejarse un tiempo de sus compañeros; ya regresaría a efectuar tareas, las más difíciles y arriesgadas.

Al detenerse el vehículo en un semáforo, un niño se aproximó a la ventanilla de Parsifal Suárez para

solicitarle una limosna. Su mano pequeña y oscura la acercó en demasía a los ojos del conductor, lo que molestó al hombre por haber interrumpido sus gárgaras hechas con palabras y frases grandilocuentes; y como respuesta, lanzó a la mano mendicante un escupo gelatinoso, sin mover la cabeza. ¿Limosneros? Una peste; andan como hormigas por la ciudad importunando a las gentes honradas en vez de trabajar. Andrés lo miró de reojo. Quién sabe si Parsifal había cumplido una vieja aspiración al escupir la mano de un pordiosero. “¿Y cual es su pensamiento, Andrés, acerca de la mendicidad?” Ya se aproximaban a la Escuela de derecho y Andrés le rogó lo dejase en la esquina con Pío Nono. Un asco malsano le subía por la garganta, un deseo irresistible de ahorcar a Parsifal Suárez por su conducta cobarde, esa insolencia grosera contra un niño. Al despedirse, le apretó la mano como si quisiese reducirla de tamaño, y Parsifal sin poder retirarla, ponía los ojos bizcos y hacía muecas de una originalidad única, cosa que le impedía seguir en su broza. “Usted me hace daño”, dijo Parsifal agudizando la voz; entonces Andrés cuando le soltaba la mano se disculpó, aduciendo cierta inclinación excesiva a la efusividad, de ser franco y generoso y no dar la mano como las señoritas cursis. Por cierto la explicación no satisfizo a Parsifal, pues había notado en el joven cierta actitud inamistosa, una manera velada de burlarse y de causarle un bochorno. “Usted me envidia, Madariaga; como su padre. Le ruego que se baje de mi auto”.

En la acera de la Universidad, dos estudiantes que daron mirando a Andrés. Uno de ellos era pequeño, grueso y de tez blanca. El otro mostraba ya ciertas cualidades de tribuno, gesticulando y moviendo los brazos para ayudarse en sus expresiones. Era seco y de espaldas angostas, con una cabeza descomunal cubierta de cabellos tiesos. Ambos sujetaban bajo las

axilas los textos de estudio. Cuando Andrés pasó junto a ellos, enmudecieron como si estuviesen metidos en una conversación secreta.

Faltaba poco para el mediodía. Desde el río bocanadas de aire caliente traían el hedor de la ciudad agria. A lo lejos, en las proximidades del club de tenis "Internacional", una persona le hacía señas a Andrés con la mano en alto, mientras lo llamaba por su nombre. Hacia el desconocido se fue caminando con la vista fija en él. Al acercarse aumentaba su curiosidad en medio de esa extraña sensación de ir tras de alguien de quién se ignora todo. Principió a distinguir al desconocido de poco a poco; mas, como el sol estaba sobre sus cabezas, las figuras parecían aplastadas y sin volumen. El hombre estaba afirmado por la espalda en un buzón, capeando el sol a medias. Un árbol de ramaje largo y retorcido, proyectaba una sombra escasa y movediza, y el extraño cambiaba permanentemente de ubicación tratando de evitar la cánicula. Su rostro, manchado de círculos de luz y sombra, impedían reconocerle a primera vista.

Cuando Andrés se hubo acercado lo suficiente al hombre, éste se hechó a caminar dándole las espaldas. Parecía un juego tonto y a la vez misterioso. El extraño vestía pantalones grises y una chaqueta azul. Con paso elástico y seguro, daba trancadas enormes obligando a Andrés a una marcha sostenida para tratar de darle alcance. Experimentaba una necesidad vital por averiguar la identidad del desconocido aunque tuviese que perseguirle por horas, días y no aparecer como un pusilánime o un cobarde si desertaba.

En una persecución de varias cuadras, el extraño siguió por Bellavista y al llegar a Loreto se introdujo por esta nueva calle hasta Dardignac para luego, furtivamente, introducirse en una casa. Andrés corría por darle alcance y por fortuna vio cuando el sujeto desaparecía tras una puerta de dos hojas altas, en

cuyo frontis superior había un adorno de fierro forjado. Sin dilación ni tardanza llamó a la puerta reiteradamente, dando golpes con su puño. Después de un rato, cuando la armazón de madera parecía ceder, apareció entre las junturas de las puertas, el rostro de una viejecita seca y encorvada, ojos inexpresivos como si de pronto se fuesen a cerrar. Y Andrés sin darle tiempo a que se le preguntase la razón de su visita violenta, le dijo a la mujer que llamase al hombre que recién había ingresado a su casa. "¿A esta casa?" No era posible pues ella vivía con dos hijas solteras y acostumbraba dejar la puerta con llave y pestillo. Quizá fuese en la casa vecina. Andrés le juró que lo había visto entrar en esa, pues recordaba muy bien la puerta y el adorno de fierro forjado. Sin abrir más la puerta —sólo lo necesario para mostrar la cabeza— la viejecita dijo no conocer a hombre alguno con las características que le ofrecía Andrés. "Intente en otras partes" y cerró la puerta haciendo accionar la chapa de seguridad y el pestillo.

Como no se podía convencer de su fracaso, anduvo merodeando por las casas vecinas. Nada anormal halló; por el contrario, la vida se desarrollaba igual a cualquier día del año. Desde las casas salían mujeres con bolsos, y algunas llevaban bebés en sus brazos. Grupos de niños jugaban con trozos de tiza sobre la calzada irregular, vestidos de uniforme. Un hombre empujaba un carro de mano por la calle gritando sus mercancías, y un perro vago caminaba junto a él, esperando su generosidad. Otros perros de esa misma condición removían la basura acumulada en la cuneta.

Parado junto a una puerta abierta de par en par, un hombre corpulento de regular estatura, con la camisa arremangada y abierta hasta la base del esternón, se quedó mirando a Andrés Madariaga con un dejo de sorna agresiva, buscando quizá la respuesta

para agredirle. Sus brazos se ofrecían contundentes y rudos, igual a sus puños. En el antebrazo izquierdo, el tatuaje de una mujer con el torso desnudo mostrando la contundencia de sus pechos, demasiado altos y separados para pertenecer a un ejemplar admirable y digno. Con la vista seguía todos los movimientos de Andrés y parecía estar dispuesto a cualquier cosa, si el joven continuaba husmeando en esa parte de la calle. Por precaución, Andrés se alejó hacia el otro extremo de la calle, sin dejar un instante, de observar la casa donde había desaparecido el extraño. El hombre del tatuaje cruzó al frente para obtener una mejor visión de la calle. Caminaba como si tuviese una estaca en la espalda. Con su mano hizo visera sobre sus ojos sin perder detalle de los movimientos de Andrés, quién se aproximaba a la esquina de Patronato con Dardignac. Desde allí dominaba a la perfección la cuadra conflictiva y si lo deseaba, podría evitar la vigilancia del hombre del tatuaje.

Cerca de las trece horas, el camión recolector de la basura pasó haciendo sonar la campanilla. Desde las casas, las mujeres salían con sus tarros y cajones con desperdicios. Un trajín cotidiano perturbador de la somnolienta urbe, plena de olores a basura, al humo de las fábricas, a la hediondez de viejas alcantarillas rotas, del agua empozada en los hoyos de la calle y las aceras, al mal olor digno de la pobreza, circulaba por allí. En la casa del extraño, la puerta permanecía hermética sin sus moradores percatarse de la presencia del camión recolector de basura. Justo cuando éste se ubicó frente a la casa, un hombre joven con gorro azul sacó la basura en un tarro destartado, no sin antes mirar a su alrededor. Mientras los basureros la metían en el vientre del camión que en esos instantes funcionaba prensándola, el hombre del tatuaje se acercó al del gorro azul y le dijo algo

al oído, tratando de cubrirse tras el vehículo. Apenas si fue un contacto de cinco segundos y los hombres regresaron a sus puestos de origen.

¿Quién moraba en realidad en esa casa? La viejecita había dicho que allí vivía junto a dos hijas solteras. ¿Cómo justificar la presencia de un hombre en aquella casa y su secreta conversación reciente con el sujeto del tatuaje? Aparecían tantas cosas bajo el arbitrio del misterio que Andrés se sintió confundido, sin saber como seguir la investigación. Tal vez lo prudente era dejar la búsqueda para otra oportunidad, desistir. A lo mejor había realizado un análisis en extremo riguroso imaginando cosas, aun cuando la verdad era otra, pues nadie negaba que él vivía una situación especial. ¿No serían acaso las secuelas de su encierro, las torturas? ¿Sus facultades mentales no habrían recibido acaso un daño? A veces, uno imagina cosas; más cosas que la realidad nos entrega. En esa calle nada era normal, o todo era normal. El hombre del tatuaje y el del gorro azul constituían dos personas unidas por la vecindad y ajenos a una confabulación para destruirle. Parroquianos tranquilos, viviendo un instante de solaz.

Pensaba marcharse cuando, de improviso, apareció en la mitad de la calle el hombre que perseguía, quien con resolución se encaminó hacia la dirección opuesta donde se hallaba Andrés, haciéndolo tanto por la acera como por la calle. Andrés se echó a correr tras él, sin importarle la presencia del hombre del tatuaje y del gorro azul, quienes le bloqueaban el paso.

A esa hora el calor apretaba y mordía como nunca, mas Andrés estaba dispuesto a darle alcance, aun cuando tuviese que correr hasta el infinito. El del tatuaje y del gorro azul, se separaron de la calle para meterse en sus casas cuando vieron a Andrés correr tras el extraño, pero éste inadvertido de esa cacería, con paso sostenido continuaba buscando un

nuevo refugio al parecer. En la intercepción de las calles Dardignac y Purísima, Andrés le dio alcance y el extraño, sorprendido de la presencia del joven, intentó escabullirse introduciéndose en un cité para saltar una tapia y pasar a la calle del fondo, pero la resolución de su seguidor le impidió materializar su objetivo, al verse sujeto por un brazo. La calle estaba semidesierta donde campeaba la canícula y dos perros vagos se disputaban los desperdicios que habían caído desde el camión basurero.

“¿Quién es usted?” —le preguntó Andrés al extraño, un hombre de figura seca y de rasgos angulosos. “¿Yo? ¿y quién es usted para perseguirme durante tantas horas?”. “¿Acaso no es usted quién me estuvo llamando por mi nombre en las inmediaciones del club de tenis? Usted conoce mi nombre y de seguro muchas otras cosas de mí. ¿Por qué huyó para después ocultarse en una casa?”. Luego, sin que mediara agresión alguna, el extraño comenzó a gritar como si le estuviesen propinando una paliza, y para hacer más dramática su situación, lloraba y hacía esfuerzos tendiente a rescatar su brazo. Desde las casas del cité aparecieron varios hombres premunidos de palos como si estuviesen aguardando una oportunidad por siglos ansiada para salir a combatir. A lo lejos, Andrés vio venir al hombre del tatuaje y al del gorro azul. Aun cuando no portaban palos ni armas, a juzgar por su apuro, traían deseos de camorra. También aparecieron mujeres secándose las manos en el delantal y otras llevando chiquillos atorados por el llanto.

Todo parecía estar en su contra. Y el extraño apoyándose en esa coyuntura, más gritaba y lloraba. Cuando terminaron de llegar los últimos curiosos —suponiendo a todo el barrio presente— el hombre del tatuaje increpó a Andrés por su cobardía. A ellos no les gustaba que los señoritos viniesen a su

barrio a molestar a la buena gente, a pacíficos ciudadanos, a hombres de trabajo y no como él, vestido con pulcritud que de seguro no trabajaba, pero sí haraganeaba jactándose de ello. Andrés, trató de asumir su defensa, contarles a esas gentes humildes la verdad, pero temía que no le creyesen. Era inútil convencer al vecindario con una historia tan irreal, ajena a ese mundo amargo y de privaciones. Mientras se alejaba, las personas socorrían al ofendido aún llorando y quejándose de dolores inexistentes.

* * *

Cuando Andrés se acostaba cerca de la medianoche, sonó el teléfono en la salita. Sus padres habían ido a comer donde un ministro de la Corte, y la servidumbre, a un baile de beneficio de un club deportivo. Se hallaba solo y a eso de las diez comió un bocadillo en la cocina, revisando el horno y las alacenas en busca de algo para mitigar el hambre. Enseguida se fue a la biblioteca y estuvo hojeando revistas, para terminar leyendo una novela corta de un francés. Al primer repiqueteo del teléfono, Andrés se sobresaltó por lo inadecuado de la hora. A lo mejor llamaban a alguien de la servidumbre recordándole la fiesta de beneficio.

A tientas buscó el teléfono y cuando aproximaba a su oreja el auricular, desde el otro lado de la línea, cortaron abruptamente. Regresó a su habitación y en el momento de introducirse en la cama, volvió a sonar el teléfono. El sonido de la campanilla le resultaba más dramático e insistente, como si el anónimo llamador tuviese urgencia de vida o muerte en su intento. La noche era cálida y quieta y varias ventanas permanecían abiertas de par en par a manera de permitir el ingreso de la brisa, de un ladrido lejano, del murmullo de amantes despidiéndose en la oscuridad.

Ahora con más resolución cogió el auricular, pero nadie le respondió, aún cuando oía una leve música y la presencia de quien respiraba por la boca. Hizo dos o tres intentos más tratando de iniciar un coloquio; sin embargo, su llamador permanecía en silencio provocando incertidumbre sobre sus propósitos al negarse a responder. A juzgar por la música, se trataba de un fonógrafo, pues se repetía cada cierto tiempo. No era una melodía común aproximándose más a la técnica donde los intérpretes ejecutan dos o tres partituras distintas a la vez. Sin embargo, a veces, la melodía era perfectamente audible ajustándose a la técnica tradicional. Estaban sus compases expuestos con claridad, pero de repente, se producía una alteración violenta y la música seguía un camino diametralmente opuesto, como si el disco funcionara en sentido contrario. Lo que en un principio parecía un juego para Andrés se fue transformando en un martirio enloquecedor. ¿Acaso esa música no eran "Las cuatro estaciones" de Vivaldi, adulteradas en forma grosera? Cortó la comunicación y se echó sobre un sofá con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el teléfono.

En tropel le llegaban los momentos vividos en la villa, la desagradable experiencia de la glorieta, toda una farsa maquiavélica. Una y otra vez hería su imaginación la figura de la joven rapada a quién se hizo pasar por Regina. Mirar el teléfono, era como aguardar que explotase una bomba de tiempo, y si lo descolgaba, junto con reconocer que su verdugo hallábase en la senda justa, prolongaba su ansiedad por resolver el enigma.

Uno, dos o mil minutos era lo mismo en esa contemplación ineludible, el oído alerta y los músculos en tensión como si desde un mueble fuese a emerger una forma desconocida de existencia. Una brisa suave apenas si movía el cortinaje de la salita, igual

cuando sobre las aguas cae una rama o una hoja y provoca un movimiento ondulante. Pequeños detalles, parecían tener la fuerza de un cataclismo en gestación; la quietud del recinto, era el símbolo de cosas que comenzaban a unirse en silencio y al amparo de la tregua del teléfono. Unos objetos de porcelana que habían sobre la repisa de la chimenea, parecían tener una extraña prisa por participar en esa confabulación, preparándose a entrar en movimiento. Cualquiera cosa que hubiese sucedido allí, habría sido normal, pero no lógico, ya que Andrés se esforzaba por imaginar más cosas de lo conveniente.

Cuando el sueño lo estaba venciendo al aflojar la tensión, escuchó accionar la chapa de la puerta de servicio. Eran las dos de la madrugada. El cielo se robustecía con más estrellas parpadeando en el azul profundo del firmamento. Desde la cocina sintió la concentración de risas de las fámulas y el jardinero, devorando los restos de la cena. Entre masticada y masticada, entre sorbo y sorbo de vino, se decían frases picantes y sugestivas. Y el hombre alargaba su mano como si fuese a podar un rosal y tocaba las piernas de la fámula más joven, quien recibía con placer la caricia pero las apretaba evitando un examen más prolijo. Nuevas risas y sorbos de vino animaban la velada y convenían aun más al jardinero que lograría aquella noche dormir acompañado. Cuando la servidumbre se comenzaba a retirar a sus dormitorios, sonó de nuevo el teléfono. De un salto, Andrés cogió el auricular. Era su padre que le rogaba fuese a buscarlos, pues el automóvil había sufrido una avería.

Al regresar a casa, su padre le dijo que en la fiesta se había encontrado con su amigo Parsifal Suárez, quién le habló del extraño comportamiento del hijo. Por cierto la ocasión era atractiva y el padre estuvo increpando a Andrés durante todo el trayecto. "Ahora, si hasta te atreves con mis amigos. ¿Dónde apren-

diste a ser tan insolente? ¿Sabes? Parsifal fue un caballero; otro te hubiera dado un golpe en la cara". Como no tenía una buena argumentación, Andrés recibía los denuestos paternales en silencio, una sarta de acusaciones ya dichas en múltiples oportunidades, abusando de un vocabulario demasiado forense cuando se refería al comportamiento ciudadano de su hijo y a ciertas normas morales. Su voz era grave y profunda, ablandada por las libaciones recientes. Nariz y orejas exhibían una encarnación de maquillaje de payaso.

Esa noche Andrés durmió a saltos con el repiqueteo del teléfono en las orejas. Veía teléfonos de todos los tamaños y colores, de formas caprichosas. Los había que imitaban barcos, máquinas de escribir, locomotoras y otros imposibles de precisar. En sueños maldecía esa invención diabólica cuya utilidad consistía en acortar las distancias, pero estaba destruyendo la privacidad del hombre. El mentecato de Parsifal, el triunfador, manipulaba un teléfono de la forma de un escarabajo repugnante, y con su dedo milagroso marcaba siempre el mismo número y se quedaba escuchando con esa misma ansiedad del primerizo espionando a una doncella. "¿Es usted, Parsifal?" Mas, el triunfador no respondía y con su mano libre accionaba un gramófono de donde surgía una música estridente, divorciada de toda técnica conocida.

Recién, cuando el sol asomó por su ventana de siempre, Andrés logró dominar sus pesadillas. Un domingo silencioso y apático, sin transeúntes ni vehículos. Eran las ocho y hacía calor como si fuese mediodía. A patas se desprendió de las sábanas, la mortaja nocturna incapaz de transmitirle comprensión. Le repugnaba su cama, la almohada fofa de tanto estrujarla en sus intentos de impregnarle vida, calor humano o hacer de ella el cuerpo brioso y perfumado de una mujer accesible. Sobre el velador cuatro li-

bros de estudio, con hojas de apuntes como indicadores de página; también una radio pequeña y una lámpara a queroseno transformada en eléctrica. En el respaldo de su cama y de muro a muro, una estantería repleta de libros dispuestos en forma desordenada de tanta consulta y lectura, y no como aquellas bibliotecas donde el orden de la inmovilidad sólo sirve para satisfacer la vanidad y la vista.

A Andrés su existencia ahora, se le antojaba abúlica y chata, sin perspectiva y no como hacía apenas unos meses, agitada y violenta. Esa vida muelle, golosa, lo estaba inquietando. Quizá las pesadillas nocturnas fuesen la causa de ello; ¿y esa excesiva aprehensión por lo cotidiano y lo simple, no lo estaba llevando a sentirse un perseguido? Se levantó con premura. Cerca de las nueve se puso en marcha hacia Bellavista. Anduvo merodeando por el club de tenis convencido de hallar al extraño de la semana pasada. La calle estaba semidesierta y los tenistas se movían con rapidez sobre la cancha. Junto al buzón donde el hombre de rostro anguloso le estuvo haciendo señas, una mujer proletaria cubría un canasto de mimbre lleno de panecillos amasados y empanadas, con un paño albo. Ella se dirigió luego hacia el club de tenis y sin atreverse a entrar para ofrecer su mercancía, estuvo mirando a los jugadores. Embobada seguía su desplazamiento y de vez en vez se llevaba las manos a la boca evitando así lanzar una exclamación de asombro.

En una cancha vecina, una mujer delgada y alta jugaba con un niño de pelo revuelto y ojos perezosos. Mientras la mujer daba trancos espectaculares para alcanzar la pelota y golpearla, el niño se movía dando saltitos llenos de gracia infantil. En las gradaderas un solo espectador como si fuese una condición para ese tipo de partido, miraba el encuentro bajo un quitasol de mujer. Andrés subió a las grade-

rías y se puso junto al hombre —sus ojos protegidos por gafas oscuras— sin importarle el sol que iba adquiriendo fortaleza y agresividad. Una pelota mal golpeada fue a dar a los pies del hombre quien se levantó sin separar el quitasol de su cabeza. Parecía estar enfadado y se fue a ubicar en la parte más alta de las graderías.

Desde su posición, Andrés vio aparecer por la calle Bellavista, al hombre del rostro anguloso. Caminaba con la despreocupación propia de un día domingo, libre de horarios y de otras trabas de la civilización. En un santiamén, Andrés bajó las graderías dispuesto a seguirle. En Bellavista con Loreto el hombre del rostro anguloso se detuvo y con la mirada principió a buscar a alguien en esa soledad de calles enmarañadas y de edificios grises como sus pantalones. De repente, le sobrevino una impaciencia de novio imberbe y estuvo mirando su reloj varias veces. Desde alguna distancia y ocultándose tras una reja de madera del club de tenis, Andrés observaba al extraño cada vez más propenso al desasosiego.

Como en los minutos siguientes no apareció nadie, el individuo movió la cabeza con desaliento e inició el cruce del puente Loreto. En ese instante, Andrés vio al hombre del quitasol agazapándose, seguir al del rostro anguloso, y justo en la mitad del puente, ver como lo golpeaba en la cabeza con una manopla y luego lo hacía caer al vacío. Todo sucedió en segundos, en un abrir y cerrar de ojos, en un suspiro. Nadie más que Andrés se pudo percatar del incidente, pues el hombre del quitasol volvió a ingresar ufano al club de tenis, para acomodarse en la parte alta de las graderías. En ese momento concluía la partida de tenis entre la mujer y el niño. Con lentitud el hombre del quitasol bajó para abrazar a los jugadores. Un cínico alborozo reemplazaba a su en-

fado reciente, dibujado en los ojos y en la boca.

Cuando el hombre del quitasol, la mujer y el niño se hubieron marchado en un automóvil color rojo y bullicioso, Andrés se atrevió a salir de su escondite. Tímidos transeúntes rompían la quietud del cemento apoyado por el calor y la falta de brisa. Abajo en el lecho del río el hombre del rostro anguloso parecía desarticulado, irreconocible, semi-hundido en el agua, la que al pasar por su cuerpo insuflaba sus ropas. Una mancha de sangre en la nuca, decía el lugar dónde había sido golpeado. Ambas piernas estaban rotas, dislocadas de las rodillas, amén del pescuezo quebrado y de varias costillas hundidas.

Diez minutos después, en una espera tensa y sin saber que actitud asumir, Andrés vio llegar un vehículo de la policía. Dos hombres descendieron al lecho del río por cordeles y retiraron el cadáver hacia la orilla. Le descubrieron el pecho y lo examinaron en busca de su identificación. En una billetera de plástico, junto con el sinnúmero de recortes de diarios, billetes fuera de circulación, la foto de una mujer desabrida con cabellos lacios y ojos sombríos, encontraron su carnet de identidad. Se llamaba Asdrúbal de la Fuente, nacido en Santiago en 1922 y de profesión sastre.

En los diarios del lunes aparecían estos datos consignándose que el hombre se había suicidado. Andrés se sobresaltó. Varias veces leyó la noticia y otras tantas estuvo buscando en el guía de teléfonos, alguien con ese nombre. ¿Cual era la razón de haber eliminado a Asdrúbal de la Fuente? Y él metido en medio de ese embrollo siniestro de torturas, persecuciones, llamadas misteriosas. Infinitas veces trató de armar el rompecabezas que tenía delante de sus ojos, pero las piezas se resistían a encajar en el sitio que se les asignaba.

El miércoles en la sección defunciones, apareció en

el diario un aviso del sindicato de sastres de Santiago, rogando a sus socios, asistir ese día a los funerales de Asdrúbal de la Fuente, secretario de esa organización.

* * *

Como nunca apretaba y picaba el sol. Dos o tres nimbos de pobre dimensión no le hacían mella, pasando junto al astro sin lograr inquietarlo. El pavimento parecía derretirse tocado por olas de calor en ascenso. Andrés caminaba expuesto a la canícula ensoberbecida, rumbo al cementerio General. Para que no le reconociesen, se puso lentes oscuros color café, se peinó echándose gran cantidad de pelo sobre la frente y no quiso afeitarse. Cuando estuvo listo se miró al espejo una docena de veces y se sintió satisfecho por su disfraz bastante aceptable.

Desde una tumba que imitaba a un templo maya, ostentosa e impropia, Andrés vio pasar el cortejo. Sobre el ataúd, una corona enviada por el gremio de sastres en forma de tijeras, y una cinta enlazándola que imitaba a la huincha de medir. Otras coronas en forma de cruz y circulares, donde los cardos color solferino dominaban, iban en un carro junto al féretro y muy cerca de éste, el hombre del tatuaje y del gorro azul, ayudaban a caminar a una mujer anciana, gorda, con una verruga en el labio superior del porte y aspecto de una pasa. Y cerrando la formación, Horacio Ramírez, desplegando sus piernas lentas de boxeador fracasado.

No hubo discursos cuando inhumaron a Asdrúbal de la Fuente; sólo el gimoteo de las mujeres y el llanto contenido de los hombres. El del tatuaje y el del gorro azul, por un momento dejaron de asistir a la anciana y pecharon por mirar el féretro por última vez. Un olor a flores descompuestas y a cadáveres en

putrefacción, circulaba por las galerías. Se hacía presente en bocanadas desiguales brotando de los sitios más inverosímiles. Horacio Ramírez en la retaguardia, llenaba en su pupila de policía todo el desarrollo del entierro, como si fuese a dar con el hombre del quitasol de mujer. A veces miraba el féretro; otras, a cada uno de los asistentes y también se entretenía leyendo las inscripciones de los nichos, por si hallaba nombres conocidos. Se puso y se sacó unas diez veces los lentes oscuros, adornando la acción con movimientos pausados como si estuviese enfrascado en sesudas elucubraciones. La porosidad de su rostro se tornaba más llamativa, semejando vejigas en permanente actividad.

Al concluir el sepelio, se unió al hombre del tatuaje y del gorro azul, con quienes en forma velada estuvo conversando mientras desplegaba su pañuelo para secarse el sudor del rostro. Después, juntos salieron del cementerio, más la anciana a la que hacían caminar muy de prisa. La mujer se resistía un poco, arrastrando con agustia y pena sus piernas gordas y deformes. De vez en vez miraba a sus muletas humanas y les decía con la suavidad de sus ojos llenos de llantos, que de seguir ese ritmo, ella podría morir. Por momentos la anciana no tocaba el suelo; entonces, daba unos pataleos desesperados en el aire y sus sostenedores lo interpretaban como un aviso y más apuraban el tranco. Casi en vilo la sentaron en un automóvil negro —como los propósitos de los tres hombres— y con esa premura que Iós hacía actuar sin contemplaciones, se metieron en el vehículo, el que arrancó apenas la última puerta estuvo cerrada.

Esa misma tarde, Andrés regresó al club de tenis. Una pareja de mujeres jugaba en medio del aire caliente, bajo sombreritos de tela blanca. Sus pollerines se movían en un gemido gracioso, permitiendo

mostrar sus muslos duros y tostados. Se desplazaban sobre la cancha a ritmo lento, pero el donaire de sus movimientos llamaba a la meditación, a admirar sin tapujos esa mezcla de danza y gimnasia. Una de las mujeres mientras recibía las pelotas entregadas por el pelotero, vio pasar a Andrés hacia las oficinas del club. Lo quedó mirando con esa curiosidad asaltada por las dudas, la extrañeza y el deseo de entablar una conversación. Su compañera de partida tuvo que gritarle para hacerla reaccionar a seguir el juego. Alzó la raqueta y golpeó con violencia la pelota, a manera de protesta por la interrupción. Sus ojos cafés poseían el brillo intenso del jacarandá barnizado.

Un hombre leía una revista en las oficinas del club de tenis, acodado en un escritorio de madera. Al entrar Andrés, guardó la revista en un cajón lateral y se puso a revisar, en cambio, papeles sueltos. Desde el exterior llegaba el ruido de los raquetazos y de los motores. Andrés consultó al oficinista si le podría entregar antecedentes sobre un partido de tenis que se había desarrollado el domingo en la mañana, entre una mujer y un niño, y teniendo por único espectador, a un hombre de quitasol y lentes oscuros.

Sin levantarse, el oficinista comenzó a revisar unas planillas donde dijo se registraban todos los partidos. Luego de mirar con reiteración la planilla del domingo, de cotejarla con otras y de revisar un cuaderno de tapas verdes, movió en forma negativa la cabeza. En ninguna parte aparecía un partido de tenis efectuado entre las nueve y las diez; aún más, cerca de las nueve, recién se habían abierto las canchas, para acondicionarlas. Desde las diez hasta las doce y media, sólo estuvieron ocupadas por jugadores adultos. Como Andrés insistiese, el oficinista le rogó fuese a averiguar con el encargado de las canchas. Igual información recibió de un joven de tez

oscura y parco de palabras. Ninguna mujer y menos un niño, jugaron en la mañana del domingo.

Cuando Andrés abandonaba el club de tenis, la joven de los ojos cafés venía saliendo de los vestuarios. Ambos sin quererlo salieron al unísono hacia la calle y caminaron juntos un largo trecho. Al cruzar el puente Loreto la joven tomó la delantera y Andrés se limitó a ir detrás. De trecho en trecho la joven miraba de soslayo para verificar si la seguían y parecía agradecerle la idea. Sus ojos cafés parpadeaban bajo el calor declinante de la tarde. Caminaba moviendo las suma de sus atributos en un convite mudo. Mamas tiernas, extremidades largas como ríos, hombros esculpidos en el mejor trozo de mármol, nalgas apretadas como puños crispados, y el vientre lleno de sugerencias y mitos, y su cabeza pletórica de imágenes e historias. Y Andrés recibía el desafío de amar a una desconocida en esa tarde caliente, ignorando si iba a una trampa o a una aventura original.

Cruzaron el Parque Forestal y la joven ensimismada en su papel de hembra provocadora, avanzaba con resolución. En la calle Merced por unos segundos se puso a mirar un escaparate. A través del reflejo del vidrio se entretuvo en observar cómo Andrés hacía otro tanto frente a una verdulería inquietando los precios de las frutas. La joven reanudó la marcha y al llegar a Victoria Subercaseaux, se detuvo en una casa de dos pisos construida en 1918, por un arquitecto de origen francés. Desde los balcones colgaban enredaderas entre rayitos de sol y mantos de Eva. Había una fragancia contenida a causa del gas de los motores, en franca competición con la naturaleza.

Al abrir la puerta de calle, la joven titubeó si dejarla entreabierta o cerrada sin el pestillo. Al final la dejó entreabierta para que Andrés pudiese seguirla sin dificultad. Ascendió una escala con baranda alta y

a buscar aventuras pasajeras para llenar tantas ausencias forzadas. ¿Tenía acaso justificación que él se hubiese alejado del grupo? Día a día practicaba la policía política detenciones masivas de opositores al gobierno, quienes concluían en la cárcel, o muertos en terrenos eriazos por supuestos intentos de fuga. Infinidad de amigos y conocidos suyos sufrían el rigor de las persecuciones, del hostigamiento, de la delación más odiosa y brutal.

Ese lunes de la cita llegó al club de tenis con bastante adelanto. La muchacha de los ojos cafés, jugaba su partido con una compañera distinta. Al ver a Andrés, levantó los brazos para saludarle e invitarlo a que la viese jugar desde las graderías. Sin mucho entusiasmo la obedeció, ubicándose en un rincón para capear el calor. A través de una reja en forma de biscocho y pintada de verde, pudo observar la cancha vecina. Una mujer y un niño raqueteaban entre risas y amonestaciones. En las graderías un hombre de lentes oscuros y quitasol de mujer, los miraba accionar. Andrés estuvo mirando exaltado y nervioso, con más dedicación el juego de la cancha vecina, que el partido de la muchacha de los ojos cafés.

Casi a la misma hora concluyeron ambos encuentros, y cuando Andrés acompañaba a la mujer a los vestuarios, le preguntó si conocía a esas personas. "Es la familia Abelardo; se rumorea que él es uno de los jefes de la policía política". En esos instantes la mujer de Abelardo y el niño bebían sorbetes de guinda, afirmandose en la reja, mientras el asesino de Asdrúbal de la Fuente, recogía las raquetas y las pelotas para colocarlas en un bolso azul con propaganda de una línea aérea. Por fuerza Andrés tuvo que pasar junto al policía, quién lo quedó mirando como si lo fuesen a saludar.

Cuando Andrés y la muchacha de los ojos cafés cruzaban el Parque Forestal, él le pregunto por su nom-

bre. Ella se abrochó un botón de la blusa a la altura del ombligo y moviendo la cabeza con malestar, reprochó a Andrés. "Me has amado, ¿y ahora recién se te ocurre preguntar por mi nombre? Es mejor que sigamos así; ignorando nuestra identidad".

De nuevo la casa, la escalera de balaustas en forma de peones de ajedrez y la habitación vacía. Más, no hubo preámbulos en esa oportunidad ya que los luchadores se conocían bien y el combate se inició con expectativas de ser reñido, singular y duradero. Nadie quedó en absoluto defraudado, pues los jóvenes esgrimieron toda laya de recursos y situaciones, como para dejarlos satisfechos por una semana.

Al concluir y mientras reposaban, Andrés inquirió del porqué esa habitación sin muebles. "Aquí mi abuela recibía a su amante y también mi madre. Yo continúo la tradición familiar y quizás mi descendencia haga otro tanto. Así, de sencillo". Indagar más, era como herir secretos, violar el mundo de aquella joven enigmática, cínica, o tal vez demasiado auténtica, pero la misma joven fue quién reveló el resto de la historia. "Cuando murió mi madre hace dos años, recién mi padre se impuso que ella la engañaba y en esta habitación; entonces, hizo quemar todo su moviliario a manera de purificarla. Desde entonces nadie entra en ella con excepción mía, a estudiar o a meditar. Un verdadero templo del erotismo y de la sabiduría. Jamás antes me había atrevido a fornicar en este lugar; me asustaba la idea y cada vez que pensaba en ello, me sobrevenía la terciana. Al conocerte, esos temores se desvanecieron y me dije que si intentaba traerte aquí, tal vez pudiese conocer mejor a mi madre, a mi abuela y sus secretas razones. Creo que lo he logrado. Ellas debieron haber tenido buenos argumentos para traer a sus amantes a esta casa y en especial a esta habitación. Como ves, es una cuestión de principio, de rebeldía, de redescubrir cosas entre estas paredes donde

decía que se había hecho expectativas, que ya había comenzado a hacer los estudios preliminares; le habló de su vieja amistad, ya que él lo consideraba como a un hermano. "Reflexiona, hombre, hasta podríamos rebajar los gastos de impuestos. Dificulto que otro te pueda hacer un trabajo más prolijo y conveniente". Pero Suárez no cedía y parecía agradarle la forma humilde y rastrera con que le solicitaban un favor.

Casi una hora hablaron; más, lo único que obtuvo el viejo Madariaga, fue la promesa de trabajos futuros. Quizás, sería aconsejable invitarlo a comer, hacerle atenciones, adularlo más. Con su mujer conversó hasta la medianoche para encontrar el método cómo atrapar al huidizo.

* * *

Esa mañana en la Escuela de derecho había una agitación inusitada. Cuando Andrés quiso ingresar al vestíbulo central, se lo impidieron dos carabineros con metralletas. Innumerables corros de alumnos comentaban en voz baja lo acaecido. Afuera, un vehículo de la policía y una ambulancia permanecían contra el tráfico, prontas a salir a todo escape. Dos enfermeros con garros blancos y ceñidos, aguardaban en silencio junto a una camilla afirmada a una columna. Desde la calle se sintió el ulular de una sirena que se aproximaba. Tres hombres bajaron del vehículo e ingresaron a la escuela. Sobre el suelo del hall central, un joven estudiante yacía perforado en el estómago por una ráfaga de metralleta. Levantaron el cadáver y lo pusieron sobre una camilla de lona y travesaños de tubo. Luego se retiraron los policías, los carabineros, los periodistas y la escuela recobró su calma, como si allí siempre hubiese reinado la tranquilidad.

"Lo mataron a quamarropa", le dijo un compañero de curso. "Hace meses la policía lo buscaba por promover una huelga de estudiantes en Valparaíso. Al-

guien tiene que haberlo delatado. Miguel Godoy se cuidaba mucho para caer en una celada tan infantil. Sin ser santo de mi devoción, lo siento de verdad. Era un luchador cabal y honesto".

Andrés apenas si conocía a Miguel Godoy, pero su muerte lo llenó de ira e indignación. Desde lejos vio a Regina ingresar a las aulas más no hizo amago de seguirla. Su cabello color miel recogido en una trenza se le antojó más dócil y cuidado. De ella, alcanzó también a ver su rostro de plano, la vivacidad de su mirada, sus cejas, su dentadura de adolescente enmarcada en labios húmedos y rosados como la carne viva. Sentir a través de la distancia la suma de sus encantos, modelada y esculpida por los mejores artífices del Renacimiento. Todo en ella era exacto; nada faltaba ni sobraba.

Pasado el mediodía abandonó la escuela. Al cruzar el puente Pío Nono, sintió que lo seguían. No hacía calor pero la tarde estaba abochornada. Cuando se detuvo en la mitad del puente, Horacio Ramírez lo cogió de un brazo en forma amistosa y lo condujo hasta el otro extremo. "Sabe, Andrés; harto me dolió la muerte de ese joven Godoy. A mi me gusta cuando la gente lucha por sus ideales; claro que es bonito y emocionante; yo diría que es atractivo, pero en nuestro mundo no tienen cabida los héroes. ¿Por qué la gente insiste tanto en cambiar el mundo, si así como está es pasable? ¿Arriesgar la vida por algo incierto?, no me lo den a mi, señores. Cuando boxeaba, mi única meta era ser el campeón; ganarlos a todos. Yo, me creía el mejor y el más inteligente. Al subir al cuadrilátero, miraba a mis contrincantes y me daban pena. Esta noche —me decía— a éste me lo como vivo, pero llegó uno mejor y casi me mata; me duele reconocerlo, y cuando alguien lo menciona, siento ganas de cometer un crimen. Y a propósito, ¿conocía usted a Miguel Godoy?"

Andrés titubeó un poco. Mentirle a Horacio Ramírez era un riesgo; mas, antes que respondiese, el policía le mostró una libretita con direcciones donde figuraba la suya. "La encontramos en poder de Godoy. A nosotros nos desagrada molestar a la gente, pero tenemos que averiguar cosas. Le ruego que mañana a primera hora se vaya al cuartel de investigaciones, a hablar con el señor Abelardo. Es una cuestión de rutina. Dígale que lo mando yo". Y cuando se marchaba agregó: "Me he puesto a leer el Quijote en una versión para escolares. Después seguiré con la Iliada, La Odisea, Las mil y una noche. . ." Y mientras se alejaba proseguía nombrando obras y autores que leía desde un catálogo.

Ubicada al frente de la cárcel pública, el cuartel de investigaciones poseía todas las características del edificio lúgubre destinado al apremio. Sus pasillos angostos y altos, pintados a través de años de un color gris, coadyuvaban a hacer más tétrico el recinto. A lo menos Andrés se topó con cinco policías vestidos de uniforme, portando metralletas. Antes de ingresar al cuartel fue registrado y le preguntaron cual era el motivo de su visita. Al pronunciar el nombre de Abelardo, los guardias se mostraron atentos e incluso le indicaron la oficina de aquél, sin que se les preguntara.

Al final de pasillo, asignada con el número 8, la oficina de Abelardo más parecía almacén de provincia debido a la profusión y variedad de objetos acumulados en desorden sobre estantes, escritorios, mesitas e incluso en el suelo. Sentado cerca del escritorio, Abelardo escribía a máquina un informe confidencial. De vez en cuando miraba el cielo raso tratando de hallar inspiración en un sitio donde las moscas dejaban huellas de su existencia fugaz. Al aparecer Andrés, sacó sin apremio la hoja de papel de la máquina, y la puso en un cajoncito lateral de

la mesa. No preguntó nada aguardando se le dijese cual era la razón de aquella visita. Tampoco Andrés quiso iniciar la conversación a manera de alterar al asesino de Asdrúbal de la Fuente; y los hombres se estuvieron examinando, uno por oficio y el otro por táctica.

Cuando se iba haciendo impertinente el tiempo transcurrido y Abelardo parecía impacientarse, Andrés quebró el silencio. "¿El señor Abelardo?". "Sí. Diga usted". "Horacio Ramírez me dijo que viniese a conversar con usted hoy en la mañana". "¿Cómo es su nombre?", y sacó una hojita de papel desde un cesto de alambre. "Andrés Madariaga". Sólo entonces Abelardo separó de su cabeza las ideas de la nota confidencial y empezó a mover papeles sobre el escritorio. Lo probable era que no buscara nada, pero quería darse tiempo para pensar. Al final levantó un montón de hojas y las puso sobre el cesto de mimbre. "Bien, señor Madariaga; explíquenos porqué su nombre y dirección aparece en la libreta de notas de un terrorista".

Antes de responder, Andrés avanzó dos pasos junto a la máquina de escribir y apoyándose en ésta, mientras miraba con fijeza al policía, le dijo: "Algún mal intencionado la puso allí". "¿Alguien de nosotros, por ejemplo?". Como el interrogatorio se tornaba álgido y cualquier respuesta pudiese comprometer su seguridad, Andrés aquietó sus palabras deslizándose por la tangente. "Sospecho que alguien desea molestarme. Me llaman por teléfono a horas indiscretas, y en el día me siguen". "Usted señor Madariaga, ¿quiere estampar una denuncia contra alguien en especial?". "Desconozco quién está detrás de esto. Créame, señor Abelardo; si supiese se lo diría". "Entonces, usted niega conocer al señor Miguel Godoy y por consiguiente todo vínculo político con él?". "Así es". "Pues bien: puede usted marcharse; eso es todo".

Al salir a la calle un policía con metralleta lo si-

guió con la mirada y la punta de su arma, hasta que Andrés hubo desaparecido.

Llegó a la Escuela de derecho cerca de las diez. La entrevista reciente, tensa y dramática, aún lo incomodaba, quizás hizo bien en decirle a Abelardo que lo molestaban. Así les hacía ver que no era un tonto de capirote y que se percataba de la situación. Después estuvo dudando y sintió arrepentimiento de lo obrado. ¿Habría sido preferible, acaso callar? A lo mejor, ahora Abelardo lo hacía asesinar con algún esbirro, tal vez el hombre del tatuaje o del gorro azul, ¿o el mismo Abelardo se encargaría de la faena? Una labor limpia, sin estridencias, semejante a lo obrado con Asdrúbal de la Fuente. Aún sentía el costalazo del cuerpo al caer al río; el instante cuando Abelardo golpeó al sastre y el modo sorpresivo de arrojarlo desde el puente. Todo en segundos, evitando las miradas inoportunas en un día de descanso, en un mes de canícula; más, tendría que haber previamente un partido de tenis entre su mujer e hijo. Y el policía con quitasol, disfrutando del espectáculo, y en el momento oportuno saltar de las graderías y correr tras su presa. Un sólo golpe acompañado de un empujón y adiós. No obstante Abelardo y Horacio Ramírez no se inmutaban; más bien aguardaban serenos el desarrollo de los acontecimientos, con oficio de policías.

Despreocupado se sentó en un rincón del casino a beber un vaso de leche. En la mesa vecina dos mujeres conversaban animadamente sobre la arbitraria moda impuesta desde Europa. Más allá Regina, cara a él, bebía una taza de café. Entre sorbo y sorbo se miraban, y la distancia y la ausencia de palabras no era óbice para que se comprendieran a la perfección. Así estuvieron largo rato sumergidos en la mudez, en esa contemplación ineludible y necesaria para respirar. Ni cuando un tropel de jóvenes ingresó al casino a tomar una colación después de clases, logró interrumpirla.

Tanto en la mesa de Andrés como en la de Regina, se sentaron grupos bulliciosos de estudiantes. Por momentos, Andrés dejaba de ver a Regina entre ese mar de individuos ardorosos, tragando y bebiendo a destajo. Ni una asamblea de charlatanes habría provocado semejante alboroto y desorden. Alguien que rozaba el codo de Andrés, le estuvo hablando con una perseverancia admirable de una y otra cosa. A veces asumía una actitud confidencial, pero su charla no lograba conmover a ninguno de la mesa, pues cada cual hablaba al unisono tratando de encontrar un oidor comprensivo; no obstante, nadie en el casino estaba dispuesto a quedarse callado y sólo Andrés y Regina permanecían mudos.

Al retirarse Andrés de la mesa, su consecuente interlocutor seguía en el empeño de hacerse oír y no paraba de hablar; e incluso mientras Andrés se alejaba, insistía en su vano intento, gritando más y usando una serie de gesticulaciones impropias; no lo siguió porque habría dado pábulo para subestimar su poder de convicción. Otros diez minutos continuó la cháchara y aún cuando algunos se extralimitaban en sus gritos discursivos, las ofensas no se dejaron oír. En esos diez minutos aumentó la densidad del humo y el ruido de los vasos y platos. Las cucharas caían al suelo y no pocos estudiantes llamaban a los mozos para solicitarles de comer y beber, golpeando la mesa con el mango de los cuchillos.

Andrés ingresó a clases a un aula de la planta baja. Hablando con desgano, el profesor Faúndez exponía una materia cuya aridez superaba la pampa del Tamarugal. No era hora de siestas pero varios alumnos cabeceaban como si estuviesen trasnochados, y los enhiestos, se mordían los labios para no caer en igual desfachadez. Como el profesor usaba gafas gruesas y aún no alcanzaba a ver más allá del primer banco, no era raro que al promediar la clase, muchos se dur-

mieran al no ser vigilados, con el mismo entusiasmo como si lo hiciesen en la cama propia. A veces, no obstante, al profesor Faúndez se le ocurría intrrogar, pero siempre "Palito" González estaba alerta, quién por sufrir de insomnio permanecía despierto, aún cuando su deseo fervoroso era imitar a sus compañeros; por algo asistía a las clases de Faúndez.

Un oyente, Ricardo Mazuela, en el colmo de su impertinencia, llevaba a clases una botellita de vino, pan y algún fiambre surtido y mientras escuchaba a Faúndez, tragaba el causeo igual si estuviese en una francachela de pueblo. Al concluir, se daba tiempo para una siesta.

Esa mañana Faúndez estaba tan soporífero y latoso, que el alumnado se entregó a la más fantástica siesta matinal, con la excepción de Ricardo Mazuela, haciendo sus preparativos gastronómicos; y el cándido de Faúndez al no escuchar ninguna clase de bulla, suponía que su exposición era brillante y lograba entusiasmar a ese auditorio gentil y silencioso.

Cuando Andrés y Regina se querían ver de tarde en tarde, asistían a las clases de Faúndez, dictadas dos veces a la semana. Era menester extremar las precauciones de la cita, pues el menor desliz podría comprometerlos. Regina se sentaba al lado izquierdo y en la parte baja; y Andrés en el extremo opuesto. Cuando ambos tenían la seguridad que nadie extraño estaba en la sala y el alumnado principiaba a dormirse, Andrés iniciaba el camino hacia la ubicación de Regina, con lentitud y en silencio como si quisiese respetar el sueño de sus camaradas. Esa mañana efectuó el tránsito, quizá exagerando el cuidado. Nadie perturbaba ni las palabras del portentoso Faúndez ni los preparativos de Ricardo Mazuela, desliando sus fiambres envueltos en papel de mantequilla y descorchando su pequeña botella de vino, objeto de adoración por sucesivas generaciones.

La letanía de Faúndez era hueca, lenta y si Regina y Andrés no hubiesen tenido que conversar, de seguro el sueño los vence. Mas, Andrés tenía urgencia de informar la muerte de Asdrúbal y el interrogatorio en el cuartel de investigaciones, hechos en sí relevantes. Al sentir el contacto del brazo desnudo de Regina con su propio brazo, esa piel sin asperezas y ansiosa, un tropel de bestias se le metió en el cuerpo.

Hablando casi en susurros, Andrés comunicó a la joven todas sus aprensiones, narrándole en detalle la dura experiencia vivida en ese último tiempo. Se sentía hostilizado por Horacio Ramírez y sus esbirros. Le era casi imposible mantenerse frío ante tanta violencia, como si todo apuntara para hacerlo perder la serenidad. Lo acosaban, lo perseguían con esa obstinación y sigilo propio de la policía. En cierto modo era más dura esa existencia que la antigua. Luchaba a menudo con fantasmas y no con los enemigos tangibles de antes. ¿Cuánto tiempo duraría esa persecución odiosa? ¿su desvinculación del grupo? Ansiaba realizar trabajos importantes, renunciar a esa pasividad idiota que lo arrastraba inexorablemente, a la blandura y al desapego ideológico.

Sin mirarlo, Regina escuchaba y si en esos momentos le hubiese sido lícito abrazarlo, lo habría hecho. ¿Su aliento y sus manos aún conservaban el calor de la vida? Sí; el calor de los días estivales amándose junto al parque Forestal, mientras el rumor de las hojas y el agua de la fuente a Rubén Darío, excitan la imaginación y la llaman a grandes voces. En cada recodo del parque, en sus caminillos impregnados de nostalgia, en esas hojas enormes cubriendo sus prados y en el aire lleno de rumores y voces de amantes doblegados por la impaciencia, adivinaba el paso de las generaciones sin destino, su propia generación luchando sin tregua; otros hombres y otras circunstancias combatiendo la injusticia, el oprobio. ¿Andrés?

Lo amaba por muchas cosas. Sobre todo por su idealismo lúcido e inteligente, sin dobleces; pudiendo abrazar la vida tierna y regalada, prefería el riesgo, el tránsito áspero lleno de sorpresas. Ella le dijo palabras de aliento, conminándolo a seguir la farsa aun a riesgo de ser nuevamente detenido. No había otra alternativa; cualquier cambio pondría en alerta a Horacio Ramírez y a sus secuaces. Al despedirse, furtivamente, se cogieron de la mano. Ricardo Mazuela concluía su merienda y se acomodaba en su butaca para echar una siestecita. Y el soporífero Faúndez, de cabeza grande y pelos hirsutos, se restregaba los ojos sin sacarse los lentes. Se emocionaba hasta las lágrimas del gentil auditorio.

Cuando Andrés salía del aula, un estudiante que estaba sentado en un banco del patio leyendo el diario, lo estuvo mirando como si lo espíase. Parapetado detrás del diario, el hombre se esforzaba por seguir los pasos de Andrés sin ser descubierto. Al salir Regina en un tropel de compañeros, el mirón se levantó con prontitud sin dejar de leer y se aproximó al grupo para indagar. Se mezcló en él con naturalidad, pero Regina más astuta y despierta, se puso detrás del espía y cuando pasaban por otra aula, se escabulló en ésta con tanto sigilo, que nadie del grupo se percató de la maniobra. Después de cinco minutos volvió a salir al patio moviendo graciosamente la cabeza, como si fuese cantando, mientras su cabellera juguetona desafiaba los torrentes de luz.

* * *

Diciembre, con su canícula de espanto, dejaba sentir la modorra del tiempo, el sol bravo y la falta de brisa, la bruma y la pesadez de la atmósfera, coludidos ayudaban a hacer intolerable el centro de la ciudad. En cada esquina pululaban los vendedores am-

bulantes de frutas y los mendigos; viejos baldados y mujeres con bebés en los brazos; ciegos tocando la guitarra o la flauta dulce; niños impúberes y andrajosos, pidiendo limosna, cuidando automóviles u ofreciendo ramos de claveles. Otros, baratijas de una variedad portentosa, desde agujas "alemanas" fabricadas en Japón, chocolates, pañitos para usos diversos, canutos con hilos de coser, lápices de pasta, desmanchadores hasta billetes de la lotería. Sus voces y gritos, su ir y venir, sus correrías, llenaban ese universo de invención. "La cloaca se instaló en la ciudad", decía el padre de Andrés, cuando diariamente y cerca del mediodía iba a su oficina de abogado; más, ese 14 de diciembre, la cloaca le fue indiferente, incluso al aproximarse un niño a su auto a pedir limosna. Esa mañana Parsifal Suárez lo había llamado por teléfono a la casa, prometiéndole un negocio para hincharse; una lluvia de billetes capaz de marear a nuestras abuelas. "En tu oficina te daré más detalles", y Madariaga solícito prometió no faltar a la cita aun cuando venía saliendo de una gripe y apenas si podía sostenerse en pie.

A manera de fortalecer el negocio, el viejo Madariaga llevó a Andrés para que delante de él, pidiera disculpas a Parsifal. "Me imagino que no te negarás a ello", le dijo mientras se dirigían al centro de la ciudad. Por cierto el joven recibió con desagrado la propuesta más su intención era de acercamiento hacia las amistades de su padre, siguiendo las instrucciones del grupo.

Parsifal Suárez llegó a la cita acompañado de un hombre pequeño, de ojos claros y de bigotes rubios, tan bien recortados y pulcros, que más bien parecían de utilería. Sus zapatos eran pequeños, de tacón y por añadidura, provistos de un elevador interno. Con todo ello, su estatura apenas si alcanzaba al metro cincuenta y cinco. "¿Recuerdas a Primitivo Bas-

terrica?" El abogado dudó unos instantes y desde luego reconoció al hombrecito y le estrechó la mano de niño evitando abrazarlo, para no agacharse. Mientras Andrés preparaba cafés, los tres hombres se sentaron en la oficina privada del abogado a conversar. Reían con anécdotas rememorando las más idiotas, pero lentamente se fueron aproximando al meollo del negocio y Parsifal expuso sin más rodeos de qué se trataba.

Inversionistas yanquis deseaban participar en la explotación de un mineral de cobre. "Ellos ponen la plata y nosotros la cabeza". Primitivo Basterrica era el enlace y Parsifal Suárez el que haría los contactos a alto nivel. "¿Y dónde encajo yo?" dijo Madariaga junto con ofrecer café. "Por cierto, en todo lo legal y en otros menesteres significativos." "¿Y en cuanto estimas mi parte?". "Quizá, por lo mínimo, unos \$40.000". "¿Al año?". "No seas idiota; al mes. No pensarás que yo te iba a ofrecer una porquería, pero hay que trabajar duro; realizar contactos para comprometer a muchas personas; a jueces, notarios, al conservador de Bienes Raíces, a inspectores de impuestos internos, a políticos". "¿Se trata acaso de un asunto sucio?" dijo el abogado recurriendo a sus pequeños escrúpulos. "¿Estás loco? A mí no me gusta la cárcel. Sólo se trata de obtener facilidades; eso es: fa ci li da des."

Desde la antesala, Andrés escuchaba a medias la conversación; no obstante fue hilvanando hechos y frases y poco a poco se fue percatando de las intenciones de Parsifal y Primitivo. A su padre lo iban a utilizar para realizar una operación deshonestas, y como amaba el dinero con delirio, abrazaría la causa sin titubear. ¿\$40.000? Volvió a repetir el abogado y sus ojos comenzaron a lagrimear de emoción. Ello le significaba cambiar auto todos los meses, si quisiera; comprarse un departamento en Viña del Mar, un

refugio en Farellones; viajar a Europa e incluso atesorar para la vejez y los días difíciles. Cuando quiso recoger la tacita de café, un temblor inoportuno le impidió hacerlo, y para colmo cuando quiso intentarlo con la otra mano, volcó la tacita sobre el escritorio. Levantándose con presteza, para evitar marcharse, Primitivo dijo que el percance era síntoma de buena suerte. Rieron, se dieron la mano y la sociedad quedó sellada.

En la soledad de su escritorio, mientras Andrés hojeaba una revista en la antesala, el viejo Madariaga se restregó varias veces las manos. Una y otra vez hacía un examen de la conversación reciente, tratando de rememorar cada uno de los detalles. Cuarenta mil pesos. Y la cifra lo emborrachaba; llamaría a su mujer para hacerla participe de su felicidad; mas, se contuvo pensando que tal vez le exigiría de inmediato un automóvil o alguna extravagancia inalcanzable. Con desesperación deseaba comunicar su alborozo; quizá a alguno de sus amigos, pero no confiaba en nadie suponiendo que éstos podrían anularle el negocio con ofrecimientos distintos. ¿Y si lo comentaba con su hijo? Estuvo dudando varios segundos sin atreverse a llamar a Andrés. Era la hora de almorzar pero su estómago no pedía nada; y, mientras estuvo tratando de buscar a quién comunicarle su alegría, viajó hasta Europa pasando por Africa. De regreso se vino por Estados Unidos y México para anclar por dos meses en Brasil donde adquirió un departamento en Copacabana. Creía haber llegado al pináculo de su carrera. No más pleitos de segunda clase, para los gastos menudos de la oficina. A lo mejor dejaba la profesión y se abocaba de lleno a su nueva actividad, y como Andrés concluía sus estudios el año venidero lo dejaría a cargo de la clientela.

Si Andrés no golpea la puerta recordándole a su padre que deben regresar a casa a almorzar, el abo-

gado habría seguido rumiando sus glorias, espoleado por la fantasía metálica del dinero, el tintineo de miles y miles de monedas llenando sacos. "¿Y si almorzamos en un restorán para festejar el mejor negocio de mi vida?"

Se fueron a la "Hostería Providencia" y Madariaga ordenó langosta y pavo con puré de castañas. Una legión de mozos revoleteaban alrededor de la mesa sospechando una propina succulenta. Se descorcharon dos botellas de vino "Macul Cosecha", luego del whisky. Madariaga reía sin dejar un instante de hacer cálculos comprando todo lo que la imaginación entrega "¿Sabes, hijo? Dentro de poco tendré un ingreso de 40.000 pesos al mes; y gracias a Parsifal y su amigo, el enano maravilloso de Primitivo Basterrica. Vamos a vender la casa de Seminario y compraremos en Vitacura. Me imagino que después renunciarás a tus chifladuras y propósitos de redimir a la especie humana. Si deseas, te compraré un auto..." "¿40.000 pesos al mes?" —interrumpió el joven— un obrero los gana en 7 años de trabajo. Me parece una monstruosidad, algo repugnante". "¿Repugnante? No seas idiota. Es dinero limpio y bien ganado. Tu padre no es de los que venden su alma al diablo". "Pero sí, se la has vendido a Parsifal y a ese enano de circo..."

Herido por la verdad, Madariaga se puso de pie, abruptamente. Aún no llegaban al pavo y su mareador puré de castañas, pero no fue impedimento para que pidiese la cuenta y cancelara aparatosamente con billetes de \$100, dejando una propina generosa. Luego salió a grandes trancos sin aguardar a su hijo. ¿Repugnante? Vaya palabrita. Su hijo seguiría por muchos años adoptando posiciones refinadas con los tiempos modernos; sus escrúpulos provincianos nunca le permitirían ser un abogado de fuste.

Andrés continuó almorzando solo, pero le inco-

modaba el exceso de ojos persiguiendo sus movimientos. A esa hora, el comedor principal estaba repleto de individuos tragando manjares costosos y bebiendo sin apremio. Junto a su mesa, una pareja de mujeres en las postrimerías de sus otoños, hablaban sobre perros y domésticas. A veces bajaban la voz para chismorrear sobre el amante de fulanita que en ese instante almorzaba con una mujer distinta a la amante y a la esposa. Como se inclinaban para estos menesteres, sus pechos flácidos cubrían sus brazos cruzados a la altura de las costillas falsas; y por el descote aparecían más voluminosos y menos otoñales. Al reirse, sus prótesis dentarias les aseguraban esa y otras manifestaciones, sin el riesgo de mostrar caries o falta de molares. Desde el cogote arrugado como el pavo que trinchaban, una llevaba un collar de perlas y la otra un camafeo italiano del siglo XVII. En los dedos una profusión escandalosa de anillos gruesos de platino u oro, que les impedían empuñar la mano. Otras joyas como brazaletes, aros, broches, completaban su armadura jactanciosa y si hubiesen sido capaces de transportar más sin importarle la incomodidad y el riesgo, se habrían colocado un zarcillo en la nariz, y con diademas se habrían coronado.

Al concluir el postre, Andrés se levantó; entre tanto miraba a las otoñales sorbiendo el café y preparándose para salir. La del camafeo —menos vieja y pintarrajeada sacó un cigarrillo desde una petaca y entornando los ojos, le solicitó fósforos. Al aproximarse la llama a la mujer y descubrir las profundas arrugas de sus párpados, ésta le guiñó un ojo frunciendo la boca en forma cómica y algo grotesca.

En la calle las mujeres siguieron mirándolo y se entretuvieron en un puesto de flores. El barullo y el calor desanimaba a los transeúntes, escasos a esa hora. No teniendo Andrés qué hacer, caminó por calle Ballet hacia la Costanera. Por la acera de enfrente

protagonistas de la novela fornicaban como dementes, se decían palabrotas, traicionaban a sus amigos, se ponían cuernos con más frecuencia que dormir, y en los ratos de ocio —dudando que lo hubiese— filosofaban. Variado en situaciones, el argumento le iba inyectando a la mujer valor y clímax pues, al llegar a una escena de profundo erotismo, se avalanzó con tanta fogosidad sobre Andrés, que el joven imaginó una agresión. Entre una maraña de brazos y piernas, Andrés no soltaba el libro e incluso se esforzaba por seguir la lectura para no mostrarse vencido de un modo tan violento, y como él trataba de leer y ella de fornicar, ambos debieron resignarse con dejar inconclusos sus proyectos para una mejor oportunidad.

De nuevo en la calle Costanera perseguido por la canícula. A metros se le ofrecía un banco de fierro y madera en una plazoleta. Allí estuvo un buen rato sentado capeando el aire tórrido y riéndose casi a gritos de su aventura. Al salir del departamento, la mujer le había acariciado la cabeza para luego decirle: "perdona, hijo, por haberte asustado; vuelve cuando se te pase el miedo." ¿Miedo? ¿A quién? ¿A Horacio Ramírez y a Abelardo? Al comienzo, sí; pero ahora desde las profundidades sentía golpes de coraje, deseos de gritar ahí mismo su rebeldía y su disconformidad. ¿Miedo a esa burguesa pintarrajeada y eclipsada? Se recordó de Regina, de Nadia, de la joven de los ojos cafés del club de tenis. Si le narraba su experiencia a Regina de seguro se iba a enfadar, pero después reiría tratándolo de loco, y por cierto le iba a preguntar si la mujer tenía atributos, algún encanto. "Era atroz; pintada como payaso, fofa, otoñal; créeme". "¿Y por qué aceptaste la invitación?" "No lo sé; tal vez por aburrimiento, por curiosidad, por rabia."

Cuando la burguesa estaba encima de él casi cu-

bríendolo con su bata negra de raso, sus mamas gigantes como nido de cóndores, Andrés recordó en forma fugaz sus torturas en la cárcel y luego en la villa. Como si quisiese arrancarle alguna confesión, ella lo aprisionaba. Las circunstancias eran distintas pero la mujer parecía tener ese propósito. En el mundo de intrigas y soplones, cualquiera podría ser un delator. Por sobre todo, primaba la desconfianza e incluso Andrés veía en su propio padre a un individuo capaz de delatarle si se veía amagado en sus intereses. Al principio sintió repugnancia de esta idea, dolor por la pobreza de sus pensamientos, pero 40.000 pesos era una fortuna para no dejarla escapar. No podría olvidar la ira de su progenitor cuando supo de la disputa con Parsifal, su indescriptible gozo después al conocer los detalles de la formación de una compañía minera y todo su mundo de expectativas nacidas de repente. Si la formación de la sociedad se realizaba conforme a las leyes, los ingresos no serían suculentos. Entonces, había que corromper a jueces, políticos, sobornar a funcionarios públicos dándoles pienso a destajo y todo se allanaría.

Una nodriza que transportaba a un niño de meses en un coche, se puso a jugar con un barquito de papel en la fuente de la plazoleta, empujándolo con olas artificiales efectuadas por su mano. O porque no sabía hacerlo o por impericia, la embarcación se mecía sin avanzar y con evidentes riesgos de producirse una zozobra. Tanto empeño puso en su cometido que la frágil embarcación al fin se desarmó; no obstante la nodriza desde el coche cuna sacó una hojita de papel e hizo un nuevo barquito, evidenciando un primor único al hacer los pliegos. Con suavidad lo puso en el agua y comenzó a soplarlo con harta gracia pues inflaba sus cachetes y estiraba los labios.

Como Andrés se hallaba cerca y el juego le parecía excitante, no encontró mejor que ayudar a la joven y entre ambos de tanto soplar fuerte, lograron hacer

cruzar el barquichuelo hacia la orilla opuesta. Felices del cometido se abrazaron y sólo entonces la joven experimentó rubor, esa sensación de confusión frente a la liberalidad. Era delgada y más bien pequeña; tez oscura y ojos cafés de una viveza sorprendente. A manera de capear lo embarazoso de la situación, con su dedo índice comenzó en el agua a hacer círculos como quien revuelve con una cuchara un vaso con líquido. No queriendo importunarla más, Andrés se alejó pero la muchacha seguía allí concentrada en su nuevo juego, mas Andrés no dejaba de mirarla y no pudiendo resistir un raro impulso, regresó a la plazuela. "¿Cual es tu nombre?" La nodriza parecía turbada por esa nueva embestida y trataba de justificar su permanencia allí, acomodando al niño en el coche, quién hacía manifestaciones de desagrado por el calor, moviendo los bracitos y alzando el vientre. Sin responder, la muchacha hizo rodar el coche hacia la Costanera buscando la sombra. Ahí, Andrés dio por concluido el juego, esa persecución sin sentido, como si la nodriza con decirle el nombre fuese a allanar el camino de espanto y dudas, donde él transitaba a diario.

* * *

Durante quince días Andrés no vio a su padre. Mientras el joven frecuentaba la universidad y se preparaba para los exámenes finales, el viejo Madariaga daba inicio a la formación de la sociedad minera, invitando a cenar a "La Pirámide" a dos diputados del partido Nacional. Eran los primeros pasos, tímidos y vacilantes, pero el abogado poseía astucia y nada dijo en la primera reunión, sobre el verdadero propósito de esa comida. "¿Y si volvemos a encontrarnos la próxima semana a comer en este mismo sitio?". Los diputados luego de consultar una agenda, aceptaron gustosos y preguntaron si la invitación era extensiva

a sus cónyuges; mas, como el anzuelo había que tirarlo sobreseguro, Madariaga dijo que sí. El también llevaría a la suya. De seguro las mujeres, al iniciarse la cena, principiarían a hablar sobre tópicos femeninos desligándose de la conversación central y permitiéndole a los hombres tratar de sus asuntos.

Así aconteció y mientras servían el aperitivo, ya ellas estaban trabadas como engranajes en una charla pueril mostrándose las joyas y descuerando a las domésticas. Libres los hombres, Madariaga hizo su planteamiento no sin presentarlo como algo que beneficiaba a todo el mundo. Se trataba de conseguir de la Cámara de Diputados, la autorización para una inversión extranjera, pero de seguro que ciertos liberales se iban a oponer. "¿Qué sugieren ustedes para convencerlos? Digamos, una buena ayuda para las próximas elecciones parlamentarias, amén de algunos dinerillos para ablandar a los más recalcitrantes. ¿Y la oposición? Van a gritar de lo lindo, pero como son minoría, los tenemos aplastados de antemano."

Libaron cerca de las tres de la madrugada, entre puros y chistes picantes, entre alguna actitud maliciosa mirando a las mujeres en la consabida y milenaria fórmula de desear a la mujer del prójimo. Y había razones poderosas, pues la mujer del diputado Fernández de la Maza, insistía en mostrar sus piernas, bellas, como una puesta de sol, levantándose el vestido hasta la mitad del muslo. Allí chocaban las miradas de Madariaga y del diputado Keller, imaginando y aventurando situaciones. Para los cincuenta años del abogado, esa mujer joven y de mirada tierna, cuyas extremidades le bailaban en el corazón, era como el resumen de sus sueños y de sus ambiciones. Y la hembra en litigio sintiendo los fuegos cruzados, miraba tanto a Keller como a Madariaga, aguijoneándolos.

Cuando la lengua les quedó igual a trapo mojado y les era difícil seguir moviéndola, las mujeres se im-

pacientaron, indicándoles a sus maridos la hora de la retirada. Keller, por cortesía, ayudó a la mujer de Madariaga a desembarazarse de la silla, pero sus ojos, su corazón, todos sus sentidos acariciaban la piel de la mujer de su colega; y como Madariaga hacía otro tanto, Doris de Fernández de la Maza, se sintió abochornada pero feliz, tímida pero anhelante de su doble conquista y, en especial de Keller un administrador obsecuente que en varias oportunidades le hizo entender sus preferencias. A la zaga, Fernández de la Maza caminaba cabizbajo, ajeno al flirteo y elucubrando la táctica a seguir cuando se realizara la votación en la Cámara.

La noche santiaguina los acogió en su seno, en esa quietud del amanecer tímido y sin respuesta inmediata. Caminaron en dirección hacia los autos y Keller ora retrocedía, ora se adelantaba buscando la proximidad de Doris, el ritmo de sus piernas subyugantes tejiendo la acera con sus pasos sostenidos e iguales, y Madariaga también manteniendo sus derechos, se refocilaba adivinando el cuerpo de la mujer bajo su ropaje inútil. Al despedirse, la besó con un ósculo apretado y baboso, lleno de apremio pues su esposa parecía sospechar y, muy cerca de ambos, observaba en detalle. Cuánto hubiese dado por besarla en la boca semiabierta, mostrando sus dientecitos iguales a gotas de leche. Recién se iniciaba esa amistad sublime que le causaba escozor. En el otoño de su vida entraba el amanecer junto con la opulencia.

Mientras se acostaban Madariaga y su mujer, entre ambos surgió una conversación clínica, cargada de reproches. "¿Qué me gusta Doris? Si apenas es una niña ingenua. Imagínate, a mi edad, tratando de buscar una aventurilla con adolescentes?" "¿Adolescentes?; vaya adolescente; si tiene 25 años y dos hijos." "¿Y qué me dices tú de Keller? Lo mirabas como a un fruto prohibido. Le hacías musarañas y hasta engolabas la voz cuando le pedías algo". "Señor Keller, ¿Tie-

ne usted la bondad y la gentileza de alcarzarme la sal? Sí, la sal de mesa y no la sal de salario". "Una vulgaridad, mujer. No sé si querías demostrar conocimientos o hacerte la ingeniosa; un humor poco felíz. Creo que Keller se reía no por lo gracioso del asunto sino por tus modales falsos y tu manía de aparecer demasiado fina, donde por lo contrario se requería sencillez y espontaneidad. De acuerdo que ellos son de la alta aristocracia, pero nada les repugna y les molesta más cuando gente extraña a su condición los quiere imitar." "¿Y tú con tu Doris? Le hacías tantas atenciones que Keller y Fernández de la Maza se sentían incómodos. Si yo engolaba la voz, tu fruncías la boca y arqueabas las cejas en una representación farsesca. Parecías un maitre de hotel tratando de agradecer a una octogenaria." "¿Entonces la adolescente ahora tiene ochenta años?" "Sí, sí, pero no te hagas ilusiones con ella". "Y tú menos con Keller".

Al concluir la disputa, cada uno se tumbó para su lado y los fantasmas Doris y Keller los rondaron hasta el amanecer, pero a la hora del desayuno la rencilla nocturna se había disipado y por el contrario Madariaga se mostró gentil con su mujer. Esa mañana para analizar los avances de la operación financiera, tenía una reunión urgente con Parsifal y Primitivo. Sus amigos le habían prometido entregarle un adelanto en dinero para resolver sus compromisos y gastos que surgían hora a hora. Y esa mañana Parsifal Suárez apenas se hubo acomodado en un sofá de cuero negro, sacó su libretto de cheques como quien desenvaina para atacar por sorpresa y mirando a Madariaga le dijo: "¿Está bien con 20.000 pesos para comenzar?". "Sí, me parece una suma adecuada y razonable"; luego narró las alternativas de la cena, sin dejar de hacer una referencia a Doris y jugar con su recuerdo; su juventud burbujeante y magnética, sus piernas que le atenaceaban el corazón. "¿Doris de Fernández de la Maza? una mujer de ensueño —le espetó Suárez—. Si

dispusiese de tiempo, te aseguro que le hago el amor a la primera entrevista."

Madariaga se excusó para ir al retrete y mientras orinaba, se contempló en el espejo desde distintos ángulos para saber cual era su mejor posición. Frunció los labios y arqueó las cejas y el gesto falso le pareció adecuado, varonil, en nada ridículo como lo sostuvo su mujer. Quizá debería teñirse algunas canas, bajar de peso, comprarse ropa más juvenil. Hundió el vientre y se miró de perfil en el vano intento por sacudirse años. A lo mejor a Doris le agradaban los hombres de su hechura, madurones y discretos y con un nutrido prontuario de casi treinta años de experiencia matrimonial. Sus relaciones deberían ser prudentes, jamás sospechadas ni por su mujer ni por Andrés. Le temía más al hijo que a la cónyuge; total si ella lo sorprendía se iba a quedar callada pensando en los 40.000 pesos mensuales y en el necesario riesgo que implica toda empresa de esa índole; en cambio Andrés le enrostraría su liviandad, su falsa rectitud burguesa, pero al primer guiño le sobrevenía un ímpetu ciego y se dejaba coger sin ofrecer resistencia; mas, todo lo construía a base de suposiciones, como si Doris ya le hubiese dado el consentimiento.

Después de almorzar llamaría a Fernández de la Maza para saludarle. Tal vez la misma Doris le contestaba el teléfono permitiéndole avanzar algún trecho. "¿Tomar onces en el Club de Polo?" "Pero, Oscar, si ese es el peor lugar del mundo". "¿Entonces algo más reservado y discreto?". "Por cierto; piense usted en la maledicencia y me comprenderá." "¿Le parece bien que la pase a recoger a las seis en punto?". "Sí, pero a esta dirección." Y Oscar Madariaga, estremecido por la facilidad de su primera embestida, tuvo dificultades en copiar la dirección en su agenda personal.

Cerca de las cinco y media y cuando se aprestaba a concurrir a su cita, Andrés llegó a su oficina a buscar el Código del trabajo. Su padre, bajo los efluvios

de su próxima aventura, se comportó de manera singular, pues lo saludó de mano y le ofreció dinero para sus gastos cosa que no hacía en meses. Sorprendido, Andrés rechazó el dinero y si no hubiese tenido necesidad imperiosa del código, lo deja en la estantería. Unas diez veces Oscar Madariaga consultó el reloj pulsera, como si fuese a presenciar una ejecución, y el joven confuso por ese despliegue no frecuente, insistió marcharse, sin embargo su padre le rogó se quedase un tiempo más en la oficina, ordenándole papeles y expedientes. También era la primera vez que se le solicitaba un favor así, tan íntimo, pues si quisiese, Andrés podría imponerse de muchas cosas privadas de su padre, siempre renuente a comunicárselas.

Al quedar solo, se puso a ordenar los libros puestos en los anaqueles tanto acostados como de pie. Había asimismo cuadernos de apuntes, archivadores, expedientes voluminosos, hojas sueltas, papel de calco. Sobre el escritorio halló una carpeta color rosa pálido, caratulada "Formación Sociedad Minera Combarbalá S. A." En el interior varias hojas escritas a máquina como un borrador general y sobre éstas, una minuta donde figuraba un aporte inicial de 20.000 pesos para gastos.

Cerca de las ocho luego de estudiar con hartos entusiasmos, decidió marcharse. La calle Ahumada y su tránsito precipitado, lo cogió en su torbellino incansable. Se entretuvo mirando escaparates, a dos muchachas risueñas que comían helados y brincaban como gamos, a un hombre taciturno detenido en una esquina, a una mujer revisando un monedero para entregar una limosna, a tantos transeúntes anónimos en su forzado deambular. Innumerables y variados rostros enfrentando la vida, la sorprendente vida; la frágil, blanda, imprevista vida hecha de sueños, de quimeras y locuras.

Poco a poco principió a oscurecer. Una agitación distinta con distintos transeúntes y distintas preocu-

paciones se deslizaban por las arterias. Era una renovación constante de propósitos e intenciones. Los focos de las calles y de los automóviles lanzaban chorros de luz combatiendo las sombras, perforando la noche como si un taladro gigante estuviese en permanente accionar. ¿Dónde ir? Al azar se subió a un bus que iba en dirección poniente. En su ánimo prevalecía la idea de evadirse lejos de ese centro neurálgico. Ir hacia la periferia de la ciudad en busca de la quietud y lo imprevisto, de las cosas sencillas, de las gentes sin afectaciones.

La ciudad comenzaba a achatarse, las cosas a ser menos exigentes en su presentación. Más allá, se extendían las poblaciones obreras. Un mundo distinto de sobresalto y sorpresa, de jubilados retirando la silla desde la puerta de sus casucas, de mujeres barrigonas descolgando la ropa lavada por encargo, de niños famélicos aún jugando sobre el barro y los desperdicios. Un mundo en ebullición y tragedia que todavía no se tragaba la noche.

Serían las diez, cuando el bus se detuvo en el terminal y los pasajeros descendieron. Andrés los imitó sin tardanza y movido por la curiosidad, anduvo por callejas tristes y mal iluminadas, donde el barro reseco de las aceras, obligaba a bajarse a las calles y viceversa y caminar a saltos. Desde una cantina se escuchaban voces amortiguadas, risas, cantos, imprecaciones mezcladas con la música de una radio. De zopetón salieron dos hombres bebidos a la calle, y sin que mediara agresión, principiaron a insultar a Andrés mientras se le acercaban con muestras inequívocas de quererle atacar; mas, como Andrés no se arredrara y por el contrario exhibiera temple y disposición para rechazar la embestida, los hombres depusieron su beligerancia y se marcharon por separado.

No existía una razón plausible para seguir allí, arriesgando la vida quizá al exponerse tan torpemen-

te a la acción de un malhechor. El hambre y la miseria golpeaban duro esas barriadas y por cierto los hombres se veían compelidos y empujados a delinquir. Cauteloso, fue buscando sectores más poblados y calles con algún tránsito de vehículos.

Un hombre contrahecho y pequeño (tenía joroba y su pierna izquierda era tan arqueada como la letra C) le preguntó si conocía calle Janequeo. Al no recibir respuesta afirmativa, se alejó moviendo su cuerpo con el riesgo evidente que, de pronto, se fuese a desarmar. Sin embargo, se detuvo en una esquina y se quedó allí como si no tuviese apuro en llegar a su destino. De vez en vez se movía para acomodar su pierna deforme y su cuerpo se cimbraba hasta casi perder el equilibrio. De seguro se trataba de un infeliz, desesperado por hallar Janequeo y se quedaba allí aguardando otro transeúnte; más, tuvo la oportunidad de preguntar a una pareja y no lo hizo y también a un hombre que portaba un estuche de latón. Al abordar Andrés el bus de regreso, vio al jorobado gritar al conductor que lo esperase, mientras corría hacia el vehículo con relativa facilidad, pues con la mano afirmaba su pierna curva para darse mayor impulso. Cuando subía le preguntó al conductor por la calle Janequeo y como aquél le respondiere que ese bus lo llevaba en sentido contrario, el jorobado dijo que regresaría al día siguiente a proseguir la búsqueda, pues se estaba haciendo muy tarde.

Andrés se ubicó en la parte posterior del bus y el jorobado lo siguió hasta allí. "¿Encontró la calle Janequeo?" Sorprendido por la pregunta, el inválido quiso alejarse, pero Andrés cogiéndolo del antebrazo prosiguió un interrogatorio comprometedor. "Sabbe? A mí me da un bledo su calle Janequeo, su calle Abelardo y su calle Horacio Ramírez". "Déjeme bajar aquí o gritaré", refunfuñó el hombrecito tratando de desprenderse." ¿Para que usted vaya a contar-

le a Abelardo y a Ramírez que tuvo éxito su seguimiento? No; lo voy a matar apenas se baje, del mismo modo como lo hicieron con Asdrúbal de la Fuente y tantos otros.” “¿Verdad que usted está bromeando conmigo?”. “Nada de eso jorobado infeliz. Y ahora descendamos, pues este lugar me parece adecuado para cometer un crimen.”

Abierto a las inspiraciones más exigentes, el río Mapocho a esa hora se mostraba benigno para recibir en su lecho una variedad infinita de obsequios, pues un viejo de barba negra vaciaba allí una carretela con desperdicios. Junto a él, un pordiosero semiacostado removía la basura. La presencia de Andrés y el jorobado, los disuadió a suspender el trabajo y a marcharse, pues temieron algo grave.

A la orilla del río, Andrés y el jorobado continuaron discutiendo; y ocultos tras montículos de basura, el viejo y el pordiosero, seguían el desarrollo de esa extraña relación. Para protegerse, habían tomado estacas y piedras de tamaño contundente y ya veían con sus ojos de espanto el inicio de un asesinato. Andrés había cogido al jorobado por el cuello y lo sacudía como a un felpudo, tratando de hacerlo hablar. Luego de tanta agitación conminativa, el hombrecito reconoció su condición de soplón, pero negando estar vinculado a Abelardo y Ramírez. “Nada sé, nada sé” y sus ojos se entornaban en una súplica dramática. Abajo el río se deslizaba quedo y un hedor inaguantable salía de su lecho oscuro. Aún ocultos el viejo y el pordiosero con sus implementos de ataque, dudaban si salir en defensa del jorobado o alejarse. “¿Y a cuántos has delatado, bribón?”. “No lo sé, quizás a unos veinte, pero no los delato, sino que informo de sus actividades. Eso es todo.”

Sorpresivamente, el viejo y el pordiosero blandiendo sus palos y amenazando lanzar las piedras, se hicieron presente en el escenario, ubicándose a unos metros de Andrés y el jorobado. Tal vez el miedo

los llevó a abandonar el escondite. El viejo era gordo y pequeño y el pordiosero flaco y tieso como el alambre. Adivinando la gravedad del momento, Andrés les dijo que si no botaban los palos y las piedras, él les dispararía a matar y se introdujo la mano a una cartera interior de la chaqueta como si buscara una pistola. Así, se les completó el miedo a los agresores y dando saltos cómicos mientras gritaban, huyeron sin llevarse la carretela de mano. Al jorobado también se le metió el julepe pero en la garganta, pues no podía hablar. “Y ahora, —le dijo Andrés—, te puedes ir, pero si sigues delatando a la gente, te voy a tirar al río en la parte más profunda.”

Dudando de las palabras del joven, el hombrecito dio a medias las espaldas y se fue alejando sin dejar de mirar de reojo a su posible victimario. Su pierna deforme la arrastraba como si tuviese un zapato de buzo y se agachaba tratando de parecer más pequeño e inofensivo, entonces la joroba le aumentaba de tamaño. Así, poco a poco y en forma lastimera, su figura se mimetizó con la noche agria.

* * *

Ese domingo a la hora de almuerzo, Oscar Mada-riaga alzó su copa y pidió a los comensales brindar por el éxito obtenido en la votación en la Cámara de Diputados. Enseguida Primitivo Basterrica se puso de pie —y si hubiese permanecido sentado habría dado lo mismo— improvisó un breve discurso para exaltar el desinteresado apoyo de Keller y Fernández de la Maza, sin los cuales no habría sido posible la aprobación de la inversión extranjera. Después Keller respondió, agradeciendo las palabras de Primitivo. Hablaba con lentitud y ajustado a la más exigente prosodia, levantando el brazo hasta la altura del hombro para darle énfasis a sus palabras. Pauseaba las ideas y miraba uno a uno a los asistentes, como si

quisiese hablarles en la intimidad. Su tono era convincente y paternal, y para lograr un mejor efecto, introdujo pensamientos célebres y remató su intervención de diez minutos con una moraleja. También hablaron Fernández de la Maza (dijo puerilidades y repitió mucho de su antecesor), Parsifal Suárez y Oscar Madariaga, que la emoción del dinero, la proximidad de Doris y los efectos primarios de la libertad para beber, le hicieron decir un discurso vulgar cargado de lisonjas.

Obligado a asistir —Andrés se sentía un estorbo, un objeto raro— comía en silencio bajo la mirada sostenida de Doris y Parsifal, quién si hubiese podido, habría saltado por encima de la mesa para abofetearlo. Tanta era su indignación por ese joven lleno de insolencias, altivo. A Doris pareció agradaarle la arrogancia honesta de Andrés, molesto por esa manifestación a los parlamentarios, sablistas portentosos, siempre alertas para asistir a festejos; parecían disponer de varias mandíbulas y una vejiga del tamaño de un tonel. Se mordía los labios para no lanzarles epítetos, groserías sin parar hasta el desahogo; chorreaban cinismo y si, intempestivamente, se hubiese metido debajo de la mesa, de seguro las mujeres se restregaban las piernas con los hombres realizando secretas alianzas, como si en ese sitio estuviese en realidad el auténtico proceder, y sobre la mesa, el remedo y la simulación.

Cerca de las tres, los comensales se dirigieron a la biblioteca a beber el bajativo; los hombres coñac y las mujeres menta. Keller se dedicó a examinar los libros en su afán por parecer vinculado al pensamiento y a las letras, pues estuvo leyendo párrafos y comentándolos con Primitivo Basterrica a quién confidenciamos que preparaba un ensayo sobre la vida del presidente Errázuriz. Para ello debía examinar documentos, libros, diarios, en un empeño loco por obtener la mejor información; pero Basterrica peque-

ño y todo, le escuchaba a medias prefiriendo en cambio imponerse de la conversación de Oscar Madariaga con Parsifal Suárez.

Serían las cinco, cuando el último de los comensales abandonó la casa de la familia Madariaga. Tras ellos quedaba la estela de un día prometedor para las aspiraciones del abogado, y para Andrés, una nueva farsa grotesca, repugnante bajo el auspicio de su padre y la mano mora de Parsifal y Primitivo. Y para colmos, la presencia de Doris contoneándose en un mundo de fingimientos. Le causaba indignación la comedia de la vida, la falta de autenticidad de sus propios padres, ciegos ante la eventualidad de obtener riquezas sin importarles su procedencia. “¿Y de dónde crees tú sale el dinero para vivir?”. Por cierto, era una cuestión digna de analizar. “¿Acaso, a veces, no debo mandar a la cárcel a pobres infelices? Pero hay quién me está pagando y yo no hago otra cosa que cumplir los mandatos. Si tú tienes escrúpulos, pues búscate una nueva profesión.” ¿Una nueva profesión? Si en todas, para ganar dinero y conseguir la fama se requiere ser venal.” “Entonces, dedícate a profesor primario para morirte de hambre”.

Eran argumentaciones serias y realistas; le calaban hondo, pero Andrés sabía sortearlas y a la pesadumbre del principio oponía su formidable entereza, rectitud y solidez ideológica enriquecida en los combates por la existencia. Al ser detenido y torturado, tuvo oportunidad de conocer cual era el límite de sus posibilidades, para aceptar el sacrificio y saber readaptarse. A cada instante era sometido a nuevas exigencias como si en el ánimo de sus verdugos prevaleciera más la idea de hacer sufrir que obtener información, igual a un universo puesto al revés, sin leyes de la gravedad, antojadizo y disparatado.

Al atardecer y cuando el ocaso se preparaba inexorable en su reducto tradicional, Andrés se encaminó hacia la calle Bellavista. Quizá daría un paseo

grándose por la única herida del pecho. Con el pañuelo y enseguida con la camisa, Andrés intentó detener la hemorragia, mientras a gritos pedía socorro. Una quietud y calma de sobresaltos, lo acompañó los primeros minutos. El parque y la ciudad parecían estar deshabitados. Todo seguía inmovible, estático, igual a una fotografía. Como seguía gritando con renovada fuerza, un auto que transitaba por allí se detuvo por un instante y como viese la magnitud de la escena, prefirió alejarse. En su desesperación Andrés trató de interrumpir la marcha del vehículo, pero si no hubiese saltado a tiempo hacia la acera, de seguro lo arrollan. En la soledad más absoluta y en la impotencia, cargó a la joven en sus brazos y bajó a la calle tratando de llamar la atención de los automóviles, que en número muy escaso circulaban a esa hora por la Avenida José María Caro, mas todos le hacían el quite, imaginando que se trataba de algún gracioso o de un borracho.

En un momento sintió que el cuerpo de la joven comenzaba a helarse, a ponerse exánime y a perder consistencia. Qué mala pesadilla para él, mas era la realidad, expuesta en el rostro de Nadia, sin colores. Su boca se había hinchado y un hilillo de baba le caía por la comisura. La llamó en sordina tratando de hacerla revivir y como la joven no respondía (al menos si hubiese movido los párpados) se sentó en la acera y lloró sobre el rostro de Nadia. Así estuvo un largo rato y hubo quienes se detuvieron a mirar la escena por curiosidad, sin atreverse a intervenir. Varias ideas locas y descabelladas comenzaron a rondarle. ¿Y si huía? La joven estaba muerta y si él continuaba allí, nada resolvería; por el contrario, de llegar la policía lo iban a detener y hasta lo podrían acusar de asesino, mas él no era un cobarde tratando de soslayar su responsabilidad frente a ese infortunio. Se quedaría allí hasta el amanecer en un alarde de coraje no visto. Se enfrentaría de seguro a

Horacio Ramírez y a Abelardo con la soberbia que ante el poderoso es coraje y ante el débil es cobardía. Sin dilación, los acusaría de ser ellos los instigadores de la muerte de Nadia. ¿Cómo justificar ese crimen estúpido? Un maniático difícilmente ataca de ese modo. Entonces, querían comprometerlo en un asesinato sórdido, cobarde, brutal. ¿Y si la regresaba a casa de ella? Sin importarle ya nada, cruzó las calles con la joven a cuestas como si fuese una inválida, imposibilitada de caminar.

Extrañamente hizo el trayecto sin contratiempos aún cuando la sangre de la infortunada se le metía por el cuello y le llegaba hasta los zapatos; era una sensación pegajosa y repugnante. Todo su cuerpo impregnado de sangre peor que un matarife inexperto. Hasta en el cuello tenía salpicaduras de sangre y de pánico. Cuando cruzaba el río, estuvo en un tris de arrojarla a su cauce, desembarazándose de esa pesadilla gravosa, inoportuna.

Nadie lo vio entrar a la casa de la calle Bellavista con su ofrenda fatídica. Sería cerca de la medianoche y en la casa había un silencio cómplice. Con el pie empujó la puerta de la mampara y por vez primera sus goznes no dejaron sentir su melodía tradicional. Para franquear la entrada de la habitación, tuvo que registrar la cartera de la mujer en busca de la llave, operación delicada y macabra, pues la llave estaba dentro de un monedero que ocultaba en el seno, donde había pinches, botones y una ficha para el teléfono.

Antes de bajar a Nadia para colocarla en un sitio adecuado, extendió en el suelo diarios y una estera vieja, moviendo todo con los pies y a punto de perder el equilibrio. En cuclillas realizaba esa operación, mientras un dolor inaguantable le subía por la columna. Luego tendió a la mujer sobre la estera y se desnudó. Las ropas estaban pegajosas, malolientes, capaz de provocar un vómito. Casi una hora ocupó

en lavarlas y después se dio un baño. El miedo de un principio se le transformó en repugnancia. ¿Qué hacer? Estaba como atontado realizando una serie de operaciones sin tener una idea clara de sus resultados. Al final y como un epílogo de suspenso, desvistió a Nadia en un paréntesis de ternura para lavar sus ropas y a ella.

Ya comenzaba a amanecer, cuando concluía de ordenar la habitación, borrando las huellas deladoras, secando las ropas en la estufa (tuvo que salir al patio a buscar leña y casi lo descubre un hombre que regresaba del retrete) y Nadia acostada en su lecho legendario, bella como nunca aguardando al amante ocasional.

A hurtadillas salió a la amplia avenida. Detrás dejaba un mundo de sobresaltos y sorpresas, una pesadilla vivida con los ojos bien abiertos. Quizá esa misma tarde Horacio Ramírez lo llamaría por teléfono comunicándole el desgraciado hallazgo. "¿Verdad amigo Madariaga que usted nos ayudará a resolver este asesinato? Pienso que usted puede saber algo, ya que fue cometido cerca de la Escuela de derecho, donde las mujeres del sector —sean rameras, jovencitas liberales, drogadictas— son bien aficionadas a tener a estudiantes por amigos."

* * *

Una semana transcurrió sin variaciones. En una escueta información policial, aparecida recién el jueves en un solo diario, se decía que una modista de aproximadamente 30 años, se había suicidado con barbitúricos. El domingo, en el mismo diario, se aseguraba que el suicidio de Nadia Torres, a quién ahora se le tildaba de prostituta, estaba siendo investigado, ya que se presumía un asesinato. Después, hubo otra semana de silencio, tensa como parto de primogénito. Un miércoles, una nueva información po-

licial decía que el asesino de la prostituta —un estudiante universitario— huía hacia la Argentina tratando de cruzar la cordillera en mula. Al día siguiente se dijo que había cómplices y se trataba de detenerlos.

Al cumplirse veinte días de la muerte de Nadia, un sábado en la mañana, Andrés divisó a Horacio Ramírez adquiriendo el diario en la plaza Baquedano. El policía dobló el diario y se lo puso debajo del brazo. En una confitería compró un helado en barquillo y como niño goloso y ávido por satisfacer su deseo, le dio varios lengüetazos para consumirlo en círculo, haciéndolo girar. Sus ojos seguían la operación lenta pero implacable con un deleite asombroso. De vez en cuando dejaba de consumir su helado y lo miraba para observar su porte y si el proceso de chupar se estaba llevando en orden. Toda su expresión era de dulzura beatífica como para confundirlo —aún cuando sus vestimentas no lo acompañaban— con algún peregrino yendo a cumplir una manda. Y así, lentamente sin variar nada de su expresión, caminó hacia la Avenida Vicuña Mackenna. Andrés lo hizo en sentido contrario hacia el puente Pío Nono. Al cruzar el río, inquieto por la aparición repentina de Horacio, tropezó con un viejo enjunto y de manos temblorosas que solicitaba limosnas. Las monedas del tarrito saltaron lejos y Andrés en cuatro patas hubo de recogerlas, mientras el viejo agarra- ba su bastón para atacar si le birlaban su dinero.

Abochornado por el incidente, Andrés apenas si pidió disculpas y en su afán por alejarse con rapidez de ese sitio, se fue trotando por la Avenida Santa María hacia el oriente. Se detuvo de pronto, sin entender bien hacia dónde se dirigía. Tanto huía de Horacio Ramírez como del pordiosero, de los transeúntes que lo miraban con sorpresa, de los automóviles, de los muros amenazando desplomarse, de la calle que ardía. Por unos segundos se quedó mirando

en su rededor. Intuía algo sospechoso y anormal. Quizás las dos mujeres que en esos instantes caminaban en su dirección y por la misma acera, venían a expiarle. Una de ellas era carnuda y pequeña, y al caminar movía sus caderas en forma demasiado sugerente. La otra también era gruesa, pero parca en movimientos. Su pelo lacio y sin brillo enmarcaba un rostro frío, como si estuviese anunciando el invierno. Vestían con pulcritud y parecían no tener prisa pues caminaban con despreocupación. Al cruzarse con Andrés se dijeron algo por lo bajo, riéndose la pequeña, no así la de rostro frío empeñada en acentuar su expresión.

Andrés las vio alejarse. Ese alivio momentáneo, sin embargo, se alteró cuando desde uno de los edificios, dos hombres corpulentos salieron a la calle vociferando igual a disputa de meretrices y dando empujones a la mampara. Tal vez el contacto de la calle los enfureció más, pues parecían buscar a quién agredir. Dos perros rabiosos habrían tenido un comportamiento mejor. Se paseaban enfrente del edificio con los puños cerrados y de vez en vez miraban hacia una ventana cubierta con un postigo de metal. De repente, uno de los hombres reingresó al edificio. Su acompañante con los brazos en jarra y sin dejar de mirar la ventana conflictiva, se quedó muy quieto. Desde el interior se escuchaban gritos de auxilio y el alboroto de muebles destruidos, vidrios quebrados, jadeos, persecuciones, mas, esta violencia extrañamente no estaba siendo presenciada por nadie con la exclusión de Andrés, como si los protagonistas de ella, actuasen con tino y reserva. Al concluir el escándalo, se volvieron los hombres a reunir en la calle y ahora desprovistos de agresividad, se marcharon canturreando un bolero de moda.

Sin detenerse más, Andrés regresó a su casa. Se costó en un viejo sillón de cuero de la biblioteca y mirando los libros puestos con relativo orden en los

anaqueles, hizo un rápido exámen de esas agitadas horas. En su habitación había una semipenumbra que aumentaba y disminuía a causa del follaje de un árbol junto a la ventana que al mecerse con la brisa, producía esa alteración. Nunca tuvo una mañana tan agitada y ahíta de sorpresas, pero el árbol no sólo dosificaba el ingreso de la luz, sino también creaba espectros con sus ramas frondosas, golpeando suavemente el vidrio de la ventana.

Cerca de las dos de la tarde, una sirvienta le fue a avisar que el almuerzo estaba servido. Se sobresaltó al interrumpirse su estado de somnolencia, su limbo. Le dolía la cabeza como si la hubiese introducido en una prensa. Sus padres ya cuchareaban una sopa de espárragos tiernos con colitas de camarón, cuando se sentó frente a su plato. Oscar Madariaga no podía disimular su alborozo por la compra de su automóvil nuevo; después, la casa en Vitacura y una en Reñaca para los meses del verano. Sólo entonces, pensaría en su viaje a Europa, ese ansiado viaje que por años postergó. Recién a los cincuenta, la fortuna y la prosperidad le guiñaban el ojo. Tal vez dispondría de veinte años mas para disfrutar a plenitud; nunca más las zozobras y la incertidumbre, los comienzos duros cuando tenía que defender a infelices sin un céntimo ni para las estampillas ni el papel sellado, o al obrero disputando por el pago de su asignación familiar.

Todo quedaba atrás en su vida romántica, abriéndose ahora el mundo generoso para quienes saben renunciar a tiempo a la solidaridad, a las estúpidas luchas por enderezar al hombre. ¿Y si desde un principio hubiese luchado para sí mismo? Quizás no tendría que soportar el baldón de un hijo rebelde, de largos años de privaciones que se remontaba a su infancia cuando su padre atesoraba por miedo a sufrir una vejez estrecha, y apenas si entregaba para el sustento diario. Su indocilidad se fue ensanchando co-

mo un río en demanda del mar. Le repugnaba la avaricia de su progenitor, las pobres razones para justificar su celo en guardar por sí el futuro le era poco benigno. Al morir su padre desapareció también su rebeldía al disponer de una buena tajada de herencia la cual, poco a poco y en menos de un año, se hizo sal y agua. Recién concluía sus estudios universitarios y renunciaba a la oficina de un abogado, a quién ayudaba a tramitar, para irse a ejercer por cuenta propia sin disponer aún de su título. En esa época conocía a su futura mujer y se casaba a toda prisa al dejarla encinta.

Al principio pleiteaba con alguna dignidad, pero paulatinamente, bajo la influencia de un compañero de bufete dado a defender a los usureros, cayó en igual vicio; después a los agiotistas y cuando obtuvo su título, pasó a representar a una compañía extranjera, famosa por desahuciar a cientos de obreros, para volverlos a contratar en la misma semana con salarios ínfimos. La prosperidad se hizo presente, pero como su cargo era apetecido por miles de colegas, sólo sobrevivió en la compañía dos años. Llamado por un pariente de su mujer, se trasladó a Antofagasta a dirigir una empresa pesquera. Ese mundo estrecho y de pocas alternativas y progresos, lo empujaron a regresar a Santiago. Su mujer, día a día, lo acosaba quejándose de vivir en una ciudad provinciana por excelencia, donde no existían lugares para hacer vida social ni tiendas donde adquirir ropas decentes.

A las sopas de espárragos, la sucedieron un trozo de carne al horno con salsa de callampas y papas doradas. Oscar Madariaga, ajeno a los temores de su hijo y a una conversación trivial de su mujer con la doméstica, proseguía armando su nuevo mundo en cuya estructura, Doris de Fernández de la Maza, poseía un rol singular y destacado. No en vano se había reunido con ella en muchas oportunidades y po-

dría asegurar que eran amantes aun cuando Keller también lograba de vez en cuando, obtener sus favores. Esa tarde de su primer encuentro con Doris, Oscar la llamó "niña burlona y apegada a un falso pudor", cuando —después de ambos tomar té— ella le rogó la fuese a dejar al sitio dónde la había recogido. ¿Burlona, retrógada? Era una ofensa gratuita, algo inadmisibles y para demostrarle lo contrario, se ofreció sin restricciones a ir al lugar que a Oscar se le antojase. Una tarde espléndida reeditada dos veces por semana, en tres meses de conocimiento íntimo, en la cual Doris demostró lo absurdo de llamarla retrógrada. ¿Burlona?, tal vez.

Cuando comía su postre —una macedonia de frutas con helado— Oscar Madariaga sintió la mirada profunda e inquisidora de su hijo. Experimentó la rara sensación que cuanto pensaba en esos instantes, lo estaba percibiendo Andrés. La mirada de su hijo le producía escozor y le ponía la piel granujenta. ¿O el joven a través de otros procedimientos averiguaba su manera de conducirse? Y sí, por último, supiese cuanto hacía, le importaba un bledo pues su hijo ni nadie iban a organizar su vida. A toda costa retendría a Doris, por su juventud, por su manera franca de encarar la vida, por esa manera loca y apasionada de amar sin ser un estorbo, ni pedir más de la cuenta. Algo único y demasiado admirable para renunciar a ello. Sin embargo, Keller se transformaba en un oponente pertinaz y no dispuesto a ceder. A menudo Doris debía excusarse con Oscar, más por el apremio de Keller que de su marido. Y Doris cogida en el torbellino, tanto aplaudía al fuego como al reposo, y sirviéndose de Fernández de la Maza para el primitivo uso de acompañante quieto. En tres hombres había logrado el ideal del hombre.

A la cuarta entrevista entre Oscar y Doris, ya la mujer le manifestaba su preocupación por no entrevistarse con él, cuántas veces lo desearan. Keller la

perseguía y en vez de zafarse con un no rotundo, accedía creyendo que el diputado no la iba a importunar de nuevo, mas como el embeleco era agradable, llamaba a gritos a las moscas. Doris, de una posición rígida frente a Keller, fue transigiendo y de pronto se vio con dos amantes y un marido de adorno. Oscar, protestó acusando a la mujer de impúdica, mas como ella lo satisfacía a plenitud, optó por callar temiendo que Doris se quedase con el rival menos ruidoso y más joven.

Esa tarde mientras saboreaba su café, Oscar Madariaga hizo por enésima vez un recuento de su vida plasmada de altibajos para alcanzar a los cincuenta, la edad de oro. Su mujer le exigía poco, dos veces por mes, ya que vivía en las modistas, el peluquero y por las noches, la partida de naipes en el club; y si de cuando en cuando se quejaba de celos, era por el qué dirán y no por ausencia de pienso. Así, la vida conyugal de la mujer se deslizaba sin sorpresas, aun cuando en su intimidad le habría gustado tener un amante como era usual entre sus amigas, Educada con estrictez por una madre viuda a temprana edad, Sofía recibió una enseñanza demasiado formal, rigurosa y ajustada a los gustos más exagerados del recato. Cuando la embarazó Oscar, su primer pensamiento fue el suicidio. Aconsejada por amigas, deshechó aquella solución dramática, pero no dejaba de pensar un instante que un hijo concebido fuera del matrimonio, necesariamente resultaría un engendro.

Al concluir su café, Oscar Madariaga golpeó con delicadeza el dorso de la mano de Sofía, mientras le indicaba algunos quehaceres para la semana. Andrés también concluía de almorzar y con suavidad se retiró a su dormitorio. Estaba tenso y los libros que intentó leer, los iba dejando amontonados sobre su velador sin avanzar más de dos páginas. Ni la música de su pequeña radio le resultaba placentera. Estuvo buscando noticias y sólo halló estridencias, con-

sejos de adivinas, lecturas de horóscopos, el relato de un partido de fútbol y la entrevista a una candidata a reina. Apagó el receptor y anduvo deambulando por su habitación tras objetos dejados fuera de su sitio habitual.

Un huaco de la cultura chimú representando un hombre barrigón de tres cabezas, había sido puesto sobre una repisa cerca de la cabecera de la cama, con evidente riesgo de caerse. Nunca antes la figura de greda le había llamado tanto la atención. Seis ojos rígidos y acusadores; tres bocas apretadas como si quisiesen guardar algún secreto terrible. Mil años contemplando un devenir, civilizaciones tras civilizaciones, asistiendo sin sobresaltos a los cambios y a los retrocesos. ¿Qué fantásticas manos modelaron la figura? Otros mil años pasarían y el huaco impertérito continuaría escrutando la vida y la muerte, el sueño, las quimeras, los ejércitos invencibles aplastados por la rebelión del hambre. Andrés cogió la cerámica y la puso en un lugar más seguro, de cara a la pared. Ningún ruido se escuchaba en la casa a la hora de la siesta sabatina. Unos dormían modelando sueños dulces y otros, intentaban huir despier-tos de pesadillas inmutables.

* * *

Cerca de la medianoche, el teléfono sonó con insistencia como si quisiese anunciar un hecho espeluznante. La campanilla repiqueteaba lanzando un sonido estridente y lastimero. Andrés creyó soñar, pero sintió la voz de su padre en la salita, molesto por aquella interrupción inoportuna. La conversación fue lacónica y Oscar Madariaga se quedó junto al teléfono dudando si hacer una llamada. Un leve temblor en la barbilla y en los ojos, le impedía controlarse.

Desde el dormitorio Sofía le preguntó quién había llamado y Oscar nada dijo aplastado por una reali-

escritorio y él tratando de hallar en ese desorden prodigioso, una libretita de tapas negras. Si la buscó incluso en el canasto de los papeles, por si la estúpida de la fámula en su manía por botar las cosas útiles, la hubiese arrojado allí. Cuántas veces la había increpado por meter sus manos en el escritorio; si apenas sabía lavar platos y fregar el piso y se permitía hojear sus libros para ver las ilustraciones. Incluso cierto día la vio sentada en su sofá predilecto, fumando con unos aires de gran dama, que impulsaban a cogerla de las mechas y arrojarla a la calle. Esas mujeres eran un estorbo, sucias y analfabetas, pero ¿donde le había puesto su libretita? Al fin, entre un montón de revistas jurídicas la halló, mas no supo entonces si ésta le podría reportar algún beneficio. Una búsqueda inútil y sin sentido, como para justificar su intranquilidad, ese apremio torpe hasta llegar al insulto.

Sofía y Andrés se quedaron en el salón, sosteniendo una conversación trivial, pero ambos miraban la puerta cerrada de la biblioteca, temiendo algún acontecimiento brusco. Sofía acusaba tal abatimiento, que si alguien la hubiese visto, se habría imaginado que la mujer lamentaba la muerte de un hijo. Y Andrés como si estuviese sentado sobre tachuelas, se movía en su asiento buscando posiciones disparatadas.

Pasado la medianoche, Sofía se levantó y se introdujo en la biblioteca sin hacer ruido. Las luces estaban apagadas, y a tientas buscó una lámpara de pedestal. Oscar Madariaga yacía sobre el escritorio con los brazos abiertos y la cabeza ladeada. Estaba inmóvil y Sofía en una actitud inusitada en ella, posó su mano en el hombro de Oscar para acariciarle; y él balbuceante la miró con sus ojos hueros saliendo de un abismo. Por un buen rato se miraron como si anhelaran intercambiarse secretos, darse aliento, decirse palabras amables, pero la indecisión postergaba una y otra vez ese deseo. Entonces Sofía se fue a sen-

tar en un rincón de la biblioteca, junto a un pedestal de caoba y bronce.

Nunca había visto a su marido en similar trance, sin embargo no entendía bien la verdadera dimensión de los hechos. Algo andaba mal, pero quizás sin relevancia, y como una cónyuge sumisa, voluntariamente se deslizaba a un segundo plano, contemplando una escena poco frecuente, donde ella no tenía participación y cuya única tarea consistía en permanecer callada. Así, vio las evoluciones de Oscar en su empeño por sacudirse las angustias tratando de leer un libro, de ordenar papeles ya ordenados apenas unos minutos atrás, de hacer lo mismo con unos lápices puestos de pie en un recipiente de cuero, de abrir los cajones en busca de objetos inexistentes; y si había algo de interés, como un bobalicón, lo examinaba ignorando su uso.

Por un momento creyó estar solo en la biblioteca, pues comenzó a hablar con un individuo imaginario sentado a su frente, en una silla también imaginaria. Le hablaba de sus triunfos y fracasos, de su ingenuidad en creerle a Parsifal Suárez y a Primitivo Basterrica, un enano diabólico, quienes se marchaban del país en compañía en sus amantes, con las faltriqueras repletas de billetes. Un dueto —reforzado a un cuarteto— eximio en las estafas. En cualquier momento, la policía iría por él, la única punta visible del triángulo, de esa sociedad fantasma quebrada al primer remezón. Quizás le faltaba valor para enfrentarse a la justicia, a sus propios amigos y conocidos, a los juristas, a las leyes enmarañadas cogiéndolo sin contemplaciones para destrozarlo. Un idiota de nacimiento habría tenido más cordura en armar aquella sociedad etérea. El gritaría su inocencia; he sido embaucado, he sido embaucado; pero los jueces se iban a desmayar de tanto reirse. Era preferible otra determinación a tener que soportar la

jauría del derecho, a esos hombres de apariencia imaculada y recta, pero proclives a la seducción del dinero, a dejarse corromper sin asco.

Se levantó con lentitud empujando la silla hacia atrás con las corvas. Desde un anaquel sacó una llave oculta entre dos libros: "Hijo de ladrón" y "El roto", y abrió uno de los cajones laterales de su escritorio, donde guardaba documentos, escrituras y títulos de acciones. Debajo y en un rincón, una pistola de culata de nácar en su funda de cuero. A tientas buscó el arma, mientras sus ojos ausentes de parpadeo, lagrimeaban profundamente. Al desenfundar el arma y sentir el contacto helado del metal, los músculos de su cara se contrajeron y su piel se puso tersa como una figura de cera. Algunas gotas de sudor comenzaban a formarse en esas sienes despobladas de cabellos. Con parsimonia y sin alardes, volvió a sentarse mientras ponía la pistola sobre el escritorio.

Quieta y anhelante, Sofía observaba el ritual sin atreverse a interferir. Oscar volvió a coger el arma y se la apoyó en la sien y sólo en ese instante, reparó en la presencia de su mujer, un fantasma impidiéndole consumir su voluntad; sin embargo, él había soportado muy bien al alcance de su determinación para desistirse, pero un largo rato permaneció con el arma pronta, como si deseara acostumbrarse a la idea suicida. Un caudal de imágenes pasaban por su cerebro, en secuencias fugaces. Cuando dejó de sentir el contacto del cañón sobre su piel, hizo funcionar el percutor con un movimiento rápido, tal vez para no arrepentirse.

La violencia del impacto le remeció la cabeza, describiendo su expresión y sus ojos, cogidos por el torbellino de la ausencia de luz y el metal traspasando el nervio óptico; y sus manos empeñadas en lograr sin conseguirlo, un punto de apoyo en la mesa, pero sólo encontraron el vacío y Oscar concluyó so-

bre la alfombra, adquirida recientemente para la casa de Vitacura...

* * *

Al morir su padre, Andrés experimentó una rara sensación de inestabilidad y culpa. Si tal vez lo hubiese alertado con mayor energía sobre los peligros de una sociedad minera, capaz de proporcionar chorros de dinero aún sin comenzar a producir, a lo mejor se salva. Pero no fue convincente y no pudo vencer la obstinación paterna, permeable a la vida muelle. Recordaba que su padre —siendo él un adolescente— le hablaba en forma directa sin tapujos sobre la sociedad humana. De vez en vez lo llevaba a ver las poblaciones obreras recostadas en las márgenes del río Mapocho y después a los barrios elegantes de la burguesía. Este cambio brusco golpeaba la sensibilidad de Andrés sin entender entonces, del porqué de esa diferencia odiosa e irritante. También el padre solía aproximarle libros de crítica social y Andrés herido en su curiosidad, los devoraba impregnándose de nuevos antecedentes y acrecentando su visión de la sociedad de su tiempo.

Cuando Oscar, no obstante, quiso detener las ansias del joven (él ya comenzaba a flaquear) cada vez más receptivo y exigente en temas —y porque ahora le parecía pernicioso e inadecuado para su edad— se encontró con la triste sorpresa que su hijo se había transformado en un lector insaciable, y un crítico agudo y rebelde. Quiso detener tardíamente la vorágine, pero ésta iba en aumento y amenazaba con destruir todo. Así, por años, Oscar inició entonces una lucha sostenida en contra de lo que él había sembrado, sin conseguir el menor avance; por el contrario, no hacía sino reafirmar las inclinaciones de Andrés. Al último, confiaba que los años y la madurez terminarían por enfriar la vocación del rebelde.

mas el tiempo fue perfilando y acerando esta voluntad selectiva, hasta llegar a la detención de Andrés que sería el punto culminante.

A través de una llamada anónima, Oscar Madariaga supo de la detención de su hijo. Al comienzo, pensó en una broma de mal gusto, cosa de estudiantes, pero cuando Andrés no regresó a casa esa noche, se inquietó. Ingenuamente escuchó las noticias en la radio y en la televisión al otro día, pensando que tal vez dijese algo sobre su hijo. Ni ese día ni ningún día se hizo mención al asunto. A Oscar le era duro reconocer que las detenciones practicadas por la policía política se realizaban en silencio y en secreto. Eran acciones íntimas y sigilosas, limpias y sorprendidas. Como abogado y ante la insistencia permanente de Sofía, principió un peregrinaje por ministerios, oficinas, cuarteles. Habló con diputados, senadores, jueces. Nadie daba crédito a su historia. Un colega le dijo que tal vez el joven se hubiese fugado con alguna corista. "¿La policía política tras un estudiante como Andrés? No, Oscar. Tu hijo se hace hombre participando en una aventurilla galante."

A dos semanas sin tener noticias de Andrés, recién Oscar se convenció que su hijo había sido raptado por la policía política; y lo que en un principio le incomodaba y le disgustaba, ahora lo estimaba propicio, pues pocos sabían la situación de su hijo, evitando un escándalo social de proporciones si se percataban de la verdad a través de la prensa, siempre adicta a la exageración y al escándalo. Alguien le habló de posibles torturas y Oscar, incrédulo a esa observación, creía que a Andrés nada le harían por tratarse de un joven. Tampoco creyó, cuando después de quedar libre, su hijo le mostró las huellas inconfundibles de las torturas, el apremio y la brutalidad.

Oscar, prefería seguir en su mundo plácido, eludiendo la verdad, alimentándose de mentirillas pia-

dosas, y cuando alguien le surgió incoar una querrela, sintió miedo por las represalias. Lo sensato era quedarse callado; total, su hijo estaba libre y si provocaba alboroto quizás podrían surgir nuevas molestias. Debía doblar la cerviz frente al abuso de la autoridad, las injusticias, aún cuando éstas le repugnaban pero de un modo simbólico. A menudo se le veía disertar sobre este tema con un entusiasmo lúcido, capaz de convencer a un torturador profesional; no obstante, en el ejercicio de la abogacía, actuaba siempre bajo el impulso del dinero y no tenía empacho en defender a la burguesía, cuyo apetito voraz e insaciable, lo estimulaba a perfeccionarse en sus métodos. Se condolía de la pobreza, pero al mes auspiciaba cinco lanzamientos.

Algo cínico que le permitía vivir con plenitud. Su espíritu se nutría con ideales nobles de aquellos capaces de causar admiración e impulsar a ser imitados. No obstante, al suicidarse, las contradicciones de su existencia se manifestaron con fuerza. Por años eludió el enfrentamiento, pero en un segundo desnudó su alma, sus vísceras, para definirse. Y Andrés también se planteaba ahora que, tal vez, con los años imitaría a su padre. Ello implicaba renunciar y romper con su pasado de fascinación, de luchas, viviendo en la inseguridad, besando a cada momento a la muerte. ¿Es justo hacer este planteamiento cuando se está agobiado por el dolor? ¿Y si así fuere, lo esperaba una bala en la cabeza? Por cierto, no. Sólo un idiota caería en una trampa, al asociarse con rufianes. Mas, él poco sabía del mundo y de sus avatares. de las pequeñeces, de apetitos y desenfrenos. ¿Claudicar? Jamás lo haría; no obstante, las dudas frente a una nueva realidad lo impulsaban a hacer un examen profundo. ¿Y el tiempo en la cárcel y las torturas, no tenían significación? ¿Todo había sido vano y fútil, como si se tratara de un juego divertido? La muerte de su padre era la culminación de

una vida pródiga en desatinos, de mirar la existencia a través de un prisma equivocado, de una búsqueda desesperada por hallar el camino fácil en vez de contagiarse y amar con vehemencia el riesgo de la lucha.

Poco a poco, no obstante, Oscar Madariaga se fue debilitando y su rebeldía de juventud se aplacó igual a un volcán inactivo. ¿Era su sino? Quizás, pues su rebeldía era formal, de salón, de tertulia, de disputas familiares. En cambio Andrés, ya exhibía un nutrido quehacer.

Con la muerte súbita de su padre, Andrés no supo en un comienzo que camino intentar. Sofía aplastada por un abatimiento brutal, no lograba separar de su mente los minutos tensos del suicidio. Allí, impertérrita, asistiendo al ritual de la exterminación voluntaria, permanecía quieta e inanimada como un mueble en el desván, pero sus ojos cogidos por la sorpresa contemplaban, segundo a segundo, el acontecer sin intervenir cumpliendo por enésima vez el mandato de cónyuge impersonal y sumisa. Ella a lo sumo en el momento crucial, le habría ofrecido a Oscar una taza de té para demostrarle que incluso en esas circunstancias, seguía siendo útil.

Oscar no dejó nunca a su cónyuge ser atenta ni tampoco manifestar opinión alguna, en el momento más dramático cuando ambos necesitaban con mayor urgencia comunicarse; tal vez decirse ciertas palabras de aliento y de apoyo. Todo quedó, sin embargo, en gestos inconclusos, en palabras secretas, que jamás Sofía se atrevió a pronunciar delante de su marido. Aisladas recriminaciones por celos y nada más. De alguna manera ella vio en el suicidio de Oscar, su propio suicidio. Aquél lejano intento de suicidio cuando la embarazaron, se realizaba ahora con todo su patetismo.

Por meses estuvo sin salir a la calle e incluso permanecía en sus habitaciones, en una reclusión tan

severa que se alimentaba mal. Al cumplir seis meses de viuda, principió a visitar a unas tías lejanas, por las tardes, donde solían tejer chombas y calcetas para los huérfanos y el hospicio. Así encontró algún remanso al realizar esa actividad de gente piadosa, cierta justificación a su vida, siempre roma y minúscula. A su hijo lo veía poco y cuando apremiados por las deudas, vendieron la casa de calle Seminario, Sofía se fue a vivir donde las tías tejedoras, y Andrés a una pensión para estudiantes.

En las mañanas, Andrés asistía a la universidad, y en las tardes trabajaba en la oficina de un abogado amigo de su padre, como procurador. Ello le permitía reunir algún dinero para subsistir sin necesidad de molestar a su madre. Cada domingo, la iba a visitar y ella no demostraba satisfacción; por el contrario, cierta incomodidad ya que debía suspender su juego de naipes, permitido sólo ese día, pues los restantes los dedicaba a tejer chombas y calcetas. Aún cuando no cumplía los cincuenta, demostraba tener la misma edad de sus dos tías lejanas, próximas a septuagenarias, esmirriadas, coloraditas y el pelo amarrado a la nuca en forma de tomate.

* * *

Cierto atardecer gris y nebuloso, Andrés divisó a Regina a corta distancia, sentada en la mesita de un café. La joven leía un libro acodada en la mesita con tanta fruición que al dar vuelta las hojas, apenas si se daba tiempo para mirar su café humeante y un trozo de pan con mantequilla. A tientas buscaba la taza y sorbía sin separar la vista del texto. En silencio, Andrés se puso junto a ella y Regina no se percató, aun cuando el hombre le quitaba luz. Sus cabellos tomados por una cinta azul a la nuca, resplandecían y olían bien. Su chomba apretada contribuía a exaltar su busto, esas formas amadas y gloriosas, co-

mo cúpulas de templos paganos, y sus ojos sorprendidos se sumergían en la lectura en la búsqueda de misterios. Afuera una llovizna insistente manchaba la tierra, las techumbres y el pavimento. Los peatones agilizaban el paso oteando el cielo, tratando de adivinar si iba a llover.

Tres veces carraspeó para hacerse notar apoyándose en la mesa, pero Regina continuaba absorta en la lectura, y si un terremoto hubiese desplomado las paredes y hundido el suelo, de seguro apenas la joven habría levantado la vista. Entonces, Andrés se sentó junto a Regina arrastrando una silla ruidosa. Si Regina no hubiese sacado el pañuelo para limpiarse el lagrimal, Andrés se queda por horas allí, contemplando a esa mujer moldeada por la fantasía más exigente. Los ojos de ella, entre sorprendidos y alegres, aprehendieron la figura del hombre y se llenaron de una lagrimosidad para expresar su regocijo. Se tomaron de las manos y jugaron largo rato con los dedos, entrelazándolos. En la mudez se volvieron a hacer promesas de amor; era el lenguaje del silencio tan antiguo como la especie humana. Por debajo de la mesita se entrecruzaron las piernas buscando el calor ajeno por un mes, el contacto capaz de reeditar aquellas tardes sublimes en el Parque Forestal o en el lecho florido donde se muere, se nace y se alcanza la gloria.

Andrés miraba a su alrededor con cierta inquietud. Podría estar vigilado por algún esbirro de Horacio Ramírez, esas últimas semanas extrañamente inactivo: no obstante, en cualquier momento retornaría para seguirle acosando y ahora con mayor énfasis después del suicidio de su padre, pues hubo quienes lo atribuyeron a razones políticas. De seguro, Abelardo y Horacio Ramírez respetaban su dolor y no querían importunarle por ahora con interrogatorios. Un cúmulo de sinsabores y molestias —sobre todo en la universidad— le significó el suicidio, aun cuando era

frecuente que esa determinación fuese tomada por muchos individuos, en general agobiados por la miseria y las enfermedades. Se tejieron tantas y variadas historias sobre su padre que el asunto daba para una novela truculenta. Al segundo día de fallecer Oscar, Regina le hizo llegar a Andrés una misiva secreta dándole el pésame a nombre del grupo y excusándose de no hacerlo en forma personal. "Deseo abrazarte en esta hora amarga. Te sé fuerte y con entereza para sobrepujar este golpe, Ansío verte a la brevedad. Dentro de estos días te comunicaré dónde. R". Dentro de estos días te comunicaré dónde. R".

Varias semanas estuvo aguardando la oportunidad y sólo divisaba a Regina en forma pasajera en el patio de la escuela, sin atreverse a nada. Una tarde, a la hora del crepúsculo, sin embargo lograron verse a solas en la habitación de un hotelito. Largos minutos estuvieron abrazados sin proferir palabra. Luego se miraron como amantes desunidos por la guerra, apenas si un instante para decirse intimidades y yacer con igual apremio. Disponer de más tiempo era una locura. Cada vez las entrevistas duraban menos; se amaban a saltos, tan breves como un latido o una pestañada. "¿Volvernós a reencontrar?". Sí, pero en fechas indeterminadas cogidos por el miedo. Siempre a Andrés le quedaba la sensación de que Regina fuese a morir en la noche; al despedirse la abrazaba con fuerza hasta que la joven casi desfallecía. También la besaba intentando atrapar sus palabras, su aliento y sus labios húmedos como si estuviesen impregnados de rocío. "¿Mañana?". Era un albur hablar de mañana y del futuro; vivían del presente loco y desesperanzado, sin hacerse promesas de ninguna laya; solos, irremediamente solos.

Esa tarde en el café se trataba de un encuentro casual, pero no pudieron resistir el apremio de la ausencia y de largas jornadas distantes. Apenas diez minutos y Regina le rogó se marchase. Al salir a la

calle, un hombre alto y grueso, de cabellera enmarañada y ojos aplastados por las gafas, se fue a sentar donde Regina. Llevaba puestos guantes de cuero y un chaquetón de castilla con capucha. Se saludaron moviendo las cejas y el hombre puso las manos entre las manos de Regina un libro empastado. Intercambiaron algunas palabras y el hombre se retiró moviendo sus brazos descomunales. Entretanto Regina guardaba el libro empastado en su bolso de mano y concluía su café bebiendo su último sorbo.

Andrés la vio alejarse. ¿Cuanto tiempo pasaría sin un nuevo encuentro? Semanas o meses, pero si le dolía la idea, por otra parte se congratulaba de amar a una mujer valiente y noble, capaz de dar todo a cambio de nada.

Desde el fondo de la avenida ancha, mientras seguía la llovizna cayendo y manchando con pintitas fugaces la tierra y las techumbres grises, la joven se detuvo por algunos instantes; breves instantes para mirar quizás por última vez a Andrés Madariaga y hacerle llegar un saludo postrero, de adiós definitivo. "De repente voy a dejar de ir a la Escuela", le había dicho ella en cierta ocasión y ahora, en ese gesto lejano comprendía el propósito de Regina al abandonar la placidez y entrar de lleno a la vida pletórica en sobresaltos, inseguridades, trampas, y todo por amar la verdad y la justicia.

Desde lejos la figura de su bien amada parecía desvanecerse entre la llovizna y la bruma. Andrés quiso aprehender ese último instante con devoción y gratitud; herir su retina para siempre con aquella escena; construir recuerdos para proyectarlos alguna vez en el futuro. ¿Sólo recuerdos o el ejemplo de una existencia ofrecida al holocausto? Infinidad de veces repitió el nombre de Regina, alcanzado por la realidad. Llovía sin premura, sin alardes, como una advertencia. Bajo el alero de un quiosco decidió capear la lluvia, más el viejo que atendía la venta de revistas

y golosinas lo empujó con la punta de su bastón, porque tapaba sus mercaderías.

A paso lento y sin importarle mojarse, anduvo por callejas transversales. En un portal dos niños limpiaban sus zapatos embarrados, con un palito aguzado. Más allá una mujer abría su paraguas negro en el umbral de su casa. Desde el interior se oía el llanto de un niño y las risas de otros haciéndolo callar. Por momentos la lluvia se hizo más intensa, y Andrés contra su voluntad, debió refugiarse en un zaguán iluminado por un farolito de vidrios opacos, color azul.

En cuclillas y apoyándose contra la pared, un niño arrebujado con ganchos, zapatos descomunales y deformados por el uso, también se protegía del agua. A lo sumo tendría siete años y cuando vio aparecer a Andrés, se arrinconó aún más por temor a que lo desalojasen. De vez en vez tímidamente sacaba sus manitos lívidas y se las calentaba con el aliento. A causa de la luz del farolito y del frío, el niño poseía un color azul intenso. El pelo abundante y empapado le cubría la frente y las cejas. Sus ojos rehuían a los de Andrés prefiriendo mirar hacia el suelo. Amainó un poco y Andrés regresó a la calle; detrás de él y a unos diez pasos, el niño lo seguía con la cabeza cubierta con un cucurucho de cartón, doblando las piernas como si padeciese un terrible mal, pues los zapatos descomunales y la suela con orificios, lo obligaban a mantener el equilibrio en forma trabajosa. Al pasar junto a un tarro basurero se detuvo e introdujo las manos para registrar su contenido.

Aún cuando la lluvia no era intensa, pocos transeúntes había en las calles dispuestos a mojarse. Andrés, como si quisiese desafiar la naturaleza, deambulaba igual a un forastero abrumado por la ciudad ajena. La pésima iluminación de las calles, el barro vivo de algunas aceras, ofrecían trampas mortales para el transeúnte desprevenido. La oscuridad se iba hacien-

do más intensa, de un azul marino, como una mancha gigantesca de tinta vertida sobre el firmamento.

Cansado y aterido de frío, Andrés entró a un café. Escasos parroquianos bebían en silencio en tazas humeantes; algunos comían sopaipillas y picarones bañados en chancaca. Desde el "wurlitzer" un yanqui cantaba como si lo estuviesen torturando. La orquesta también parecía estar bajo esos efectos, pues eran puras estridencias, sonidos agudos, chillidos, algo así como si las estanterías repletas de tarros y cristales de un almacén, se estuviesen desplomando una tras otra. Pero la mano piadosa del dueño —un gordo chiquitito con una cabeza brillante y lisa como canica de cristal— disminuyó el volumen de la máquina a instancias de dos muchachas que frente a sus tacitas de café, conversaban acodadas sobre la mesa. Después del yanqui, cantó en francés una mujer con voz de ultratumba, susurrante, íntima, como si su propósito no fuese hacerse entender. Otros también reclamaron y el gordo se vio forzado a aumentar el volumen.

Como si quisiese no incomodar a nadie, Andrés se ubicó en una mesita del fondo, lejos del "wurlitzer", dándole la cara a las muchachas que acodadas sobre la mesa, interrumpieron su conversación para mirar al recién llegado. Se hicieron señas mientras reían y después se dijeron secretos. A la mano izquierda de la entrada, un hombre de impermeable negro y sombrero de fieltro, principió a mirar con insistencia a Andrés. Sus ojos eran taladrantes y duros como el barreno. Leía un diario ajado que movía en todas direcciones para poder sin ser notado, espiar a discreción.

A la francesa, siguió otro yanqui menos ruidoso que su antecesor, más con pretensiones de poeta, ya que antes de cantar, un narrador en castellano habló de sus bondades como vate del amor y de la juventud. Como si estuviese aguardando el inicio de la

nueva canción, el hombre del impermeable se puso de pie y con disimulo se dirigió hacia la mesa de Andrés, ajeno por completo a los propósitos del extraño. De nuevo el narrador exaltaba en medio de la interpretación, la sensibilidad poética del cantante, a quién se le llamaba "el hijo predilecto de Chicago". Recién cuando el nombre del impermeable se sentó junto a Andrés Madariaga, comprendió éste que se trataba de un policía. Su olor, sus ademanes, la manera cínica de mirar, su rudeza, conformaban al auténtico policía. Desde el interior de su impermeable sacó la placa conminando al joven que le mostrase su documento de identidad. Sin alterarse, Andrés obedeció la orden y el policía por largo rato estuvo examinando el carnet, la foto, los números, la firma, la huella digital con una acuciosidad exasperante. Quería encontrar alguna anomalía para detener al joven. "¿Dónde vives?". "En una pensión para estudiantes en calle Amunátegui". "¿Y dónde estudias?". "En la Escuela de derecho de la Universidad de Chile en la calle Pío Nono". "Si sé dónde está la Escuela de derecho. No soy un ignorante".

No pudiendo practicar una detención por un carnet sospechoso, el policía buscaba otro mecanismo más sofisticado para hacerlo. "¿Esperas a alguien en este recinto?". "No; tan sólo deseaba servirme un café para espantar el frío y la lluvia". "También sé que hace frío y está lloviendo. ¿Se siente molesto por tantas preguntas?". "Es su trabajo". "¿Ahora usted me quiere decir que somos unos preguntones y fisgamos por placer? Mira; es mejor que te vayas a acostar a tu pensión". Y le dejó el carnet sobre la mesita. Andrés salió a la calle, sitio de realidades y residencia anónima de vagos y trashumantes. El cantor poeta finalizaba su participación y nadie puso otras monedas en el "wurlitzer", como si seguir escuchando el contenido de su vientre, los obligara a huir.

A la pensión llegó cerca de la medianoche. Sentado en una silla con el respaldo roto, Horacio Ramírez hojeaba una revista en el centro de la pieza de Andrés para obtener la mejor luz. Parecía nervioso, pues buscaba un sinnúmero de posiciones en su esfuerzo por hallar la más plácida, aquella que le permitiese seguir un largo rato de quietud. O la silla o él mismo eran inconvenientes demasiado poderosos, así que daba saltos y bufaba, como si por obligación estuviese sentado.

Al aparecer Andrés, se levantó con presteza y fue a saludarlo de mano, mientras se disculpaba por la frescura de haber invadido el recinto. Mas, como hacía frío en el exterior, se permitió ingresar a la pieza para mayor comodidad. Enseguida, habló del largo tiempo sin verse, de todo ese tiempo preñado de acontecimientos y no libre de sorpresas. Le habló del suicidio de Oscar ("una lamentable decisión") y de la muerte de Nadia ("una infeliz prostituta") cuyo caso se iba tornando más apasionante con el tiempo. Varias nuevas tesis estaba utilizando, pues lo que en un principio resultaba ser un simple suicidio, luego un crimen corriente, ahora, surgían fantásticas coincidencias que lo hacían suponer en un asesinato político practicado por cierta organización extremista. Dijo tener pruebas irrefutables para demostrar ese punto de vista. Documentos y sobre todo, confesiones de miembros de aquella organización, encarcelados en esos instantes. El señor Abelardo le había exigido resolver el asesinato a la brevedad, pues desde las esferas del gobierno existía una fuerte presión. "Quizás, sea usted quien nos pueda ayudar en el último tramo de esta madeja. ¿Quién es el jefe de la organización de la cual usted forma parte? Solo el nombre, Andrés, y le juro por Dios que jamás lo volveremos a molestar".

Su primer impulso fue responderle de un modo grosero, indignado. Le importaba un bledo que lo

siguieran acosando y por tiempo indefinido. Si luchar por ideales era eso, en buena hora, pues aceptaba el desafío, la hostilidad persistente e implacable. Luchar era sufrir y morir; desvivirse por causas justas y nobles. Horacio Ramírez le solicitaba un imposible; algo ajeno a sus principios más sólidos, a su dura formación revolucionaria. Era simple delatar a sus amigos y luego entregarse a la vida prácida y ajena a los sobresaltos; concluir sus estudios e instalarse con real esplendor a ganar dinero desprovisto de todo escrúpulo, mas sus luchas internas lo frenaban a seguir ese camino. Muchas veces dudó, pero nunca en lo sustantivo. ¿Delatar a quién? Sus vínculos con la organización estaban rotos. Recordaba algunos nombres, pero de seguro no eran los jefes. Tal vez el hombre alto y grueso de cabellera enmarañada que esa tarde se entrevistó con Regina en el café era el jefe, o simplemente, un amigo, algún compañero de universidad, un vendedor de libros. Poco importaba ahora su identidad o la función que cumplía. "¿Y bien?" insistió el policía, impacientándose. Andrés comenzó a acercarse a Horacio y en forma confidencial le dijo en la oreja: "Nuestro jefe máximo es el señor Abelardo".

Horacio Ramírez, retrocedió sorprendido y asustado. Del estupor pasó a la indignación, no sabiendo si reírse, insultar a Andrés o meditar sobre aquella confesión increíble. Los tiempos eran para creer cualquier cosa. ¿Pero el señor Abelardo inmiscuido en una organización extremista? Ni pensarlo; el señor Abelardo había demostrado poseer lealtad con la policía; en su oportunidad no tuvo empacho en liquidar al tonto de Asdrubal de la Fuente, cuando el sastre cometió una serie de deslices que comprometían a la policía política. ¿No sucede acaso que el exceso de lealtad y mejor disposición para realizar los trabajos más exigentes es el mejor disfraz para el traidor? Sólo un imbécil podría creer esa historia y An-

drés para reirse de él, la contaba. ¿Y si en realidad el señor Abelardo fuese el jefe de la organización? ¿Por qué tanta demora en hallar al huidizo jefe, si disponían de soplones, esbirros, torturadores trabajando día a día en su ubicación?

Horacio Ramírez se volvió a sentar en la silla rota, pero ya no daba saltos ni bufaba. Repetidas veces miró la hora en su ostentoso reloj pulsera, y arreglándose los calcetines, empezó a hacer un pequeño análisis en voz bajísima. Al final de cada pensamiento movía la cabeza desautorizándose asimismo. Mas, en un momento de rara lucidez se percató del engaño y como no quería aparecer pitorreado, se rió exagerada y ruidosamente, golpeándose las rodillas mientras se balanceaba. Entonces, alabó la ocurrencia de Andrés ya que el asunto le parecía en extremo gracioso. Por cierto iba a comentar el incidente con el señor Abelardo a la brevedad, y confiaba que su jefe lo hallaría muy divertido; no obstante, Andrés soslayaba el interrogatorio y como él venía a una labor específica, sólo se marcharía de allí con el nombre solicitado. Pero, el cansancio de la jornada amén de las sorpresas que significaban interrogar al joven, lo disuadieron a postergar la entrevista.

Cuando se marchaba abriendo la puerta a la noche y sus encantos, pues había dejado de llover y el cielo estaba limpio y estrellado, dijo: "La próxima vez no me vaya a decir que el presidente de la República es el jefe de ustedes". Y se fue, dichoso, aliviado de su función de policía, por su frase amable.

De seguro, Horacio Ramírez retornaría en breve. Si esa entrevista se había caracterizado por ser deferente y tranquila, Andrés no podría pretender un tratamiento análogo en el futuro. Todos los interrogatorios comenzaban en forma persuasiva para ir luego derivando hacia una forma compulsiva hasta llegar al apremio corporal. Su experiencia era vasta y su prolongada estadía en centros de tortura, segundo

a segundo se lo estaban recordando. Ahora en su habitación, trataba de romper con el pasado, los recuerdos hostiles, la propio Nadia muriendo de a poco y él en la impotencia de prestarle ayuda. Y Regina en esa tarde lluviosa en demanda de un horizonte de perros. El suicidio de su padre, también lo perseguía con obstinación y si a veces lograba cierta tregua, Horacio Ramírez la interrumpía.

Ciertos olores del recinto le recordaban la pieza de Nadia, como si todas las pensiones del mundo estuviesen impregnadas de idéntico olor. Allí no había biombos, ni camas legendarias, pero el cielo estaba manchado por las típicas filtraciones de lluvias, y el piso de listones de madera, remendados con trozos de latón. Si dos ratas en amable merienda en ese instante estuviesen engullendo desperdicios en algún rincón de la pieza, no sería nada sorprendente, porque los roedores son como algo indispensable y su ausencia podría ser motivo de mengua a la condición sórdida que por fuerza debe tener toda pensión para estudiantes.

Recién cerca de las tres de la madrugada, logró ordenar sus sueños interrumpidos por pesadillas y una sed de naufrago que lo obligaba a ir permanentemente al lavabo. A las siete el pitazo del tren a Puerto Montt, le impidió en esas cuatro horas reestablecer todos sus quebrantos. Era un pitazo lastimero, como si anunciara el incendio de una ciudad o su inminente bombardeo. Se levantó con lentitud aún sin poder despertar del todo. Hacía frío y una claridad tímida asomaba por detrás de la cordillera antecediendo la aparición de un sol remolón. Desde el edificio vecino llegaba el golpe acompasado de martillos y de carretillas de mano, subiendo y bajando por los andamios de madera.

Mientras desayunaba —un pan con una película de margarina y una taza de té— leía una novela; sin embargo, sus pensamientos estaban distantes de la tra-

ma y más bien hacía análisis tras análisis sobre su peculiar situación. Después de la universidad iría a almorzar donde su madre. Le agradaba visitar la casa de las tías ubicadas en la Avenida España cerca del Club Hípico. Todo en ella era atractivo y misterioso; los muebles traídos desde Inglaterra; un piano desde Alemania; y la vajilla procedente tanto de Francia, Checoslovaquia e Italia, hasta los libros en inglés o francés, sumergidos en el polvo y el silencio —pues el padre de las tías se jactaba de haberlos adquirido por metros por su bella empastadura— constituían parte de ese bazar fantástico. También los cuadros quiteños falsificados, europeos de pésimo gusto representando batallas, procesiones y un naufragio, además de algunos chilenos de la generación del 13, llenaban las extensas galerías, los dormitorios, las salitas y el comedor siempre en penumbras. En ese mundo se movía doña Milagros, una sirvienta vieja como la misma casa quién se ufanaba de haber amamantado a las tías, pero sus pechos ahora estaban secos, igual que sus ojos y la frente rayada. Cuando Andrés hizo sonar la campanilla (las tías se resistieron siempre a colocar un timbre eléctrico) doña Milagros asomó la cabeza entre un cortinaje vetusto, capaz de caerse a pedazos si otras manos lo hubiesen accionado.

Con solemnidad doña Milagros condujo a Andrés a una salita de estar interior, donde su madre y las tías tejían en silencio. Absortas en su labor, las tres mujeres se limitaron a levantar un poco la vista. Allí mismo almorzaron y Andrés trató de endulzarles las horas con historias divertidas e interesantes, sin embargo las mujeres dedicadas a comer y luego a tejer, no demostraron ninguna complacencia. Después de servir el té, doña Milagros se sentó en un rincón de la salita y desde las carteras enormes de su delantal, sacó sus gafas y con su solemnidad habitual se las puso, no sin haberle limpiado los cristales con una pun-

ta del delantal. Andrés comprendió que la lectura de la Biblia se iniciaba y doña Milagros con voz queda, susurrante y deslizando su dedo índice huesudo sobre el texto, les leyó parte del Génesis.

Sin perturbar la lectura y luego de besar a las mujeres en la mejilla, Andrés se retiró a la biblioteca adquirida por metros, donde los libros puestos en anaqueles de caoba, reposaban su silencio e inutilidad forzosa. Desde la muerte de don Crisosto Herrera —padre de las tías— los libros habían quedado reducidos a la inactividad, aún cuando el dueño sólo usaba de ellos para impresionar a sus amistades simulando leer en inglés o francés. Cada mañana las tías aventaban el polvo de la biblioteca con un plumero y apenas si corregían o modificaban la posición de los libros, pero esa tarde Andrés advirtió que habían sido cambiados, pues no estaban como él los había visto hacía una semana. Alguien ajeno a la casa de seguro los estuvo examinando en busca de algo que a simple vista era difícil reconocer.

Con cierta alarma y sin importarle interrumpir la lectura de la Biblia, preguntó a las mujeres si sabían algo sobre la caprichosa disposición de los libros. Doña Milagros se encogió de hombros, arrugando la nariz; las tías se miraron para interrogarse y poder dar una opinión conjunta; Sofía, en cambio, reveló alguna turbación pero dijo no saber nada. Como Andrés insistiese y mostrara un profundo interés, doña Milagros le dijo que el viernes en la tarde dos caballeros las habían visitado, porque deseaban adquirir la biblioteca. Trajinaron y revolviéron durante horas como si más les preocupara encontrar algo oculto, que averiguar la calidad de los libros. Uno de los hombres era de modales finos y el otro evitaba el diálogo en su obstinación por hallar lo que buscaba. Nos preguntaron si recibíamos visitas y como Sofía les manifestase que la pregunta era impertinente y ajena a una posible venta de la biblioteca, se mar-

charon prometiendo regresar en un camión para llevarse los libros.

No era usual en compradores de libros viejos evidenciar aquella conducta. Correspondía más bien a policías; no obstante, era un misterio la excursión a una casa libre de toda sospecha. Alguien tal vez había formulado una denuncia sobre la existencia allí, de documentos peligrosos o armas. Día a día la radio, la televisión y los periódicos informaban de la existencia de un plan subversivo para derrocar al gobierno. Y las tías, doña Milagros y Sofía, beatíficas tejedoras de calcetas, estaban involucradas en el descabellado plan según la policía política.

Apoyada en esa minuciosa e inteligente investigación, se colegía que también en el hospicio y en el orfanato existían más elementos subversivos, puesto que las cuatro mujeres les hacían llegar a través de las calcetas —según fuese la disposición de los puntos y su características— detalles de la asonada. Y así, por ese camino se lograba establecer nuevos y complicados mecanismos de vinculaciones entre las tías y sus huéspedes con otros grupos hasta llegar por cierto a Andrés, cerebro indésmentido de toda aquella organización; y como éste se negaba a revelar su propia identidad y a reconocer el liderazgo, trataban de arribar a él por un camino indirecto. Primero, un hostigamiento implacable y si se negaba a cooperar, reeditarían las técnicas de la tortura. Enseguida, lo dejaban libre y procedían a acosarlo, segundo a segundo, sin tregua como en la actualidad. Así reventaría por fin para plácemes del país. “¿Acaso usted no es un estorbo?”. Desde que nació, pues su madre lo miraba con recelo. Engendrado fuera del matrimonio podría resultar un hijo repelente, la vergüenza lapidaria persiguiéndola hasta la muerte.

Al principio cuando la estrechez los obligaba a vivir en casas pequeñas y compartidas. Andrés soportaba el rigor, pues lo hacía dormir con otros ni-

ños mayores que por lo común abusaban con él. Ya no era sensato seguir durmiendo con sus padres, ya que se daba cuenta y les estaba resultando muy preguntón y observador. Recién al cumplir doce, se trasladaron a vivir a una casa exclusiva para la familia, mas en aquella época su madre enfermó de tuberculosis y la trasladaron al sanatorio de Puento Alto.

Dos largos inviernos interminables sin las caricias de mamá o su preocupación de cubrirlo bien por las noches si se destapaba; en cambio ahora, tía Enriqueta —hermana mayor de padre, abandonada por arpía por su esposo— se fue a casa del hermano a cumplir las labores de madre, no lo era pues no quiso tener críos en los primeros años para no envejecer, lucir bien y disfrutar; y cuando quiso ya era demasiado tarde. Su doble frustración la atenaceaba hasta perder los sentidos, y en especial cuando Andrés la desobedecía o negaba su ascendiente sobre él. Enriqueta, otoñal desde varios inviernos, conservaba no obstante una belleza incólume, fresca. Tras ella no le era difícil ocultar su alma negra y atormentada.

Andrés prometió a su madre no ir ese domingo a visitarla, allanándole el camino para su partida de naipes, único solaz verdadero en una semana de tejer y tejer. Doña Milagros en aquella oportunidad y sobre todo si era invierno y llovía, cocinaba unas ros-cas de ensueño. Junto con esa bendición les daba de beber a las visitas de Sofía, un licor de almendras parecido a la horchata. Por cierto el juego de naipes se transformaba en algo amable, donde la gentileza de doña Milagros superaba la imaginación. Las tías de regreso a las visitas del hospicio y el orfanato, recién al atardecer se incorporaban al grupo de las jugadoras, autorizando prolongar la partida por una hora más. A las siete se marchaban las visitas y doña Milagros servía de comer, circunstancia que las tías

hacían propicia para narrar a sus compañeras, las incidencias de la tarde.

Ese mundo adocenado y rígido en su disciplina —no exento de algún atractivo— encuadraba con las expectativas de Sofía luego de la muerte de Oscar. Su vida agitada y en ascenso de meses atrás; se trastocaba ahora en algo quieto, de meditación como si recién hallase en esta nueva fórmula de vida, lo que por tantos años buscó sin éxito. Libre de sus obligaciones maternas y de conductora del hogar, regresó a los años de la juventud plácida e irresponsable. Su tiempo de esposa y madre era un paréntesis obligado para arribar con fortuna a su nueva existencia, como si fuese un camino ineludible en su tránsito hacia el estado de agnosia de la vida presente, aspiración de muchos. Ella no contribuyó en nada a formar su mundo; se lo hicieron sin su participación. Le dijeron un buen día que era hora de buscar marido como también en su oportunidad le enseñaron a conducirse, a bailar, a escribir cartas pulcras, a tejer a crochet, a zurcir, a bordar sábanas y nunca le preguntaron si le agradaba. Su único desliz, su única iniciativa le significó una preñez amarga.

Esos domingos de jolgorio y roscas, de licor de almendras, de recreo, Sofía los relacionaba con sus cumpleaños con tortas, helados, gorros, serpentinatas y el tarro de cocoa "Raff" disputado a ultranza. Y por eso ella se aferraba al mundo de ensueños capaz de restituírle el pasado del colegio de monjas, los calcetines largos, sus trenzas y su vestido de organdí crujiente y vaporoso, haciendo exclamar de envidia a todas las jovencitas del pueblo.

* * *

Gracias a su compañero, Andrés supo de Regina. Esos meses de invierno la ausencia de la joven era como anunciar su muerte prematura, al igual que la

muerte de las hojas. En su desnudez dramática, los árboles apuntaban hacia el cielo. Una lluvia displicente de hojas color ocre y amarillento tapizaban los caminos, las anchas veredas. Allí, al retornar a la madre tierra, estaban a merced de las pisadas de los transeúntes. Junto con el invierno se había marchado Regina quizás para siempre. Tal vez en esos instantes la joven estuviese expuesta a peligros mortales y él, allí, contemplando cómo caían las hojas en el Parque Forestal, al amparo de un excelente abrigo. Tantos senderos de recuerdos, de risas y promesas, de amores furtivos, de rozarse los dedos con timidez, de jugar a las rondas infantiles tomados de las manos, de silbar imitando a los pájaros; sin embargo, la realidad le mostraba sus fauces de espanto como si quisiese engullirlo. Más y más una soledad creciente lo iba empujando hacia un túnel.

Andrés intuía su drama, la persecución obstinada de Horacio Ramírez por averiguar y averiguar; en fin, se sentía aherrojado y sin esperanzas de salir. Debía sobrevivir a eso y a más; no en vano las torturas le dieron fortaleza, allegarse a un mundo de brutalidad sin límites y emerger airoso. Cualquiera debilidad o vacilación en esos momentos era entregarse maniatado. A cada instante lo sometían a nuevas y sofisticadas presiones, a un lento martirio para verle gritar su traición o morir. Desde todos los sitios se sentía cercado; hasta el aire estaba impregnado de tormentas infinitas, de gritos capaces de revivir las bestias antediluvianas. La gota de agua lenta de la tortura caía con regularidad y precisión en el lugar exacto. Ni un respiro de tregua. Y Regina desde aquella tarde lluviosa ingresó al miedo y a la zozobra, a quedarse en muchas oportunidades con los ojos abiertos y la ansiedad impidiéndole el reposo.

Esa mañana mordía el frío y como estuvo nevando en la cordillera durante tres días, aumentaba la crudeza de un invierno pródigo en heladas matina-

les. Desde temprano los pordioseros y vagos que habitaban bajo los puentes del Mapocho, habían encendido fogatas con estopa y diarios para sortear el frío. Junto a ellos sus inseparables cuzos enrollados, dormitaban al amparo del calor. Un horizonte filoso de montañas, sujetaba el viento y separaba en dos mitades la tierra negra y el cielo azul turquí.

Desde la ventana de su dormitorio Andrés lograba divisar la nave de la estación Mapocho, negra como vientre de barco alquitranado. Al desayunar con la premura de siempre, observó que un joven de su misma edad, flaco y con lentes gruesos como traste de botella, lo estaba oteando con el disimulo propio de quien desea narrar algún secreto sin atreverse. Varias veces hizo ademán de levantarse de su mesa e ir a compartir la de Andrés, pero lo retenía el temor o la cautela. Para distraerse, transformaba las migas de pan en bolitas del tamaño de la pimienta. Sus ojos, tras el cristal, se veían descomunales y violentos. Su nariz era larga y recta y el color de su tez, pálido.

Al salir Andrés a la calle, el joven de lentes gruesos lo siguió con zancadas largas, lo que le permitió darle alcance enseguida. Sin inmutarse, Andrés continuó su camino como si no hubiese advertido la presencia de su compañero de pensión, llegado a ésta recién la semana pasada. Los hombres caminaron uno al lado del otro por espacio de veinte metros y cuando Andrés se proponía abordar un bus, sintió que en la cartera de su chaquetón, le deslizaban un sobre. Si en vez de aquello le hubiesen puesto una bomba, no habría sentido tanta inquietud y ansiedad. Durante el trayecto no era posible examinar el contenido del sobre; menos hacer averiguaciones. Llevaba en el cuerpo un elemento perturbador y desconocido, quien sabe si un documento para comprometerle. Cuando se asomó por una de las ventanillas del bus para ubicar al causante de su infinito desa-

sosiego, lo vio caminar tranquilo y despreocupado hacia la Alameda. Los quince minutos del trayecto en bus los hizo con tanto sobresalto que, en cada pasajero, veía a un policía.

Al llegar a la Escuela de derecho se introdujo en un baño y rompió el sobre con negligente apuro, dañando el contenido. Sus dedos se enredaban al desplegar la hoja escrita a máquina, veinte líneas firmadas con la letra L. Estaba dirigida a él, sin mencionarle. La leyó sobresaltado varias veces y, poco a poco, su corazón principió a recibir el aliento mágico de las palabras tan bellamente dichas. Desde un lugar secreto, Regina le escribía una carta. Epístola valiente donde le hablaba de su disposición de abandonar familia, escuela, por el deber supremo que por mucho tiempo la llamaba a gritos. Ya habría oportunidad de un reencuentro cuando ameneciera y no importaba si ese amanecer se viese retardado por algún tiempo, ya que la noche que vivían no iba a prolongarse indefinidamente. Eso significa luchar con mayor ahínco y fortaleza, desdeñando toda forma perturbadora; las claudicaciones, la abulia, la negligencia. Concluía diciéndole: "Te amo en mis noches con la ansiedad de un pronto reencuentro. Te necesito. Algún día caminaremos juntos en un amanecer promisorio donde no habrá cabida a las injusticias. L".

Con dolor destruyó la carta. Los timbres anunciando el inicio de las clases dejaban de sonar y en tropel los estudiantes invadían los pasillos para ingresar a las aulas. En segundos los patios quedaron semidesiertos, mas en el casino aún había jóvenes tomando desayuno y haciendo chasquear sus lenguas incansables en charlas de horas. En el recreo, Andrés anduvo por allí en la vana esperanza de encontrar un amigo y beberse un café. Todos le parecían extraños, estúpidos, entremetidos en chismes y habladurías de un vecindario fisgón.

Una jovencita de mirada suave como la miel, de cachetes abultados y la frente manchada de espini-llas, se quedó embobada mirándolo. Aún cuando compartía la mesa con dos estudiantes que gesticu-aban en demasía y hablaban fuerte, ella prefería en cambio mirar a Andrés y acariciar su piel con sus párpados repletos de sugerencias. Al principio An-drés se turbó, pero la ternura de aquella mirada fran-ca, lo animaron a seguir disfrutando de ese rostro singular. Luego, la joven separó su mirada y se dis-trajo haciendo pajaritas de papel con las servilletas. Andrés anduvo rondando por las mesas en busca de un sitio donde sentarse, mas para su desencanto, no lo halló. Entonces, la joven de las pajaritas de papel le hizo un ademán para que compartiese su silla. Al sentarse, por fuerza rozó las piernas de la muchacha, duras como el alabastro, y puso en contacto su hom-bro con el hombro menudo de ella y, asimismo, dis-frutó al tener próximas sus manos creadoras de fan-tasías.

Sus compañeros de mesa proseguían una discu-sión donde las palabras ampulosas le restaban clari-dad a las ideas, suponiendo que necesariamente tu-riesen que existir las ideas. Ella parecía aburrirse y a manera de lograr alguna distracción, le demostra-ba a Andrés —sin hablarle— de cómo se accionaban las pajaritas para conseguir la movilidad de sus alas. A los cinco minutos también Andrés estaba confec-cionando figuras y la mesa se iba haciendo pequeña para recibir tal cantidad de pajaritas. En absoluto se incomodaban los discutidores, cada vez, más airados en exponer sus planteamientos. Al sonar los timbres, Andrés y la joven se llevaron las pajaritas; y por mucho rato más los dos estudiantes continuaron su discusión la que, al fin, tuvo que suspenderse quan-do quedaron extenuados y no dispusieron de más di-nero para cancelar otros cafés.

Al concluir las clases, Andrés se reunió con la jo-

ven de las pajaritas. El las había puesto entre las ho-jas de un código y ella, en una libretita de apuntes. Como viejos amigos caminaron por el Parque Fores-tal, sorteando la hojarasca en un invierno pródigo de frío. Ráfagas de viento helado aguijoneaban los rostros y las orejas, mas el encanto de las pajaritas y el embrujo de hacerlas mover las alas cuando le estiraban la cola, superaba esa contingencia. Algu-nas gotas de lluvia persuadieron a la pareja a buscar refugio en un restaurante donde servían almuerzo por un precio módico.

En el interior del establecimiento, había ofici-nistas y estudiantes lidiando con la comida, minúscu-la y pobre. Algunos trataban de masticar un trozo de nervio, único antecedente cárneo del modesto hue-so de las sopas de fideos. Se conversaba en sordina y nadie gesticulaba como si hacerlo fuese un delito. Só-lo una mujer atendía las mesas, madurona y carnu-da, arrastrando sus piernas gruesas cubiertas con una venda elástica. En el mesón, un hombre con delantal blanco, que podría ser el dueño, el carnicero del es-tablecimiento de enfrente, el médico aguardando a algún enfermo tumbado de hambre o intoxicado, el mesonero o un parroquiano cualquiera, hablaba con varias personas a la vez sin soltar el cigarrillo de sus labios. Junto a la tertulia, sendos vasos de cerveza llamaban a la amabilidad y a las confidencias.

Andrés y su compañante se ubicaron en una mesi-ta de la entrada junto a un ventanal cubierto con una cortina de tul. Bebieron cerveza y comieron po-rotos con longaniza, donde los porotos era una in-vencción y la longaniza un remedo por exigua, seca y desabrida; pero como sus estómagos de estudiantes se habían familiarizado con viandas peores, aquello no les pareció tan malo. Ella, desde un principio y mientras Andrés llevaba el hilo de la conversación, hacía pajaritas y las iba poniendo de pie una al lado de otra. Llegó después la cerveza, el pan y un pe-

lizco aguachento de mantequilla. Mientras realizaban esfuerzos por superar esas deficiencias, la conversación se fue haciendo íntima y cada vez menos pródiga en palabras. Al final sólo se miraban o separaban el tul para presenciar cómo llovía. La joven de las pajaritas de papel escribió su nombre con el dedo, en el vidrio empañado. Natacha. Sus ojos luego de esa confesión innecesaria —pues Andrés la llamaba "Niña de las pajaritas de papel"— adquirieron de nuevo una suavidad contagiosa, capaz de besar y acariciar.

Cuando la mujer que atendía les trajo dos tacitas de café, los increpó con rudeza por haber malgastado las servilletas de papel en aquella puerilidad; pero Natacha sin importarle la advertencia proseguía haciendo otras, mientras Andrés les pintaba pico, ojos y plumas. Así, las pajaritas se fueron multiplicando y adoptando su verdadera fisonomía de aves de artificicio.

Con lluvia salieron a la calle cerca de las tres. Para evitar mojarse caminaron bajo los aleros, apretujados para darse calor y ánimo en esa aventura atractiva y singular. Sin tapujo el agua se les metía por todas partes cuando debían cruzar la calle. "¿Y si vamos al cine?" insinuó Natacha. Andrés la miró con detenimiento. Le agradaban sus cachetes abultados y pintones, sus manos diestras, su voz sin estridencias incapaz de lanzar un grito desgarrador; su espontaneidad contagiosa. "Disculpa, —le dijo Andrés—, debo ir a la oficina y luego a los tribunales a tramitar." Ella insistió. "¿Y en la noche?". Conviniéron reunirse a las nueve en la entrada del cine Normandie.

Esa tarde Andrés sentía la presencia de un extraño que lo vigilaba. Al separarse de la niña de las pajaritas de papel, divisó a un hombre grueso que vestía un abrigo largo y amplio como frazada de cama nupcial, seguirle un buen trecho. Llevaba también un

sombrero de ala ancha, copa baja y un bigote grueso y abundante igual a un escobillón. Parecía disfrutar mojándose, pues caminaba desafiando la lluvia con trancos largos y pesados.

Cerca de la Plaza de la Constitución Andrés lo perdió de vista, pero otro hombre de hechuras parecidas al anterior, como si estuviese esperando el relevo, emergió por sorpresa desde una esquina de la plaza. Tampoco le importaba la lluvia y en su desprecio buscaba justamente los sitios dónde más caía agua. Sus cejas negras y abundantes parecían bigotes recortados. Los zapatos descomunales como pertenecientes a un paquidermo, chorreaban lodo y lluvia. Su nariz parecía una papa frita debido a su porosidad. Y tenían sus ojos odio acumulado capaz de impulsarle a cometer toda laya de tropelías. Este hombre lo siguió hasta la oficina y después hasta los tribunales y tuvo el descaro de ingresar a ellos y pedir un expediente como si estuviese tramitando. Como el encargado no pudo complacer la demanda ya que le solicitaban un expediente indeterminado, el hombre lo amenazó y le arrebató desde las manos un montón de expedientes que estaba seleccionando. Ante la arbitrariedad, el encargado hizo sonar un timbre para llamar a los guardias, mientras los abogados y los procuradores allí reunidos, rodeaban al caradura, quién se abrió paso a empujones y nadie osó detenerle. Su rostro se había hinchado y sus cejas negras contenían todo el sudor de su frente.

Al salir Andrés de los tribunales, no divisó en la calle a nadie sospechoso; sin embargo, lo asaltaba el temor comprensible de que el insolente quisiese en su persona, vengar la afrenta. Desde los tribunales a la oficina miró tantas veces hacia atrás, que comenzó a sugestionarse en demasía. A pobres e infelices transeúntes los tildaba de policías o esbirros; mas, poco a poco, se fue convenciendo de su error y exceso de aprensión. No era sensato adentrarse en las

Al conquistador español se le ocurrió cambiarle el nombre al cerro "Huelén" por "Santa Lucía" pero Andrés, fiel y respetuoso de las tradiciones araucanas, continuaba nominándolo por su nombre original. A Regina le causaba gracia esta particularidad, y cuando podía citaba a sus amigos al cerro "Huelén", provocando desconcierto y alarma. Allí en sus idílicas laderas y caminitos, tramaron andanzas, discutieron y se amaron como si el presente se les escapara de golpe. El cerro estaba lleno de voces y murmullos de palabras y risas conformando el torbellino de la vida. Atrapada en el silencio y obligada a permanecer oculta, Regina rememoraba un tramo sublime de su existencia, y Andrés tras su "niña de las pajaritas de papel", también recordó aquellas escenas enquistadas en su corazón.

De súbito las visiones y recuerdos se desvanecían, dejando en cambio una estela de amargura, de cosa no hecha. En realidad Andrés anhelaba tener a Natasha como un sostén y la piadosa y obsecuente interlocutora, capaz de soportar sus exabruptos. Nada más. Le era difícil imaginarla como amante en una aventura fugaz, o de sustituto de Regina. Era mejor como una amiga entrañable para confiarle cosas mientras se bebe una tacita de café; mas, la "niña de las pajaritas de papel" se había esfumado.

En las imponentes puertas de fierro y bronce de la Biblioteca Nacional, tres niños vagos se acurrucaban unos contra otros, para transmitirse calor bajo esa noche inamistosa. Si les hubiese estado permitido ingresar a la biblioteca a sacar los libros y quemarlos para ahuyentar el frío, lo habrían hecho con placer, porque sus ojillos miraban hacia el interior de ese templo y se preguntaban el por qué no se les autorizaba dormir en su interior si allí no vivía nadie, excepto un montón de libros cuya inutilidad era obvia para ellos, pues no sabían leer. A veces, en las tardes, pedían limosnas en la entrada de los edificios

de estacionamiento de automóviles y les dolía pensar que hubiese gente más interesada en dar albergue a las máquinas que a ellos. Más, esa noche fría e inamistosa, los niños olvidaron un poco sus quejas y rebeldía y aceptaron dormir a la intemperie en un sitio aceptable y no sobre el barro vivo de sus casucas.

Sin importarle el frío y la noche, dos prostitutas adolescentes cuya expresión era de cansancio y aburrimiento, buscaban con afán la clientela huidiza de la Plaza Vicuña Mackenna, a una hora donde la ciudad se repliega. Vieron a Andrés y comenzaron a gritarle mientras una se sobaba los pechos y la otra se levantaba las polleras. Al no observar ninguna reacción, miraron la hora en la torre de la Iglesia San Francisco, y decidieron marcharse. Al cruzar frente a la biblioteca le arrojaron a los niños vagos dos monedas, las que golpearon sobre el mármol, como el repique de campanillas de iglesia.

Pasado la una de la madrugada Andrés llegó a la pensión con hambre, sueño y aterido de frío. Del velador sacó unas galletas blandengues e impregnadas de olor a encierro y con unción las comió no sin pensar, qué otra cosa podría ayudarle a aplacar su estómago. Al hurguetear en el ropero, para su sorpresa vio un significativo desorden. Los bolsillos de sus pantalones y chaquetas estaban dados vueltas, y un paquete donde guardaba dos toallas y un juego de sábanas, había sido abierto. Quien anduvo fisco-neando, ni siquiera tuvo la gentileza de ordenar. También su cama la habían removido, pero allí las huellas del registro eran menos visibles, sin embargo nada faltaba excepto unos papeles sueltos con apuntes de clases.

A la hora del desayuno trató de ubicar al emisario de Regina, sin lograrlo. Con displicencia retiró unas partículas de té que flotaban en su taza, para beber sin dificultad. El líquido tenía gusto desabrido

por la falta de azúcar, y la incapacidad de la infusión para teñir el agua; y el pan de miga apelmazada por una deficiente cocción y la pésima calidad de la harina mezclada con afrecho, servía más bien para aventar una plaga de cucarachas. Si reclamaba, la casera podría expulsarlo y él bien sabía de las dificultades para hallar una pensión central, a un precio razonable y dónde existía tolerancia para llegar; más, la dueña conociendo estas franquicias, se desquitaba suministrando una alimentación para perros. Su vecino de mesa se condolió de sus desgracias, y le ofreció una manzana olorosa y de porte magnífico. Al aceptarla, sus ojos se llenaron de lagrimosidad y de gratitud. Un manjar a esa hora y mientras se dirigía al paradero del bus, engullía la fruta de cáscara crujiente y brillante.

Toda la mañana trató de ubicar a la "niña de las pajaritas de papel". Ni siquiera los acompañantes de la víspera sabían de ella. Se encogieron de hombros y prosiguieron con mayor ímpetu una discusión interminable, cuya existencia parecía datar desde comienzos de año. Por momentos imprimían tal agitación y frenesí a sus ademanes, que faltaba muy poco para remplazar las palabras por los golpes. Interrumpir por segunda vez aquella charla agresiva, quizás degeneraría en una disputa más violenta y ahora con la participación de Andrés; por eso, éste se limitó a mover la cabeza para dar las gracias y proseguir la búsqueda, peor que hallar a un naufrago en el océano. Por momentos creía estar empeñado en la búsqueda de Regina, para alertarla de un hecho grave. La imagen de ese día de lluvia lejano cuando ella se despidió, le calaba hondo. Natacha, su "niña de las pajaritas de papel", era un poco todas las mujeres anteriores; un resumen de las historias y los recuerdos: una necesidad urgente para atarlo con su pasadito de coraje e impedir así, su destrucción irremediable.

Por tres días la estuvo buscando e incluso revisó las listas de inscripción de la escuela tras el nombre Natacha, a juzgar por su edad, alumna del primer año. Nadie había con ese nombre, excepto Natacha Argandoña, una jovencita pálida, huesuda e incapaz de reírse, como si hacerlo comprometiera su virginidad.

* * *

A mediados de junio mientras la ciudad languidecía y un letargo de invierno desanimaba la vagancia y el deambular, Andrés decidió visitar a su madre aun cuando era domingo. Doña Milagros más vieja y enclenque para caminar, estuvo largo rato mirando a través de las cortinas, sin atreverse a abrir. Después de ponerse las gafas y solicitarle a Andrés que se identificara, se puso una mantilla en la cabeza para arrebosarse y salió al patio. La mujer parecía asustada y antes de abrir observó varias veces a Andrés, acercando su rostro antiguo y su frente surcada por rayas profundas.

Esa tarde Sofía no jugaba a las cartas y sentada en el salón, junto a sus dos tías, meditaba. Al ver a su hijo soltó el llanto y con un pañuelo bordado primorosamente, ocultó sus ojos. Doña Milagros en el centro del salón, puso la tetera sobre la salamandra. Una de las tías preparaba sobre la mesita, panecillos con mermelada, y la otra desde una alacena, sacaba el mantel, las tazas y el servicio. En un santiamén todo quedó dispuesto para las onces, aguardando sólo que hirviese el agua.

Cuando runroneaba la tetera y doña Milagros con un tomador de lana se aprestaba a retirarla, Sofía narró a su hijo las tribulaciones de las mujeres de la casa durante esa semana. A la medianoche del lunes, tres hombres groseros las obligaron a levantarse, de tanto golpear la puerta de calle y de proferir

insultos. Llamar a la policía, significaba salir, así que optaron por quedarse quietas y prontas a huir si los hombres allanaban la casa. Quizás se trataba de unos juerguistas y borrachos por añadidura, que las indujo a la mañana siguiente a olvidar lo acaecido. El martes, sin embargo a la misma hora, regresaron los hombres y atacaron la puerta con más violencia amenazando destruirla si no se les abría. Una retahíla de insultos, capaz de herir la sensibilidad de un zafio, brotaba de sus fauces impúdicas. Uno de ellos en el colmo de la bravata, penetró al jardín y como un poseso, destruyó a patadas los rosales, las ligustrinas, un manto de eva, y no prosiguió con su acción demencial, ya que de tanto ir de un lugar a otro del jardín, el barro le llegaba a los tobillos, impidiéndole moverse con agilidad.

En la mañana del miércoles, las tías estamparon la denuncia pertinente; más, en la noche, frente a su casa estuvo transitando un automóvil a gran velocidad, haciendo sonar la bocina y alumbrando hacia el interior, con un foco potente y movable. Muertas de miedo, las mujeres reunidas en el salón aguardaban cualquier desenlace y su ánimo estaba preparado a lo peor. Algunos vecinos llamaron a la policía pero ésta no se presentó en el momento oportuno, llegando sólo cuando los agresores se habían marchado. El jueves nada aconteció, suscitándose sí, una calma tensa peor incluso, que las tropelías de los rufianes de las vísperas.

Por precaución las mujeres volvieron a juntarse en el salón y doña Milagros apoyada por una lámpara a kerosene leía pasajes de la Biblia. Aquella reunión adquiriría por momentos las características de un requiem, los postreros segundos de un moribundo o la espera dramática de la noticia que anuncia la muerte. Tampoco el viernes hubo hechos significativos, aun cuando desde temprano estuvieron jugando unos niños con la campanilla de la calle, obligando a la

pobre Milagros a asomarse una veintena de oportunidades.

Ayer, no obstante, se cometieron los peores excesos. En la mañana un niño les fue a dejar una carta digida a las tías. En ella se les anunciaba que si no expulsaban a Sofía antes de las doce, iban a incendiar la casa. Como las mujeres desobedecieron las órdenes en un desafío flagrante, sintieron pasos sobre el tejado y extraños ruidos en el jardín, cuando comenzó a oscurecer. Atenta y piadosa, doña Milagros leía la Biblia y entre versículo y versículo, conminaba al grupo a la tranquilidad diciéndoles: "No nos amedrentarán; no nos amedrentarán. Si quieren, tráiganse a todos sus compinches, pero no nos amedrentarán". Las tías sin disimular el miedo ahora atenuado por esas palabras de aliento, tejían calcetas y bebían un sorbete de almendras para disminuir las tensiones. Sofía, en cambio, junto a la salamandra miraba cómo la tapa de la tetera quería escapar impulsada por el vapor.

Durante horas los bravucones mantuvieron a las mujeres en ascuas pero al aproximarse la noche plena, cesaron en sus intentos. Luego, sobrevino una calma peor que la tormenta y las mujeres sin atreverse a la separación, durmieron sentadas en el salón despertando por cualquiera circunstancia.

A Andrés la ira le llegaba a las entrañas en forma de olas de un mar bravío, pero se sentía impotente para remediar aquellas arbitrariedades. No obstante, trataría de ubicar a Horacio Ramírez, quizás el alma y los huesos de ese siniestro plan. Desde las cuatro hasta las siete de la tarde lo estuvo llamando a la Prefectura central de policía, sin hallarle. "No ha llegado; no ha llegado"; y la voz masculina tal vez sospechando la urgencia de Andrés, dilataba en forma perversa la respuesta, haciéndolo esperar largos minutos. Recién a las ocho y en el último intento, ha-

lló a Ramírez quién en forma afectuosa le rogó lo fuese a ver a la prefectura esa misma noche.

El policía lo aguardaba en la oficina de Abelardo, sentado en su escritorio y mirando una revista de criminología. Allí, el desorden continuaba siendo atractivo, pues al montón de expedientes y libros, se habían agregado objetos de una variedad significativa. Parecía haber más cosas extrañas que en su primera visita; incluso un televisor y una bicicleta. En el fondo, una ventana pequeña con rejas gruesas por donde era posible ver la calle, permanecía semiabierta para permitir la ventilación y disipar el olor a keroseno de una estufa negra y larga en forma de tubo.

Horacio Ramírez recibió a Andrés con muestras inequívocas de simpatía y agrado, a boca de jarro le preguntó si se había decidido a cooperar. "¿A cooperar? Más bien se trata de una queja: a mi madre y a unas tías, las han estado molestando desde el lunes." "¿Y usted, Andrés, sospecha de alguien en particular?" y se echó para atrás en la silla, equilibrándose. Sus ojos parecían ocultar secretos inconfesables; un homicidio en gestación, el anuncio de un ajusticiamiento, la captura y muerte de Regina. "¿Y de qué manera han estado molestando a esas señoras?". "Quieren amedrentarlas para que expulsen a mi madre de donde vive. Durante una semana las han insultado y las han amenazado. Algo indigno y vergonzoso por tratarse de mujeres solas." "Claro que es una vergüenza, pero nada sabemos del asunto; créame". Y sus ojos buscaron un punto imaginario en el cielo de la habitación en penumbras. Luego deslizó su mano gruesa y tosca sobre el escritorio y oprimió el botón de un timbre, a medida que regresaba con la silla a su posición normal. La porosidad de su rostro se veía acentuada a causa de la luz eléctrica derramándose desde una lámpara baja pendiente del centro de la oficina. Tal vez su nariz no era tan de-

forme, pero esa noche tenía el aspecto de una zana-horia añeja.

Al cabo de un minuto llegó a la oficina un hombre maduro y gordo, con la camisa desabrochada en el cuello y la corbata supliendo esa deficiencia, amén de tener gran parte de la camisa, fuera del pantalón. Daba la impresión que recién despertaba. Si se hubiese presentado en pantuflas y con una escobilla de dientes haciéndose el aseo, nadie habría criticado aquella actitud, pero a Horacio Ramírez le molestó el aspecto de su subalterno y sin importarle el bochorno que le provocaría, lo enrostró con dureza. Allí mismo el gordo corrigió su camisa y con las manos alisó su chaqueta triste. Horacio Ramírez le dijo que trajese el libro de denuncias y el gordo rumiando sus desgracias, su rubor reciente y la molestia estomacal al no poder lanzar eruptos, obedeció con enfado.

Como el gordo era de voluminoso el libro de denuncias; y el hombre lo traía con tanta dificultad, que apenaban sus esfuerzos y bufidos para sostenerlo. Pasando lentamente las hojas, Horacio lo estuvo examinando y de vez en vez miraba al gordo, como si éste le pudiera allanar alguna consulta. Desde el lunes al domingo no figuraban denuncias realizadas por moradores de la Avenida España, ni menos mujeres hostigadas por desconocidos. "Vea con sus propios ojos", le dijo a Andrés. "Este no miente". Y el gordo atento a las indicaciones de su jefe, regresó el libro a la sala de guardia. "¿No será que su madre y sus tías sufren alucinaciones?". Y dijo la palabra "alucinaciones" pronunciando las sílabas por separado a manera de impresionar a Andrés con una acepción poco frecuente.

"¿Sabe Horacio?, usted me desconcierta. A veces quiere aparecer como un hombre lleno de bondad; otras, se comporta con una agresividad enfermiza y exponiendo a la luz su obsesiva pretensión de obte-

ner confesiones a cualquier costa. Hay en usted dos personalidades o tal vez más, en permanente conflicto. Me hace vigilar como si yo le pudiese suministrar antecedentes de las actividades políticas de quienes deje de ver hace un año o más". "¿Regina, por ejemplo"?-y volvió a balancearse en la silla mientras con una llave se golpeaba la punta de la nariz. "Todos sus amigos de la universidad han desaparecido; ojalá que no se nos culpe de ello. ¿A dónde se han marchado? El señor Abelardo me llama a su oficina y amenaza con expulsarme del servicio si en el plazo de una semana no los tengo a todos ustedes entre rejas. Yo, lo persuado y le manifiesto que ustedes son personas decentes, hijos de buenas familias y no esa basura de los obreros, siempre pensando hacer huelgas y quejarse del gobierno. Créame, Andrés; no soy ningún cuco. Si ingresé a la policía política fue por convicción y un sano deseo de ayudar a mi país y a verlo libre de sanguijuelas. Claro, usted me dirá que yo lo torturé pero a mí me mandaban a hacerlo. Si "El dentista" o "Carlitos" lo hubiesen torturado, usted estaría ahora en el manicomio. Sí, señor; en el manicomio junto a muchos otros testarudos. Aquí, se trata de ustedes o nosotros y no creo que usted desee volver a la villa. Una dura experiencia; lo sé. Poco o nada obtuvimos con tenerle encerrado; entonces el señor Abelardo me dijo que si no era mejor dejarlo libre por una temporada, para acosarlo con una persecución implacable; en cambio yo pensaba en su inocencia y difería del método de mi jefe. Andrés Madariaga, es un excelente individuo le decía a cada rato, y él se enfurecía aduciendo que se me había ablandado el corazón, la cabeza. Incluso llegó a insultarme por defenderlo a usted. Y ahora, después de casi salvarle la vida, viene aquí a insultarme y a dudar de mí. Seré un policía asqueroso y vulgar, pero jamás traiciono a mis amigos; y usted es mi amigo. Nadie me ha tratado como usted; ha

sido deferente y pudiendo incluso menospreciarme, se preocupa por mis inquietudes. Eso yo lo valoro y lo respeto. ¿Acaso desea romper nuestra amistad?"

Andrés no sabía si la confesión de Horacio Ramírez, era una singular farsa, algo sincero o la mezcla de ambas cosas. A juzgar por la forma en que se había expresado y las circunstancias de la entrevista, todo era posible. Cada vez, Horacio Ramírez le parecía más insondable y enigmático. Jamás imaginó que un exboxeador golpeado con saña, lograra al cabo de un tiempo exhibir tanta capacidad reflexiva y una personalidad llena de recovecos. Si al principio lo creyó simple y mediocre, ahora debía admitir la singular transformación que en esos instantes estaba presenciando. Había en todo ello un refinamiento cínico, una frialdad sin límites, una repugnante manera de halagar, afianzada en una maestría admirable para saberlas decir en el momento adecuado. ¿Cómo, entonces, contrarrestar los nuevos atributos de Horacio Ramírez? Si al menos Andrés descubriese un punto de partida e iniciar la definitiva liberación; hallar un camino o abrirselo, como dijo Aníbal, el general cartaginés. Mas, su mundo por ahora estaba sufriendo transformaciones agudas y su capacidad reflexiva no poseía la claridad de antaño. Quizás, lo sensato era aguardar, como decir que "hay tiempo para todo; para juntar las piedras y para lanzarlas".

Llegó a la pensión empujado por la noche. Nubes amenazantes se concentraban en la tertulia del cielo, para acordar el regreso a la madre tierra. Esa misma noche, aún cuando las tías y doña Milagros imploraban que depusiese su actitud, Sofía preparó para la mañana siguiente su viaje hacia Longaví, un pueblo del sur donde vivía una amiga de la infancia, que al quedar viuda llamaba a su lado a la compañera de infortunios para gastar juntas los postreros instantes de aquella obligada soledad.

Como un prólogo empezó a llover anunciando una

tormenta y, poco a poco, el agua se fue concentrando en pozas sobre la tierra y el pavimento. Una gotera de lluvia, justo caía sobre el velador de Andrés, retumbando como una cuerda de guitarra, pulsada a intervalos iguales. Ráfagas de viento helado se colaban por los intersticios de la ventana y la puerta, transformando aquella habitación en un lugar hostil.

* * *

Ausente su madre, Andrés se vio más cercado y agónico. A veces iba donde las tías como una manera de retribuirle con sus visitas, el admirable comportamiento y solidaridad con su madre; más, poco a poco fue distanciando las visitas y sólo cuando su madre le escribía cada dos o tres meses, les llevaba las cartas a las ancianas, quienes las leían un centenar de veces pues, en años, no recibían correspondencia alguna.

Ese año Andrés finalizaba sus estudios en la Escuela de derecho, y el abogado donde trabajaba como procurador, le había prometido compartir su oficina cuando se recibiere. Al menos el panorama no era tan sombrío para su futuro, aún cuando ejercer en el campo de la abogacía le estaba resultando amargo ya que chocaba a menudo con las leyes, sus procedimientos y la inmoralidad de una justicia de clase. Evadirse de ese mundo era una insensatez, por cuanto si resistía en él, estaba venciendo sin atenuantes la odiosa opresión de sus enemigos y la victoria, tarde o temprano, se manifestaría. Tal vez un tiempo más de zozobras, de huir, de días tragando esperanzas, de las horas que resbalaban de sus manos como reptiles presurosos. Claudicar, significaba también una burda traición, mas le permitía desembarazarse de las molestas convicciones y de las duras jornadas bajo el terror. Todo y más se abría ante sus ojos sorprendidos ese mediodía cuando juraba como abogado. Su

madre se excusó de asistir, aduciendo una gripe rebelde y Regina subrepticamente le hizo llegar un saludo escueto: "Ahora más que nunca a luchar por nuestra causa".

Esa tarde no quiso ir a un almuerzo de camaradería entre los nuevos abogados y prefirió deambular por el Parque Forestal, sitio de meditación y reminiscencias. Una primavera con abundantes flores y verdor, cubría las extensas áreas del parque. Hiriendo las hojas y los follajes, el sol se filtraba como espadas de fuego. Niños en sus coches primorosos, paseaban con sus nodrizas y todo hacía presumir una tarde tranquila. Un grupo de rapaces jugaba a la pelota sobre el césped, contraviniendo la orden de no pisarlo. De vez en cuando debían huir ante la presencia del guarda que con un bastón los amenazaba.

Por una acequia corría agua fresca donde los rapaces se mojaban la cara llena de sudor y se lavaban los pies. Desde la calle Merced apareció un vendedor de diarios voceando los titulares. Andrés nada escuchaba, pero poco a poco la insistencia y la reiteración de la noticia, lo hizo llamar al suplementero. A todo el ancho de la primera página el titular era dramático: "Una mujer y dos hombres mueren en enfrentamiento con la policía". Más abajo una foto del trío yaciendo en el suelo y una información de los hechos.

Con avidez, leyó la noticia. Sus ojos saltaban sobre la letra impresa en una carrera por tragar el contenido de golpe, desesperado por conocer la identidad del grupo. En parte alguna se hablaba de nombres, pero sí de gente joven que la policía buscaba con insistencia hacía un año. Como nada hallase, volvió a mirar la foto en el vano intento por identificar a los muertos. No le fue posible, pues estaban con el rostro desfigurado por la brutal refriega. Con malos presagios continuó su deambular. ¿Y si se trataba de Regina o Elba, Bernabé, Eleuterio, sus

amigos entrañables y queridos? Una y otra vez se detenía para releer el periódico, sopesando cada palabra.

Cuando a mediados de año fue a la Estación Central a despedir a su madre, entre la multitud que descendía del tren, divisó a Bernabé y Eleuterio que acompañaba de una mujer de rostro anguloso sin un afeito. Caminaban despreocupadamente por el andén, pero de súbito se lanzaron en una loca carrera empujando a diestra y siniestra, saltando por encima de los carros llenos de maletas y canastos, en un desesperado intento por escapar. Se sintieron silbatos y desde distintos lugares, policías apuntando con sus revólveres, se lanzaron a la cacería.

En segundos la estación se trasformó en un torbellino, en gritos que anuncian desgracias, en miradas de terror y duda, en voces de mando, matizadas con blasfemias, órdenes. Andrés, igual a muchos trataba de impedir la aprehensión de sus amigos empujando a los mirones u obstaculizando el camino de los policías, con las maletas de su madre. Vio a Eleuterio y la mujer, escapar sin dificultad a través de una puerta de fierro, hacia la calle Balmaceda; pero Bernabé huyó hacia el río y en esa dirección se dirigían sus cancheros disparando a riesgo de herir a los transeúntes.

Veloz como un gamo joven, Bernabé les tomaba distancia orillando el Mapocho con la intención de cruzarlo en una parte segura y escabullirse entre las callejas de la ribera. Los policías avanzaban en forma de abanico, cerrándole toda posibilidad de escapar si no fuese a través del lecho del río, pero Bernabé más astuto y consciente de que cualquiera indiscreción le ocasionaría la muerte, trató de alcanzar la calle Borgoño a riesgo que le disparasen a corta distancia. Al llegar a Borgoño con Escanilla, sintió un dolor agudo en el muslo que, paulatinamente, le iba impidiendo correr. En un esfuerzo de-

esperado siguió por Escanilla rengueando hasta el pie de una tapia baja de ladrillos. Sin ser visto por los policías, la salvó introduciéndose en el patio de una casa donde tres niños jugaban al trompo. Con lentitud y curiosidad los niños se acercaron al intruso y vieron cómo se desgarraba el pantalón para examinarse la herida. Su rostro sudoroso se contraía de dolor, cuando con un pañuelo estuvo apretándose la herida para evitar una hemorragia, mientras con la otra mano se tapaba la boca para no lanzar quejidos.

Desde la calle llegaba el tráfago de carreras y de vehículos haciendo sonar sus sirenas, en un interminable ulular. A veces se alejaban, pero más bien permanecían cerca dando una y otra vez vueltas alrededor de la manzana donde se ocultaba Bernabé, quién como pudo se arrastró hasta un gallinero para esconderse, cobijándose entre unos latones de zinc. Creía tener la pierna destrozada, a causa del dolor transitando desde la ingle al dedo pulgar del pie. Cerca de su mano había un tiesto —una especie de bebedero para las aves— de donde sacó agua para mojarse la herida y la cara. Los niños volvieron a aparecer y no le despejaban la vista. “¿Usted se escapó de la cárcel?” le preguntó el mayor. Apenas si Bernabé pudo decirles que no. “Pronto llega nuestro padre y le vamos a contar que usted está aquí”. Era preferible a que se lo dijese a la policía.

Dos horas estuvo allí mojándose la espalda, pues se había tendido sobre una acequia. Oscureció y ya las cuatro o cinco gallinas habían dejado de cloquear, encaramándose a una pértiga para dormir. No se atrevía a abandonar su escondite por temor a que lo viesen desde las casas vecinas —separadas entre sí por estacas de madera o plantas— aun cuando la iluminación era mala. El pitazo próximo de los trenes lo mantenía despierto. Cerca de las siete —llovía a in-

tervalos— aparecieron los tres niños en compañía de un hombre grueso con overol, gorro de cuero y zapatos de media caña. Su aspecto era de un ferroviario. Se aproximó con resolución al escondite de Bernabé, evitando la cautela o el sigilo para no asustarle.

Los hombres se miraron un largo rato para superar la desconfianza y sólo entonces, el ferroviario cargó a Bernabé al hombro para transportarlo hasta el interior de la casa. Mientras los niños calentaban en la cocina la comida, su padre le daba de beber al herido una copita de vino, y luego le sirvieron un plato de sopa y lentejas mazamorrientas. Tragó sin decir una palabra. El dolor le abarcaba todo el cuerpo y apenas si se podía mover para echarse la cuchara a la boca. Cuando hubo concluido, el ferroviario le examinó la herida y le preguntó si lo autorizaba para llamar a un amigo practicante, quién podría extraerle la bala.

Al filo de la medianoche y en bicicleta, llegó el practicante. Era enjuto y largo, la mirada sin brillo como si tuviese cataratas. Desde un maletín extrajo unas pinzas, un bisturí, algodón, tijeras y en un santiamén, estuvo en condiciones para iniciar la operación. Casi dos horas, apoyado por una lámpara de carrilano y el instrumental sumergido en un lavatorio con agua hirviendo, duró la intervención.

Una semana estuvo allí Bernabé, disfrutando de la hospitalidad del ferroviario y del corazón limpio de sus tres hijos, incapaces de divulgar esa extraña aventura que vivían. Nada preguntó el anfitrión y nada dijo el huésped; no obstante, los hombres entre risita y risita sabían a la perfección cual era el motivo de la herida y del porqué la complicidad del ferroviario y el practicante. En las noches (a veces llegaba el practicante para examinar la herida y hacer curaciones) conversaban acariciando un vinillo rubio que un maquinista amigo le traía a su colega desde

Cunaco. En dos oportunidades, Bernabé debió ocultarse al sentir el ulular de las sirenas de los automóviles de la policía, pero de seguro no lo buscaba a él; de no ser así, evitarían hacer ruido.

Un viernes en la tarde, el practicante trajo dos bicicletas. Bernabé dudó mucho si podría pedalear por cuanto aún le molestaba la herida y temía le supurara; sin embargo, lo sensato era salir a la brevedad de esa casa porque no era justo comprometer a ese hombre generoso y sus tres hijos. Al amanecer del sábado abandonó la casa. Pedaleando con lentitud se introdujo por calle Borgoño hasta Independencia. A esa hora, obreros en bicicletas los menos, y en buses, marchaban a su trabajo. Y en segundos la ciudad fría y gris, le acogió entre sus tenazas. ¿Dónde ir? Todos los lugares eran peligrosos. Al final decidió esperar a Andrés a la salida de la pensión, en la esquina de Amunátequi con San Pablo a sólo dos cuadras de la sede de la Policía de Investigaciones. Una locura y un desatino, no obstante el descaro y la insolencia para actuar, a veces causa desconcierto a quienes se desea burlar; y si en esos instantes Horacio Ramírez o el señor Abelardo hubiesen visto a Bernabé y Andrés conversar en la calle, no les habría llamado la atención; todo estaba regido por la naturalidad, la rutina.

Media cuadra caminaron juntos. Bernabé arrastraba la bicicleta y de vez en vez se palpaba la pierna para cerciorarse si la venda permanecía seca y en su lugar. La conversación precipitada y ágil, se hizo tensa a medida que avanzaban por Amunátegui. Andrés se comprometió a avisar esa misma mañana, a un compañero de universidad cuya identidad desconocía, el paradero de Bernabé. Y como si todo estuviese regido por la locura y la irracionalidad, éste se quedaría dando vueltas en bicicleta por las calles, hasta que lo fuesen a recoger a una hora precisa a la entrada del Museo de Bellas Artes.

En la noche, Bernabé volvía a reunirse con Eleuterio y la mujer de rostro anguloso.

Andrés siguió deambulando por el Parque Forestal, testigo de sus horas violentas, de las aventuras pequeñas y decididas, de las muertes, del cúmulo aplastante de tragedias que sobrellevaba a través de los días. Como que la razón de ser comenzaba a desvitalizarse. Años de lucha sufrían quebrantos, vaivenes, la comprensible zozobra por no saber acudir en el momento oportuno al consejo o al propio examen. Se sentía desvinculado progresivamente de sus amigos y de la organización; extraño; un minúsculo artífice de cosas sin trascendencias; y si las dejaba de hacer, en nada gravitaban. Cuando Eleuterio, Bernabé y la mujer de rostro anguloso huían, sintió pánico de que iniciaran un registro general y lo detuviesen por sospecha. Después, experimentó vergüenza por su cobardía y como una manera de enmendar su debilidad, contribuyó a facilitar la huída del grupo; mas, cuando Bernabé lo esperaba a la salida de la pensión, volvió a acollonarse e incluso pensó ignorar al amigo de quién se sabía estaba herido de gravedad.

Ahora, el mundo plácido se abría ante sus ojos; la tentación de la vida dorada, de aquellos sueños incumplidos de su padre, se presentaban auspiciosos. Una veintena de juicios de alguna significación, manejaba desde hacía meses, y otros de mayor envergadura le habían prometido cuando se recibiese. Todo al alcance de la mano, sin otro esfuerzo que atreverse a romper con su tiempo lejano. Horacio Ramírez, tal vez sospechando estas vacilaciones, le permitía largos períodos de tranquilidad, convencido que Andrés se enmendaba; sin embargo, Regina se interponía con su voz distante y quizás muerta: "Ahora más que nunca a luchar por nuestra causa".

A lo lejos vio a un niño jugar con una pelota multicolor y lanzarla a un perro que infructuosamente

trataba de cogerla en el aire con su hocico. Se acordó un poco de su infancia, pero su pelota era chiquita y negra, como un mal presagio. Al final el perro se aburría de su inútil empresa y se fue a perseguir a otros niños que correteaban por el parque. Entonces el niño arrojó la pelota multicolor a una acequia para verla flotar y avanzar sobre el agua; después, caminó junto a ella mientras golpeaba sus manecitas entre sí gozando del espectáculo.

Un hombre mal vestido que miraba las evoluciones del niño, de improviso le sustrajo la pelota y huyó a toda prisa en dirección a Andrés, tratando de cruzar el puente Loreto y perderse por calle Bellavista. Como la actitud del ladrón le pareció vil, Andrés lo interceptó, amenazando golpearle la cara, si no devolvía la pelota multicolor. Apenas si el ladrón tendría 30 años, enjuto, de rostro y barba rala; su mirada nerviosa parecía la de un prófugo. Cuando se vio sorprendido, principió a gemir y a temblar, y con voz entrecortada rogó lo dejase ir. Luego de reprimirlo, Andrés le permitió que se marchara y él mismo fue a devolverle la pelota multicolor al niño, quién la recibió en forma displicente y no quiso seguir jugando con ella. Sus vestimentas eran pulcras, próximas a la cursilería. Llevaba un corbatín de terciopelo rojo y desde las mangas se veían los puños de blondas de su camisa crema. La chaquetilla azul era ceñida y ribeteada con una huíncha roja. Su cabellera abundante, rubia, tenía la suavidad del casco de un bebé. A corta distancia su nodriza leía una revista de historietas y en el momento del robo, flirtaba con un vendedor ambulante de golosinas. Desde su cartera sacó un chocolatín y se lo ofreció al niño, no sin haber desprendido un trocito para ella. Ambos engulleron con idéntica fruición, desprendiéndose con la lengua, porciones de chocolate desde los intersticios de la dentadura.

Aquella noche para Andrés, no tuvo la relativa

tranquilidad de otras noches. La posible muerte de Regina y sus amigos, golpeaba a redoble de tambor en su cerebro; y el robo de la pelota multicolor con todas sus raras características, lo inquietaba como una pesadilla. ¿Por qué un infeliz desarrapado que más bien precisa de comer roba una pelota? Quizás deseaba venderla para obtener algo que le permitiese subsistir; no obstante, de ser retribuido con largura y generosidad, no le habría alcanzado para resolver su hambre, un hambre que estaba palpitando en sus ojos, en la boca de labios reseca, en su espíritu atormentado por hechos inconfesables. A lo mejor, tenía un hijo pequeño —parecido al de la pelota multicolor— que ansiaba tener ese juguete. Hacer infeliz por un momento a un niño rico, por cierto no era pecado; en cambio su hijo, famélico y enfermo como un perro, disfrutaría lo indecible con esa pelota multicolor. Nadie roba algo baladí a riesgo de ser apresado, si no se trata de una cuestión vital; y la pelota era vital para él como si padeciese de sed en las inmensidades del océano.

Aún veía los ojos del ladrón próximos al llanto, su boca chupada, la expresión de dolor y sorpresa, configuraban la tragedia del hombre. ¿Y él, cuantos días más viviría en la incertidumbre? Tenía conciencia del mundo y sus problemas; no obstante, con el paso del tiempo se sentía debilitado, incapaz de reaccionar en forma adecuada. Lejana y ausente, Regina lo estimulaba a seguir el camino correcto, el mismo por el cual luchó desde el principio, mas las cosas sufrían cambios y ofrecían una visión distinta. Todo se trasmutaba; sus propios ideales estaban expuestos a las transformaciones.

Esa era más infeliz de sus noches. Cerca de las tres se levantó para mirar por la ventana. La quietud de la calle y la ciudad, lo tranquilizó algo. Como no podía dormir, se distrajo leyendo una revista y unos diarios. Esa semana dejaba la pensión y se iba a un

departamento de la calle Mosquito. Experimentó repugnancia por el lugar donde vivía. El humo de la estación Mapocho se paseaba por su pieza ennegreciendo todo. En partículas pequeñísimas el hollín caía sobre su agua, su pan, sus enseres contaminando cada objeto. Si hasta las sábanas estaban impregnadas de hollín, de humo, de pitazos anunciando la partida de un tren nocturno. Nada escapaba a ese torbellino de ideas y recuerdos. Mil veces se atragantó con una comida inmundada, para perros. Como sus recursos eran limitados, debió aceptar una pensión triste; más, ahora, cierta holgura le permitía cambiar de domicilio.

A las cinco, luego de un duro batallar y de releer la revista, logró quedarse dormido. Fantasmas de distintas cataduras y pelajes lo mantuvieron en ascuas durante ese tiempo. Se hacían presente y desaparecían en un tris, como si jugaran para distraerle. ¿Qué hacer? Y sus ojos abruptamente se abrieron junto con el crepúsculo matinal. Un dolor en la garganta le impedía tragar saliva. Sin apremio y como dispusiese de un tiempo ilimitado, comenzó a levantarse. Desde el exterior recibía el despertar de la ciudad, el ruido desperezándose como un reptil, la luz abriendo caminos de claridad, anchos como la imaginación.

Desayunó la porquería habitual pero nunca la halló tan repugnante. Sus compañeros de mesa tragaban en silencio sin atreverse a lanzar una protesta. Cabizbajos aceptaban el abuso, como si rebelarse fuese una ignominia o contrario a la buena crianza. Nadie tenía un gesto de más que pudiese significar un reproche de la dueña de la pensión, siempre dispuesta a reprimir cualquier acto subversivo; parecía deleitarse viendo a los pensionistas tan sumisos. Un poco por aquello, Andrés dejaba ese sitio, símbolo del abuso, de la insolencia brutal y cínica. En una oportunidad él mismo adquirió un raticida para eliminar a una familia de roedores que se había instala-

do en su pieza. "¿Ratones en mi casa? Es el mayor insulto que me han hecho en mi vida". Y no lo expulsaron porque Andrés cumplía oportunamente con el pago de la pensión y su conducta se ajustaba a los vaivenes impuestos por la dueña.

En otras oportunidades, las cucarachas en ejércitos interminables y voraces, principiaron a destruir sus pertenencias. Nada dijo pero roció su habitación con un fuerte insecticida capaz de matar a un elefante; no hubo ningún paquidermo muerto pero sí, dos caturritas que comieron mendrugos de pan envenenados, cuyo destino era eliminar las cucarachas, mas la dueña encontrándolos dispersos en la habitación de Andrés, no imaginó el peligro y se los ofreció a susavecillas regalonas. Por cierto la mujer no iba a creer en un accidente casual ocasionado por su propia mano. Durante meses estuvo fustigando a sus pensionistas y éstos para aquietarla le compraron dos nuevas caturras.

* * *

A su término llegaba la primavera. Sofía, contravieniendo sus propias costumbres, envió a Andrés dos cartas en menos de quince días, inquietando vivamente al joven. En la primera le hablaba futilidades, pero dejando entrever que aún cuando su permanencia en casa de su amiga era agradable, alguien estaba empeñado en perturbar esa situación. En la segunda, era más explícita. Le contaba que hacía menos de un mes, recibía anónimos con diversas amenazas y cuando, de tarde en tarde, salía a hacer diligencias, un extraño siempre estaba pronto para seguirla a donde fuese. No quiso magnificar la situación al comienzo, pero el recuerdo de su dura experiencia en Santiago, la persuadieron a escribir a su hijo para narrarle los hechos.

Ambas cartas, Andrés las respondió enseguida; en

ellas le aconsejaba a su madre prudencia y tranquilidad, por cuanto sólo trataban de amedrentarla. Si la situación se tornaba insostenible, que le enviase una carta urgente. Por ahora, le era difícil moverse de la capital, debido a varios juicios y los trámites inherentes a su título de abogado. También había algo de modorra, aun cuando viajar en tren le fascinaba.

Ni Regina, ni Horacio Ramírez, tampoco algún sablista de buen olfato al verle próspero, inquietaban sus días, sus horas en la paz amable y perfecta. A través de los diarios, y no siempre en forma verídica y completa, seguía las andanzas del grupo, cuya audacia para actuar hería los bordes de la leyenda. Si en otros tiempos y circunstancias combatió junto a ellos, nunca las ocasiones revistieron la espectacularidad de ahora. Entonces, eran de un riesgo menor, pero el fantasma de la muerte acechaba, con su ubicuidad tradicional.

Su departamento de calle Mosquito reunía ciertas formas de bienestar, indispensables para un hombre soltero, aun cuando el sol era mezquino y el vecindario figoneaba. Habitado a levantarse temprano, se quedaba por horas realizando ciertas labores domésticas, desde lavar sus calcetines y barrer su habitación, aunque la mujer del mayordomo del edificio, realizaba el aseo general.

A las nueve y media bajaba a desayunar a una confitería de Merced con Mosquito y desde allí se iba caminando hacia la oficina de abogados ubicada en el centro de la ciudad. Al mediodía almorzaba cerca de los tribunales, en un restaurante donde solía hallar a varios colegas. En las tardes, al concluir sus actividades, le agradaba caminar por las calles atiborradas de transeúntes —ya no por el Parque Forestal buscando la quietud bucólica— como si el tráfago y el bullicio le ayudasen a rehuir de la realidad, a embriagarse de zopetón. A veces, se entusiasmaba

y con algún amigo ocasional iba al cine. Comía en cualquier sitio, de preferencia en un restaurante discreto, y al filo de la medianoche, se encaminaba a pie a su departamento.

Esta vida rutinaria y chata le producía repugnancia, hastío, pero sus luchas internas no le daban una solución adecuada; en cambio sí, incertidumbre.

En la soledad de su departamento atragantado con las noches sin sentido, se desvela a menudo y no logra reposar. Desde el baño llega el golpe monótono de una gotera, que infructuosamente ha tratado de eliminar; sin embargo, prosigue inmutable cayendo día y noche e imitando el sonido de una campana distante y ronca. Se levanta y debajo de la gotera pone un trapo. Al principio nada se escucha, pero la amortiguación de la gotera comienza a ceder, al embeberse el trapo con agua. Enseguida es el chasquido tenue como un cuchicheo. Si coloca un recipiente en vez del trapo, sería peor. Largo rato piensa alguna solución adecuada, incluso una extravagancia. A esa altura de la noche, sus métodos recurrentes no tienen asidero ni resuelven nada. Trata de olvidarse de la gotera y aun cuando se cubre la cabeza con las tapas, el ruido monótono lo sigue hasta allí, traspasando la puerta del baño y cuanto se le quiere interponer. Es un asedio brutal y sostenido. Cambiarse a ese departamento le ha significado en vez de bienestar, una serie de trastornos.

Al principio, fue el fisgoneo de una solterona que vive al lado. Cuando llegaba o cuando se iba en las mañanas, la mujer lo salía a mirar desde una pequeña terraza, mostrando su gordura generosa y su cara blanda, donde los surcos parecían hechos con un buril y luego repasado con un pincel para ennegrecerlos. Aburrido de este espionaje infantil, cierta mañana hizo como que se ausentaba, provocando a la mujer a ir a la terraza. Cuando ella estuvo en su posición predilecta, Andrés le principió a golpear la

puerta violentamente. Mientras la mujer acudía a los llamados, Andrés bajaba a toda prisa y le gritaba desde la calle incitando a la gorda a regresar a su miradero. Como no hallase nadie frente a su puerta y picada por la curiosidad, la mujer retornaba a la terraza, ocasión en que Andrés volvía a subir para golpear otra vez la puerta, con renovada violencia. Tres veces efectuó la chanza y jamás la gorda volvió a importunarle.

Esto no era todo. Incorporados a las cosas, había hechos intangibles, cuya existencia era difícil de precisar. Si la gorda de los surcos profundos se había esfumado, no por ello los objetos de su habitación le permitían el reposo y la paz. Poseían esa inexplicable condición de tener vida y espíritu, de observarle por largo rato como si se tratase de un policía de carne y hueso. Sólo una vez en más de cinco meses, Horacio Ramírez lo llamó por teléfono a la oficina para narrarle un hecho baladí. Apenas un minuto y el policía se disculpó de su abuso para molestarle a una hora donde suponía realizaba el grueso de sus quehaceres.

Ya Horacio Ramírez no era un estorbo, sumergiéndose mas bien en el mundo de las pesadillas lejanas. Sí lo eran los enseres de su vivienda. Su propia cama era un ataúd, el lecho obligado donde se reposa el sueño largo y definitivo. La silla en la cual colgaba su chaqueta, poseía una similitud asombrosa con la silla donde se sentaba su carcelero. Coincidió su color y forma, incluso la falta de pintura en la pata trasera izquierda. Cualquier detalle minúsculo se acrecentaba en su imaginación. Lo único que faltaba que también su colcha tuviese un agujero. Noche a noche con pánico principiaba a palpar la colcha de su cama, y para su tranquilidad ésta se hallaba intacta; sin embargo, temía que —de repente— un agujero de proporciones apareciese como un mal presagio.

Sin pretensiones arquitectónicas, la ventana le ofrecía la probabilidad de evadir su imaginación, sólo hasta la fachada del edificio de enfrente. Hasta ahí llegaba su espíritu de rebeldía, el justo deseo de huir. Su universo de contradicciones desde hacía tiempo crecía y se multiplicaba como las amebas. Si la lucha franca del comienzo le proporcionó satisfacciones espirituales, esta nueva lucha le entregaba amargura e incertidumbres. Se sentía atrapado y agónico en la estrechez de esa dura realidad. ¿Cómo salir, cómo escapar airoso? Quizá él mismo de un modo inconsciente coadyuvaba a mantenerse en la indecisión. Al caminar por las calles centrales, atestadas de transeúntes, se imaginaba que lo hacía en un país extranjero de costumbres exóticas, pues nadie vestía de un modo parecido a él.

Esa mañana en la oficina, encontró una carta de su madre. La reconoció por la letra menuda y tímida. En el preámbulo le narraba antecedentes de su vida pueblerina, repetidos hasta el cansancio. Luego le decía que estaba enferma, aquejada de diabetes. Concluía la carta con una serie de pensamientos en extremo raros, como si estuviese influída por alguna posición mística. Le hablaba del Génesis y del Apocalipsis como si en ambos libros hubiese encontrado respuesta a ciertos antecedentes de su existencia. Nada le contaba de los anónimos ni del extraño que la seguía.

En la tarde, respondió la carta; una epístola extensa y cariñosa. Le prometía hacer un viaje para el verano, pues en aquella época los tribunales estaban en vacaciones y su actividad disminuía. También le contaba del éxito de su trabajo y de las expectativas futuras; que se había mudado a un departamento pequeño y muy próximo a la oficina, lo que le permitiría irse a pie a ella. En otra parte le hablaba de su soledad, de la falta de amigos remitiéndose su existencia al trabajo y a un poco de recreación. ¿De las

tías? Casi nada, pues con la muerte de Doña Milagros, las mujeres se negaban a recibir visitas, enclaustrándose aún más en su mundo privado. Quizás si su madre se viniese a vivir con él pero la proposición era débil como para no entusiasmarla.

Cuando fue a poner al Correo Central la carta vio a la joven de los ojos cafés del club de tenis, escribir una tarjeta postal sobre un mesón de la entrada. Dudó si hablarle; después de un año a lo mejor ella no lo reconocía y no deseaba saber de él. Largos minutos la estuvo contemplando; sus trazos sobre la tarjeta eran enérgicos y seguros, de una voluntad acerada. A raudales le caía el pelo sobre la frente y hombros como una maraña. De pronto alzó la vista como si quisiera aprehender del aire una idea para seguir escribiendo. Allí se encontró con Andrés que la atisbaba en el gozo pleno de verla pensar y mirar.

En la comunicación muda rememoraron aquellas dos tardes de pasión vividas en una pieza desierta. Ella ofreciéndose con esa naturalidad propia de quién ansía amar a raudales, sin tapujos y él sorprendido imaginando hallar de improviso a la Policía Política. Dos tardes lejanas en tiempo y próximas en recuerdos, volvían con su magia y encanto. Ese reencuentro para Andrés, lleno de sorpresas (la joven le había dicho que ella se ausentaba para siempre de Santiago) le estaba proporcionando de algún modo días de quietud, vitales para reordenarse. La aparición de la joven de los ojos cafés era un freno a su agonía, un aliciente. Ambos se sonrieron y juntos, como si hubiesen programado con antelación la cita, salieron a la calle.

Esa misma tarde fueron al cine y luego a comer a un restaurante discreto en la calle Miraflores, donde solía ir la intelectualidad trasnochadora, los bohemios, pintores y poetas, cantantes de ópera y ramerás de alcurnia. Allí la joven de los ojos cafés, contó las razones de su regreso a Santiago. Se había ido a ca-

sar por presiones familiares con un rico terrateniente, viudo y lleno de chiquillos desde los cinco a los veinte años. Apenas si pudo vivir con esa familia seis meses, pues su marido era grosero, avaro y sus hijastros mayores la perseguían hasta el baño para espiarla. Cada segundo los bribones le hacían propuestas con gestos y como se negaba con dignidad, iban donde el padre a acusarla de que les insinuaba cosas. Por cierto el matrimonio naufragó entre tanta infamia y groserías. Este fracaso la sumió en un largo período de postración e inestabilidad, no tanto por su ruptura matrimonial, sino por haber cedido a la insistencia de la familia, en especial del padre temeroso que su hija quedase soltera y se inclinara por la vida disoluta. Ahora, alejada de la potestad, vivía en un pensionado para señoritas y hacía clases de francés en un colegio particular. Apenas si le alcanzaba para subsistir pero era preferible a la vida odiosa junto a su marido o a su padre quién la trataba con desprecio como si ella fuese la reencarnación de la esposa adúltera.

A las diez y media de la noche, la joven le rogó a Andrés que la acompañase a su domicilio, en la calle Ejército Libertador. Durante el trayecto apenas si hablaron; una brisa suave estremecía con delicadeza las hojas, como si tuviesen corazón, y palparan de gozo.

Al llegar al pensionado de la joven de los ojos café, en la acera de enfrente dos pordioseros se disputaban el derecho a registrar un enorme tarro de basura. Después llegaron niños y mujeres harapientos, dispuestos a participar en la reyerta. De tanto forcejear, el tarro se volcó y los mirones se abalanzaron sobre los desperdicios para escarbar. Parecía un bacanal, una fiesta gloriosa, verdaderos buitres humanos sobre la carroña y la hez. Ahí mismo iban tragando lo que encontraban y parecían felices de nuevos hallazgos, pues habían sorpresas agradables; hue-

sos de pollos a medio comer, restos de carne de vacuno, pan, cáscaras de frutas.

Andrés y la joven se abrazaron en el zaguán, buscando las caricias rápidas y excitantes; trataban de olvidar todo el tiempo —las horas y sus días— de una ausencia forzada. Se manosearon como dementes, pero ella le suplicaba que concluyeran esa locura, pues se hallaba imposibilitada de llegar a la consumación. Otro día, otro día, y sus palabras se ahogaban entre besos y jadeos, entre esa exaltación de los sentidos trabados en una lucha a muerte. “¿Mañana, pasado mañana en mi departamento? Sí, sí” y huyó como una avecilla asustada.

De nuevo la calle y la noche; esas calles y esas noches donde solía amortajar su inconformismo. Decrecía el ruido y se ensanchaban las sombras extendiendo su manto de silencio hasta las techumbres. Un perro vago principiaba a escarbar la basura, cuando se fueron los mendigos, los niños y las mujeres. También logró disfrutar un instante comiendo algunos restos, pero el animal estaba asustado, pues tenía muchos palos sobre su esqueleto, por haber volcado la basura de otras casas. Transeúntes fugaces violaban la noche primaveral; algunas prostitutas intentaban detener los últimos vehículos, en la vana esperanza de finalizar la jornada con unas monedas extras. La basura acumulada, el hedor de la ciudad y las alcantarillas sus sobacos, al unísono impregnaban la atmósfera.

Dos días después, un sábado en la tarde, la joven de los ojos café cumplió lo prometido. Cuando subía al departamento, la gorda de los surcos profundos, la quedó mirando sin poder disimular su enojo; le parecía indecente que un hombre soltero recibiese amigas. La escala para ascender el edificio estaba demasiada expuesta al fisgoneo. Un escaparate no poseía mayores atributos; por ello, la presencia de la joven constituyó un hecho imposible de ocultar o

proteger con la discreción. Otros moradores también expresaron su disgusto a una hora donde regresaban de sus compras. Si la mojjatería no tuviese instituciones, allí podrían surgir varias. "Te viniste a vivir a un barrio de pacatos", le dijo a Andrés mientras intentaban reposar, después del esfuerzo en atar cabos y recuperar las horas perdidas en un lapso en que el tiempo los había hecho más sabios y exigentes.

"¿A cuantas mujeres has amado?" le espetó la joven a medida que se cubría la desnudez de sus pechos con las sábanas. Andrés volteó la cabeza hacia la mujer para contemplarla una vez más, sus ojos cafés, la humedad de su boca, los cabellos revueltos a causa de una tempestad rabiosa; sus dientes sembraban el embrión de una semilla tierna, el aliento suave y cálido, y sus hombros y pechos incitando a las metáforas audaces. Todo en ella era mágico, desde la primera vez cuando la amó en una habitación desierta sobre el suelo vivo, y ahora ella parecía estar dispuesta a revelar sus secretos sólo hasta no comprometer su dignidad. ¿Por segunda vez iba a admitir que amaba a Andrés? Quizás no, ya que habrían muchos nuevos encuentros, y si reconocía algo semejante, destruía sus encantos y desnudaba su alma demasiado temprano, exponiéndose a la burla. No deseaba volver a fracasar. Seis meses de escarnio y cinismo en un matrimonio roto desde su génesis, era hartos tiempo para volver a arriesgar por nada. A lo mejor Andrés era un nuevo hito y ella tendría aún que recorrer por años otros caminos y circunstancias. "¿A cuantas he amado?". "No lo sé. Hay distintas maneras de amar y de seguro te aburriría con historias insulsas."

Largo rato se quedaron venerando el silencio, la tarde enmarcada en la ventana, como un cuadro falso al óleo. Los protagonistas dejaron de lado su mutismo y al mirarse por enésima vez, los asaltó una

hilaridad incontenible, circunstancia aprovechada por la joven para imitar a la gorda de los surcos, inflando los cachetes y engrosando la voz para decir: "¿Se van a ir a acostar ustedes? Oh, oh, oh, pero si eso es una indecencia y un atentado a la moral".

Sin dar tregua a los amantes, llegó la noche; también llegaba la hora de la partida y Andrés y la mujer se vistieron con desgano. El se deleitó viendo cómo ella peinaba sus cabellos enmarañados y llenos de luz, el movimiento cadencioso del peine ordenando aquella frondosidad salvaje. Al abrazarla por detrás, le dijo al oído nuevas palabras de amor. Oía a nenúfares, a loto, a un jardín al mediodía. Ella estaba pronta a partir, cuando la besaron en el cuello y la caricia la retuvo por algunos instantes. Nadie la había tratado con tanto cariño y solicitud, con esa suavidad que embriaga. Después siguió frente al espejo componiendo sus afeites y en especial el sombreado de sus ojos cafés. Para rematar aquella obra del ingenio femenino, se puso detrás de las orejas dos gotitas de perfume, el último eslabón de su coquetería.

No quiso que Andrés la acompañase; también ella debía cuidarse de las habladuras. Y si en el edificio de Andrés las mojjatas y las fisgonas abundaban, en su medio esta expresión artística, era practicada por un número considerable principiando por la dueña del pensionado de señoritas, una señorita en el sentido cabal de la palabra, pues en sus 58 años de existencia, no tuvo oportunidad de modificar aquella condición de su organismo, reemplazando los novios y los maridos eventuales, con gatos, caturras y perros falderos. En segundo lugar estaba una sobrina de ésta, 8 años menor y también señorita y no por falta de marido, amantes, por mero capricho o tal vez por una manda estricta de juventud. Era flaca como un jamelgo moribundo, narigona, algo calva, verde, ojos cadavéricos y plana de pechos como una

mesa. Doña Jacinta era la antítesis de la hermosura o lo medianamente aceptable para no herir en demasía su condición de mujer y por ello ningún hombre le hizo un guiño, una insinuación o un piropeo, ahondando su soltería y afeándola aún más.

Asimismo en la pensión había otras señoritas mayores de 40, empleadas de una notaría, que nunca las vio con sus bocas cerradas, pues chismeaban con una dedicación y entusiasmo, propio de meretrices viejas; no obstante, los domingos decían ir a misa, pero en realidad se acostaban con rufianes que solían cobrar por el rato una suma apreciable. El resto del pensionado de señoritas, una enfermera, dos estudiantes del Pedagógico y tres secretarías, eran poco adictas a la chismografía, distribuyendo su tiempo en trabajar, estudiar, divertirse con discreción y de vez en vez, sin alardes, yacer con el novio de turno.

En este círculo contradictorio, Antonieta la joven de los ojos cafés, trataba de mantenerse independiente y remisa a su acaecer. En múltiples oportunidades, doña Jacinta la quiso tentar con dádivas para que le contara algo de sus compañeras —historias proclives a convertirse en chismes— pero Antonieta sabía burlar el cerco, alegando ignorancia y falta de tiempo para informarse. Asimismo, doña Clementina la dueña del pensionado, la invitaba con frecuencia a tomar té a su comedor privado adulándola con este gesto, para que en cambio le informase cuanto acontecía en su casa. Mas como Antonieta nada diiese, Clementina optó por deshacerse de este comensal digno, e invitar en lo sucesivo a las tres empleadas de la notaría por separado, quienes se descueraban entre sí con una saña brutal, como si las secretas actividades dominicales les inspirara al reproche y la desunión.

Aún saboreando las horas pletóricas en aventuras, Antonieta caminaba con desenfado por las calles sombrías, ajenas, quebrantadas. Luces mortecinas, des-

parramaban su luminosidad vacilante en el escenario cotidiano del teatro de la vida. Hombres jodidos por la miseria, deambulaban como si buscaran anhelantes en cualquier esquina, la respuesta a su sino.

* * *

A fines de noviembre, aquejada por una dolencia incurable, falleció Sofía. Esa misma noche del deceso, Andrés viajó en tren hacia el sur para asistir a las exequias. Hasta Longaví, lugar de su destino, permaneció sentado todo el tiempo del trayecto. Esta nueva muerte lo confundía y lo desolaba. El suicidio de su padre había sido como el resumen final de tantos desatinos que sumado a la muerte de su madre, constituían una buena parte de sus desgracias actuales. Mientras el tren se deslizaba en el silencio cómplice de la noche, con el rostro pegado al vidrio de la ventana, veía como el paisaje nocturno en una rápida sucesión de imágenes iba cambiando. Las postaciones del telégrafo parecían dedos acusadores, señalándolo de trecho en trecho; y los alambres en un ascender y descender, semejaba la agitación de las olas en alta mar.

Antonieta se había ofrecido para acompañarle; sin embargo, Andrés prefirió ir solo y así poder someterse a un nuevo y severo análisis de su conducta. Mientras se abrazaban en el andén, se imaginó que viajaba a un país remoto del cual no regresaría jamás. El pitazo del conductor y el de la propia máquina, le destruyeron mil imágenes. Cuando el tren principió su lento rodar, quiso gritarle a Antonieta que subiese, pues sospechaba un desenlace inesperado, como si le fuese a impedir el reencuentro. Con su brazo en alto la joven le dijo "adiós", en la noche cálida de noviembre.

A las dos de la madrugada, las luces de la estación de Longaví, asomaron por su lado izquierdo, igual a

un barco surto en la bahía. Nadie lo esperaba. El único en el andén era un carrilano que, con una linterna, hacía señas para indicar las condiciones de la vía férrea. Como Andrés fue el único que descendió allí, el hombre lo estuvo observando y parecía querer hablarle. La noche era negra como la conciencia de un delator, y al desaparecer el tren rodando por el camino de durmientes y rieles, el silencio y la soledad enfrentaron a los dos hombres. Andrés le inquirió por la iglesia donde se hallaba su madre en velatorio. Solícito, el carrilano le estuvo señalando el camino con la linterna, pero si deseaba, podría aguardar unos segundos y él mismo lo acompañaría.

Al fondo de una calle ancha y arbolada, la pequeña iglesia del pueblo, se recortaba en el azul prusia del cielo. No había ni transeúntes ni perros en las calles; tampoco indicios de vida. La inmensa quietud de los campos adyacentes, aplastaban el poblado como un tirano.

Junto al altar, el féretro silencioso y como una sorpresa fatídica aparecía rodeado por cuatro cirios eléctricos. Entre éstos, flores esparcidas, cuya fragancia inundaba el recinto, haciéndolo pesado y desagradable. Allí cerca, una mujer de negro y enmantillada, rezaba el rosario en sordina. En la primera banca, otras mujeres parecían dormir agobiadas por el cansancio de responsos interminables. La presencia de Andrés y del carrilano cuyos pasos retumbaban en la nave, hicieron despertar a las mujeres y detener el rezo de la enmantillada. Cuando Andrés la abrazó, agradeciendo el pésame, se escucharon llantos entrecortados de las plañideras. Andrés se sentó junto a la amiga de su madre y estuvo largo rato quieto, luego de haber contemplado a su progenitora en forma fugaz. Por momentos le molestaba la presencia de esas personas y en especial las plañideras, de nuevo activas para darle un carácter patético al velatorio. Falso y cínico, brutal y decomedido le

parecía todo, pero debía aceptar y lo hacía con desagrado.

Cerca de las tres de la madrugada se retiró de la iglesia. A lo lejos escuchó el canto de las aves nocturnas, anunciando desgracias. Absorbió con fuerza el aire puro de la noche sin luna, sintiendo una agradable reacción. En el centro de su pecho había sollozos contenidos, rebeldías. Por unos segundos se detuvo para contemplar el cielo transparente e inmóvil. De improviso experimentó el deseo incontenible de gritar y llorar, pues se sentía regido por impulsos ingobernables. Poco a poco su mundo se estaba haciendo estrecho y falaz. Lo presentía y lo padecía. Antonieta era un remanso, apenas si un instante de sosiego en el torbellino de su existencia. Actuaba sin ánimo, incapaz de vencer escollos, aun cuando éstos fuesen nimios. Su vitalidad había decaído hasta el extremo de molestarse por todo. ¿Y Regina y sus antiguos compañeros participando en el fragor de la lucha? Tal vez se esforzaba por ignorar esos hechos; destruir de golpe algún residuo de ideales que aún creía tener, parecía ser la solución radical para zafarse del pasado. Cuando de algún modo le hizo saber a Antonieta de estas disyuntivas, la joven le dijo que por propia experiencia, cada uno debería ser capaz de destruir sus propios fantasmas. Sus propios fantasmas. Cuan terribles y reales eran sus fantasmas.

Por sugerencia del carrilano se fue a hospedar a un hotel cerca de la estación del ferrocarril. Le asignaron una pieza con tres camas que en otros tiempos de gloria fue un comedor, pues aún conservaba algunas piezas del mobiliario. Sobre la cama y sin desvestirse, estuvo largo rato observando en la oscuridad el viejo aparador con vitrina que casi alcanzaba el techo, y la mesa familiar donde comieron tres o cuatro generaciones. Quizás de pronto sentiría el bullicio de los cubiertos y los platos, las conversaciones y las risas de tantas jornadas amables en torno a la

mesa. El también era parte de una generación, pero de una generación maldita y frustrada, perseguida, agónica. Al filo del amanecer, logró quedarse dormido.

A las tres, luego de una misa de difuntos, se realizaron las exequias en el cementerio de Longaví, pequeño y silencioso como todo cementerio de pueblo. Aparte de la amiga viuda de su madre y él, había en los funerales dos viejecitas y un hombre que las acompañaba; nadie más, aún cuando Andrés le había avisado del deceso a unas tías carnales de su madre, que vivían en Chillán. La ceremonia fue breve, como si los enterradores tuviesen apremio en ir a beberse la propina a una fonda de la calle principal del pueblo.

Luminoso y transparente, el día avanzaba al ocaso igual a tantos otros días primaverales. Aún manchada de nieve en sus altos picachos, la cordillera oteaba el valle como un viejo centinela.

Al atardecer, en un tren procedente de puerto Montt, inició el regreso. Cinco o más horas de viaje a su disposición para volver a introducirse en sus abismos. Otra vez Santiago, la ciudad gris y chata; Antonieta moviéndose en su mundo sin saber si la amaba o era un estorbo; su oficina metida en un edificio frío, deslavado, con ventanas minúsculas y postigos cuyo mecanismo estaba descompuesto. Sus tardes insulsas por las calles enmarañadas, gastando minutos, horas, días en un deambular obsesivo, y al final como premio y recompensa, el departamento. Nada más o demasiadas cosas para él sólo. Aún no cumplía los 30, pero su vida había sido rica en experiencias. Fracasos y muertes, dudas y renunciaciones inundaban ese corto lapso. ¿Le faltaba entereza, coraje, valentía, pundonor para decidir su futuro? Tal vez eso y más, pero no sabía como hacerlo, o si lo sabía, hábilmente escamoteaba el procedimiento; o quizás el gusto por estar permanentemente en la en-

crucijada, golpeado por las dudas, fuese su alimento vital.

Al salir de Longaví, la amiga de Sofía le preguntó qué destino pensaba darle a las pertenencias de su madre. Andrés le rogó las hiciese llegar a un hogar de ancianos, con excepción de las argollas de oro de viuda, único recuerdo que se permitía conservar. Durante el trayecto se estuvo probando las argollas en el meñique. Pensó obsequiarle una a Antonieta, pero tal vez la joven lo interpretase como una eventual unión indisoluble. ¿Y si descendía en cualquier pueblo del trayecto para quedarse a vivir para siempre allí? Al azar, el próximo por ejemplo, en la noche muda que no indaga. Ya no huía de Horacio Ramírez, o del señor Abelardo o de nadie. Estaba huyendo de sí mismo. Se asustó cuando ésta idea embrionaria irrumpió abruptamente en sus pensamientos. Tuvo miedo a la noche y a sus consecuencias, a Antonieta creyéndolo desaparecido; a Regina, sin entender la deserción.

El tren se detuvo y a través del vidrio observó parte de la ciudad, que podría ser su destino final. Era pequeña y tranquila, silenciosa y amable como una caricia furtiva. Por sus calles transitaban victorias en su rodar monótono donde el apremio no tenía cabida. Allí imperaba el sosiego, interrumpido sólo por las lluvias y las muertes. Por largas tardes quedarse a oír el ruido del viento a través de los follajes, el murmullo de una fuente lejana, el pitazo del tren anunciando la llegada de forasteros y amigos, de cartas trayendo el olor de otras latitudes. Ir a la plaza en las tardes a retozar, a ver como juegan los niños, subir a una victoria al pescante y dar un paseo largo; y en las noches, mirar las estrellas, sin apremio; gozar de la amistad en las charlas de la medianoche, escuchar a un narrador.-.

Ya estaba caminando por las calles de la ciudad, corriendo para no ver partir el tren, el odioso tren que lo restituía a la vorágine y al suicidio. Ver partir su propio tren y mofarse de las gentes abúlicas

e indecisas, sin una pizca de voluntad. Decir adiós y sentir toda esa sensación de libertad, no más Antonieta, Nadia. Aún jugaba con los anillos en su meñique, cuando el tren al iniciar la marcha, lo rescató de su enajenación. En dos horas más, o en minutos, ya no habría solución posible.

A la medianoche, las fauces de la metrópolis, lo acogieron con sus estridencias. El ruido y la bruma, los gritos de los corteros disputando las maletas y ofreciendo taxis; las miradas expectantes de quién vino a recibir un pariente, los abrazos, los apretones de mano, las risas, poseían el milagro de la humanidad que trasciende apenas por breves segundos, para luego ser fría y calculadora. Ese era su mundo, sin maquillajes. Un desafío permanente y hostil capaz de destruirle hasta triturarlo. La ciudad con sus sorpresas se abría ante sus ojos llenos de otras imágenes. Todo estaba adulterado; las fachadas de las casas y los edificios, tenían el rostro gris, inexpresivo. Nunca antes observó tantos individuos agobiados y cabizbajos, mendigos, ramerías adolescentes, mujeres andrajosas con bebés en los brazos limosneando; niños famélicos disputando un trozo de pan. ¿Así era su amada ciudad? Y por mucho tiempo lo sería si no se atreviese a gritar en las horas de silencio.

* * *

Una semana de quietud, sólo alterada por hechos nimios. De Antonieta, nada supo durante ese tiempo aun cuando ella se hizo presente el mismo día de su regreso. Como Andrés no quería perturbar el silencio que la mujer se imponía voluntariamente, se negó ir al pensionado de señoritas a averiguar el motivo. A lo mejor ella se aburría con las charlas y las ocurrencias de Andrés, o en su peregrinaje de cama en cama había elegido a otro. Era lo usual aun cuando la mujer dijo en reiteradas ocasiones preferir a Andrés y no a una serie de pretendientes insulsos,

cuya divisa era invitarla a tomar té a las pastelerías cursis, y luego llevarla a casa para presentarle la familia.

Ella alegaba que volverse a casar era un desatino, pues se sentía inepta de superar aquellos seis meses de tortura, tiempo en sí suficiente para no reincidir. En cambio prefería la existencia con un hombre enemigo de hacer preguntas y de intentar dominarla. Cada uno estaba facultado para marcharse, sin trabas, libre de efectuarlo cuando lo deseara. Lo otro constituía un apremio, una sujeción a una institución caduca, incapaz de resolver la convivencia de los sexos. Abogaba por una especie de libre albedrío sexual, sostenido por la reciprocidad y la tolerancia de sus componentes. Sólo así, se lograba la plena felicidad.

Si en la semana Antonieta no aparecía, era porque estaba poniendo en práctica sus teorías absurdas, antojadizas, lo que fuere, pero eran sus teorías y ella parecía estar dispuesta a sostenerlas sin claudicar. Al menos si hubiese dejado una esquila anunciando su decisión, algún indicio sutil, un adiós furtivo. Huir sin dejar rastros era propio de quién comete un crimen. Antonieta, sin embargo, cierta tarde se despidió de Andrés prometiendo regresar al día siguiente. No lo hizo; tampoco en tres días más, ni en cuatro hasta llegar a una semana, lapso en sí exagerado, por cuanto las relaciones de la pareja habían alcanzado una correspondencia de intimidad muy profunda. A la sorpresa, se le unió el miedo, convencido ahora que a la joven algo le acaecía.

En el pensionado de señoritas, ni Doña Jacinta ni doña Clementina supieron decirle dónde estaba. Ellas pensaban comunicar a la policía el desaparecimiento, pero no lo habían hecho queriendo aguardar unos días más, pues sospechaban que la joven de repente iba a regresar. Luego, las mujeres se negaron a mostrarle la pieza y a suministrar más detalles. Poco a poco principiaron a tornarse hoscas y amenazantes

y si Andrés no abandona la casa, de seguro lo hubiesen obligado a salir a la calle a empujones. Cuando abría la mampara, una de las estudiantes del Pedagógico se le acercó hasta casi besarlo, y le dijo que Antonieta había sido raptada por la policía política. No pudo indagar otras cosas de la joven, pues la informante se escabulló en silencio hacia su pieza dejando una estela de misterio, denso como la muerte.

Al regresar a su departamento, estuvo cavilando sobre la extraña información de la estudiante, y la no menos sorpresiva actitud de las solteras. Un perverso sino acosaba a cuanta mujer se inmiscuía en su vida, como si él tuviese la capacidad de estigmatizarlas. Un sinnúmero de calamidades permanecían alertas para continuar su labor destructiva, como si existieren con ese solo fin. Substraerse de aquella realidad o escamotearla, era ilusorio. Antonieta y el fugaz remanso, concluían para dar cumplimiento al inexorable desenlace, el cual no era posible desbaratar. Una nueva víctima sacrificada para acelerar su agonía. Después otras y otras en una larga y demencial tortura, por acallarle. Ya sus cancerberos habían decidido cambiar el método de persuasión amigable por el hostigamiento pertinaz. Lo sutil remplazaba la acción burda de Horacio Ramírez y sus secuaces. Nuevas y sofisticadas torturas surgían como una invención monstruosa, como la superior inspiración de artistas diabólicos.

Durmió a saltos, dándole tarascones a las pesadillas, imaginando soluciones absurdas para ubicar a Antonieta. ¿Una nueva trampa? Quizás lo era, como lo fueron las múltiples celadas que le preparaban a diario. Y por último, ¿qué le importaba la suerte de Antonieta? Un hito, una amante ocasional en el endeble tinglado de su existencia; un pasatiempo, un juego divertido, la hembra ideal para llenarle las horas vacías, para alienarlo con promesas fugaces, con invenciones quiméricas. Ella era diestra en su capacidad creativa ofreciéndole el mundo actual que

lo imaginaba rosado, bueno y tierno como la mirada de un niño; en cambio él, le mostraba los dientes de la selva humana, afilados como navajas, relucientes igual a sus ojos cuando exponía sus artificios. Cada cual con sus inventos tratando de imponerlos.

Andrés le hablaba a menudo de construir un mundo nuevo donde la guerra fuese un mito, el hombre una historia añeja, las injusticias una pesadilla, el egoísmo y el odio cosas de la prehistoria. Ella reaccionaba y le decía que ese mundo era imposible, mientras el hombre existiese y su ingerencia fuese decisiva en su construcción. "Sin el hombre, cualquier cosa. Sobramos en el universo; ni los peores cataclismos han causado tantos destrozos en la tierra como el hombre. En cambio, yo te ofrezco este mundo, a veces hurraño, pero real; nuestro mundo con sus vicios y virtudes; ¿vale la pena esforzarse por construir otro mundo?". Después le hablaba de sus experiencias, y si la vida la había tratado con dureza, seguía pensando que lo que se tiene es bueno y justo. Nada más engañoso para el hombre que las quimeras y los artificios. ¿Las utopías?, un ejercicio entretenido para mejorar las anécdotas de los textos de estudio. Andrés reaccionaba con nuevos planteamientos y aun cuando la exposición era firme, la efectuaba con desgano en las ideas, cierta flaqueza en algunos conceptos que antes solía presentar de manera brillante.

Antonieta era perspicaz y aguda en sus observaciones, pues advertía lo débil de los conceptos de su adversario y volvía a insistir esgrimiendo otras ideas, convencida de lograr en breve plazo, persuadir a Andrés. De ser así, aseguraba su unión ya que no conocía a ningún hombre capaz de renunciar a las delicias de este mundo. Su desenfado para plantear cosas y la liberalidad en solicitarlas, al principio confundían a Andrés. No tenía empacho ni trabas en invitarle a la cama e incluso sugerir las técnicas a emplear. Actuaba como si temiese a la pronta muerte, a la vejez, al burlesco destino. Anhelaba vivir a

raudales, desprovista de inhibiciones dado que su fracaso matrimonial y de debilidad para oponerse a él, la habían desesperado hasta la postración. Esos meses duros, ahora los sepultaba disfrutando sin ambages. Era una manera justa de buscar las compensaciones en el dramático oficio de vivir.

* * *

Sin tardanza, Andrés se dirigió a la mañana siguiente, al colegio donde Antonieta enseñaba francés. Ubicado en los extramuros de la ciudad, el colegio "Mercedes Gaspar de Villavicencio", ocupaba una extensa zona de parques entre árboles frondosos y otras delicias para la exigente burguesía. Al fondo había un gimnasio y junto a éste, canchas de tenis y pistas de atletismo. Dos muchachitas con sus pantalones minúsculos, jugaban tenis bajo un sol matinal de primavera. Desde el gimnasio se escuchaba la algarabía propia de jóvenes que avivaban a su equipo favorito. En los parques paseaban despreocupadamente, niños estudiando. En las salas de clases, la agitación propia de horas de concentración y estudio.

Al final de un camino arbolado con acacias jóvenes, estaban las dependencias de la dirección del colegio. Andrés por largo rato estuvo aguardando al Rector o a quien le informase sobre Antonieta. Como el Rector no lo pudo recibir, lo hicieron ingresar a la oficina de un hombre de rostro brillante, rasurado con prolijidad. Su cabellera bien cuidada aparecía pegada al cráneo con abundante gomina. Cuando Andrés le preguntó por Antonieta Hernández, el individuo juntó sus manos extendidas apoyándolas por los dedos e hizo un gesto de sorpresa. "Antonieta Hernández? ¿Se trata de alguna alumna?" Cuando Andrés le dijo que se refería a una profesora del establecimiento, el hombre cogió un cuaderno con índice y luego de examinarlo página por página en la letra H, y de revisar una lista donde figuraba el

plantel de profesores, replicó que nadie había con ese nombre. "A lo mejor usted se ha equivocado de colegio", y se puso de pie para indicar la finalización de la entrevista.

De regreso al centro de la ciudad, estuvo pensando que tal vez Antonieta lo hubiese engañado y la joven en realidad trabajaba en otra cosa. Esa idea se desvaneció al recordar que Antonieta le había mostrado una comunicación del colegio dirigida a ella, solicitándole se hiciese cargo por un mes de un grupo de alumnos remolones para reforzarles el francés. Eso le significaba una mayor experiencia pedagógica y una mejor remuneración, amén de otras expectativas de trabajo.

Tanto el funcionario del colegio particular, como doña Clementina y doña Jacinta mentían, impulsados a hacerlo, so pena de represalias. Paulatinamente, el lazo corredizo de la horca, principiaba a reducirse. Y Andrés estaba consciente de ello; lúcido para percatarse de cuanto le sucedía, sin embargo, su voluntad era endeble y falto de decisión, aun cuando su intento por buscar a Antonieta constituía un rasgo de lealtad y nobleza. ¿Ubicándola resolvía su quiebre interno? Tal vez, pero la muerte de su madre, de Nadia y el suicidio de su padre integraban aquellos hechos sin solución, demasiado decisores para permitirle salir airoso. Al menos si Regina lo alentara con sus palabras mágicas, lo sacudiera, le dijese sus errores, lo ayudase a disipar sus dudas; grandes y pequeñas dudas; hostiles como granitos de arena en el globo del ojo.

Su gran soledad y agonía presente, con saña lo golpeaban a diario. ¿Cómo seguir? La idea y la solución de su padre, ya no le repugnaba; de algún modo lo comprendía cuando se enfrentó al peor dilema de su existencia. Era la solución justa, adecuada, decorosa. Se mató con la dignidad del burgués que no quería sufrir los apremios de sus desatinos financieros. Cada cual trata de zafarse de su cerco,

usando sus propios ardides. Los hay para valientes y cobardes, para imbéciles y cuerdos en una gama amplia y rica. A Andrés se le ofrecía variado como su propia imaginación; tal vez, algo ingenioso y espectacular para no defraudar a Regina y sus amigos.

Apenas permaneció unos segundos en la oficina de abogados para revisar unos expedientes; se sentía sofocado allí, de pésimo humor. La agitación de las calles, el bullicio, el cemento de la gran jaula, contribuyendo a aplastarlo aún más. Alguien lo saludó y Andrés lo estuvo mirando sin reconocerle. A lo mejor el hombre había saludado a una persona distinta. Tantos eran los individuos que se apretujaban en su contorno, que cualquiera de ellos podría ser. Al caminar experimentaba angustia, pues se sentía como atrapado entre esa masa humana de brazos, cabezas, miradas sombrías y amenazantes, las moles grises de cemento, el ruido brutal de los vehículos en una disputa ciega por llegar primero a un destino incierto.

Durante el resto del día no logró superar las zozobras ni la angustia, el pánico de las horas futuras tratando de hallar a Antonieta, raptada o muerta. O quizás huía con algún amante para demostrar su absoluta independencia y como una manera de reafirmar sus tesis. ¿O era mejor dejar las cosas en ese punto?

En la noche se debatió con un insomnio pertinaz. Infinidad de veces se mojó la cara y el torso; una transpiración pegajosa le cubría el cuerpo, el pijama se le adhería como un pedazo de pellejo. Un centenar de veces miró el reloj pero las manecillas avanzaban lentas, sin darle un respiro de felicidad al observar cómo se consumía el tiempo. Trataba infructuosamente de buscar la posición más cómoda para dormir pero cualquiera le resultaba molesta. Le sobraban las piernas, los brazos. Bocanadas de aire caliente penetraban a su habitación, mezclados con gases tóxicos. Tosía hasta vomitar la tráquea, y le

dolían los ojos en ese esfuerzo no habitual. De improviso en una secuencia desordenada volvió a revisar su confinamiento, aquellas horas de pavor y muerte. Tratando de conciliar el sueño, se puso a mirar por la ventana. Un edificio sin alardes arquitectónicos a su frente, cuyas ventanas pequeñas impelían el ingreso del sol, del aire, le cortaban el paso a su visión. Era un estorbo odioso, como si recién lo hubiesen construido para incomodarle.

Abajo la calle desierta e imperturbable como una montaña, sin ofrecerle alternativa. En horas, principiarían a circular los transeúntes, los automóviles, y el vendedor ambulante de verduras volvería a estacionarse con su carretela de mano, en la esquina junto al grifo de incendio. En la esquina opuesta de vez en vez llegaba una mujercita a vender flores. Cuando veía aparecer a Andrés y Antonieta, avanzaba a su encuentro con un ramillete de clavelinas rojas. En esa noche amarga, los recuerdos le resultaban duros como el pedernal. Quizás para él no volviese a amanecer. Nadie tiene la certeza de la vida, y en esos momentos, se unía la inseguridad y el hastío, fuerzas motrices que impulsan a cometer disparates. Por enésima vez se volvió a tender en la cama en un postrer esfuerzo por dormirse. El insomnio era tenaz, implacable. Desde una alacena sacó una botella de aguardiente y bebió unos sorbos, pero enseguida le sobrevino un dolor agudo en la garganta. Le quemaba como ácido sobre una herida. Experimentaba una sensación igual como si estuviese agonizando. Nuevos golpes de tos, maceraban sus pulmones y el eco le repercutía en los ojos.

Para ver si tenía fiebre se palpó la frente y luego buscó en el velador, unas píldoras envueltas en celofán. Nada había e irguiéndose, trajinó una cómoda donde solía guardar las medicinas. Allí encontró las ansiadas píldoras y sin dilación se tragó dos, puesta su esperanza en una pronta mejoría. Cada segundo el sudor, la fiebre y el temblor de sus manos iban

en aumento. En vez de aquietarse, cualquiera nueva manifestación, lo llenaba de miedo. De allí dedujo que seguir en el departamento constituía un riesgo para su vida e intentó vestirse para llamar a un médico. No pudo; sus fuerzas estaban menguadas. La cabeza la sentía pesada como si le hubiesen puesto un sombrero de fierro y concreto. Quiso gritar para pedir auxilio, mas le pareció ridículo y exagerado, aún cuando era vital hacerlo. Por momentos sentía alivio, descenso de la fiebre y en esos instantes trataba de erguirse en busca de una posición más cómoda. Apenas había cambiado de postura, cuando retornaban los dolores y las punzadas en la cabeza.

A través de su ventana vio como amanecía. Los primeros rayos del sol se escabullían hacia otras ventanas con mejor disposición para recibirlos. Desde el exterior llegaba el ruido enmarañado del tráfico, semejante al bramido de las olas cuando chocan con los acantilados.

A las diez de la mañana la mujer del mayordomo del edificio, ingresó al departamento de Andrés para asearlo. Menuda sorpresa se llevó al ver al joven postrado en cama, a medio vestir y la habitación en completo desorden, como si allí se hubiese realizado una orgía descomunal. Un olor agrio colmaba el recinto: una mezcla de sudor y vómito. Desde la puerta y sin atreverse a avanzar, la mujer estiró su cogote oteando aquella lamentable escena, con la escoba entre las manos y la cabeza amarrada con un pañuelo de seda multicolor. Cuando Andrés hizo un movimiento buscando una posición distinta para seguir durmiendo, la mujer se acercó al lecho para examinar al hombre de más cerca. Al principio imaginó que trataba de superar una borrachera pues sobre el velador el aguardiente constituía el vestigio mudo de su sospecha. Sin embargo, lo sabía discreto, ordenado, formal en su manera de vivir, extrañándose de su estado calamitoso. Después, en una observación minuciosa, se percató que el joven padecía una en-

fermedad. Acostumbrada a socorrer a su marido en las borracheras de su día libre, le fue fácil luego, hacer el distingo. Solicita se aproximó aún más y golpeando suavemente a Andrés en el hombro, le dijo si necesita ayuda.

Interrumpido en su sueño entre insomnio y fiebre, Andrés se asustó. En esos instantes luchaba por derrotar una pesadilla, que con obstinación lo acosaba. Vestida con sus indumentarias de aseo, la mujer parecía cualquier cosa. Su nariz perfilada y huesuda, en absoluto tranquilizaba a quién la veía de zopetón. Asimismo, sus ojos grandes por la curiosidad y sorprendidos, configuraban el rostro de un inquisidor. Por ello Andrés en su delirio, imaginó algo peor a cuanto veía. No podía entender el regreso súbito a la cárcel, y de su torturador pronto a castigarle con un palo. Cada poro le dolía como si estuviese exudando por ellos una porción maligna. Parecía tener las articulaciones rotas y sin capacidad para reaccionar, al extremo que se sentía impedido de repeler la agresión de un niño.

Un largo rato demoró en percatarse de la presencia inofensiva de la mujer y su ánimo por ofrecerle ayuda. Ella le trajo agua y lo auxilió mientras la bebía, sujetándole la cabeza. Después le aplicó en la frente paños húmedos con agua helada y le ordenó la cama.

Antes del mediodía vino el médico a examinarle. Tantas atenciones incomodaban a Andrés. Habría preferido superar la tos, la fiebre y su malestar a la garganta, tomando algunas pastillas de penicilina y evitarse tanto despliegue a lo mejor por una enfermedad inofensiva y pasajera. Miraba al facultativo con desconfianza, pues hacía muchas preguntas ajenas a su labor médica. O la fiebre o el desaparecimiento de Antonieta o la misma situación de suspensión de Regina, lo hacían dudar del hombre cuyo rostro semejaba al de una lechuza. Sus manos eran pesadas como eslabones de fierro, pues cuando lo estuvo

palpando en el vientre, luego de mirarle la garganta, Andrés acusó el malestar hundiendo aquella región para rescatarla del examen. Después, el médico lo empezó a auscultar deslizando el estetoscopio por la espalda pegajosa, peor a las manos de un niño comiendo mermelada. Al concluir, limpió el instrumento con meticulosidad, desplazando alternadamente los labios hacia delante, como si le ayudase a resolver su diagnóstico. Enseguida, apoyando las manos en sus nalgas y mirando por la ventana hacia afuera, estuvo unos segundos ordenando sus ideas y la manera de cómo expresarlas. Luego, girando con lentitud y llevándose una mano al mentón, le dijo a Andrés que lo sensato era hospitalizarse a la brevedad, a riesgo de mayores complicaciones. El diagnosticaba garrotillo diftérico.

Durante la primera noche en el hospital, Andrés creyó asfixiarse; la sofocación le causaba tal sufrimiento, que temía morir. Se reeditaban sus viejas penurias cuando no sabía si en minutos o en horas, alguien lo iba a matar. De nuevo la muerte y por circunstancias distintas lo acerchaba, sin otorgarle oportunidades para desbaratarla. Incólumes, sus cancerberos aguardaba el desenlace final sobándose las manos y riéndose en sordina, pero Andrés Madariaga se aferraba a la vida como un náufrago al único elemento flotante en las inmensidades de su soledad.

Para evitar contagios, lo habían ubicado en una salita de cuatro camas donde se extinguían dos viejos y un joven con cáncer al sistema linfático. Esa y la noche siguiente, no pudo dormir pues los lamentos de los viejos en su agonía irreversible, llenaban la salita de muerte e inseguridad. En cambio el joven, enhiesto soportaba el dolor y su exterminio, sin emitir un quejido pero, a las tres de la madrugada, dejó escapar un ronquido largo y lastimero, para expirar. Los viejos también murieron al amanecer del día siguiente con un intervalo de tres horas, no sin haber luchado por sobrevivir unos segundos más, como si les

fuese imprescindible para realizar trabajos urgentes e inconclusos.

Un miércoles Andrés quedó solo en la salita, sospechando que obedecía a un ardid preconcebido para aislarle. Después de cuatro horas procedieron a retirar los cadáveres, dejados a una exposición dramática para intimidar y persuadir a quienes iban quedando y, en especial a Andrés, el único lúcido y capaz de recibir el mensaje. El recordaba a Nadia cuando murió en sus brazos; no obstante ahora los tres moribundos lo invitaban a la imitación, a deponer la férrea resistencia y entregarse en un holocausto inservible. Su enfermedad se desarrollaba con altibajos; unas veces lo acosaba hasta el borde mismo de la muerte y otras, le permitía observar cuanto acontecía en su habitación. Poco a poco la sofocación y la fiebre, principiaron a desaparecer, y las noches dejaron de ser apremiantes. Al declinar la enfermedad tuvo mayor conciencia de su actual situación y de cuanto podría sucederle. Un raro temor a cerrar los ojos cuando deseaba reposar o dormir, lo mantenía tenso. Después, se armó de insolencia y coraje, desafiando sus aprehensiones.

Si en la cárcel y en la villa no fueron capaces de aniquilarlo, tampoco lo conseguirían allí aun cuando se valieran de torturas sofisticadas y renovados procedimientos. No lo iban a doblegar ni destruir. Mil dudas y flaquezas llenaron su tiempo, esquivo y fugaz. Su agonía llena de percances, al final terminó por fortalecerlo. Su historia no tenía el carácter de nueva ni sorprendente, porque era la historia común de su generación; una generación del absurdo viviendo en las noches, tragando tinieblas, injusticias y mordiendo la humillación. Quizás su padre viviese luchando por sus principios y también su madre, en las tardes de invierno acariciando su cabeza de niño díscolo. Quizás Parsifal fuese el amigo obscuro de sus padres; almibarado, fingido e incapaz de birlar un centavo a nadie, no por ser dotado de honradez,

sino por que su imaginación lo mantenía al margen de cualquiera aventura. Quizás el enano de Basterrica inofensivo de alma y cuerpo, su mayor aspiración era inscribirse en una academia para aumentar de estatura. Lo veía afirolado paseándose con una mujer de hechuras portentosas por Ahumada el domingo a las doce. Quizás nunca salió de esa habitación minúscula y maloliente, día a día persuadiéndolo a que hablase. Quizás nunca hubo un Horacio Ramírez y su existencia fue posible al asociarlo con un infeliz que ayudaba a sostener los instrumentos de tortura. Tal vez el señor Abelardo fuese un hombre escuchado al azar en el torbellino de preguntas y respuestas, de torturas y presiones para hacerlo confesar. ¿Y tantos otros fantasmas necesarios e innecesarios presenciando impávidos su agonía? Pero sí, de lo que tenía certeza era de su confinamiento en ese lugar por un lapso imposible de precisar y medir. Estaba allí consciente e íntegro como nunca lo estuvo antes. Si viniese en esos momentos su matador, lo insultaría hasta que le diese hipo. Poco le importaba ya, las represalias y el odio, las torturas más repugnantes, su vida minúscula en comparación al noble ejemplo expuesto. Regina, Bernabé, Eleuterio, Elba, todos sus entrañables amigos de la universidad y de la vida, jamás se arrepentirían de su colaboración y de haberle confiado tareas, porque la agonía para un hombre solo, también es la agonía de un pueblo y de una generación, pero no la muerte...

Santiago de Chile, 7 de octubre de 1976.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1977, en **TALLERES GRAFICOS DE MEXICO, S. A.**, Sur 69-A No. 402, Col. Bandijal, Tel. 539-32-17.

